

# CRISTIANIDAD

AL REINO DE CRISTO  
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



## EL MISTERIO DE SU CORAZÓN

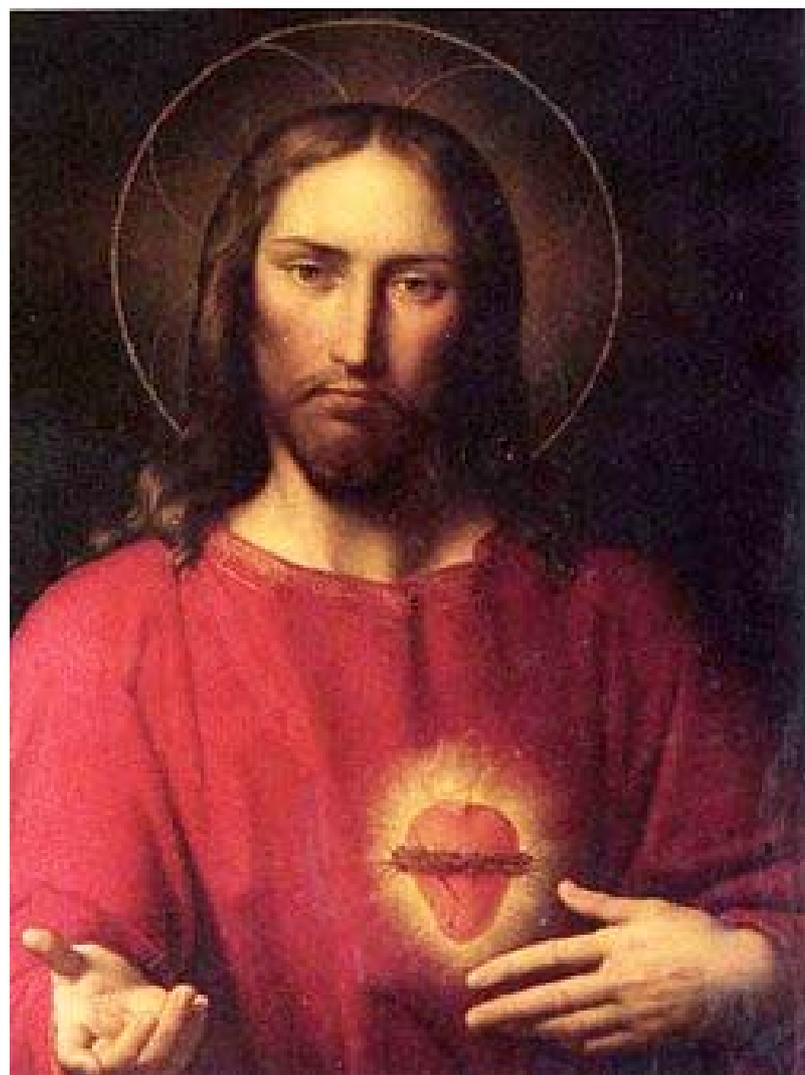
La misericordia  
de Dios da la vida  
al hombre

El Corazón de Jesús  
nos pide misericordia

El mensaje de Paray-  
le-Monial y santa  
Teresita del Niño  
Jesús

El Corazón de Jesús,  
esperanza  
de nuestro tiempo

San José  
en el Canon  
de la misa



«La Iglesia parece profesar de manera particular la misericordia de Dios y venerarla dirigiéndose al Corazón de Cristo. En efecto, precisamente el acercarnos a Cristo en el misterio de su Corazón, nos permite detenernos en este punto de la revelación del amor misericordioso del Padre, que ha constituido el núcleo central de la misión mesiánica del Hijo del Hombre.»

Año LXX- Núm. 983-984  
Junio-Julio 2013

JUAN PABLO II: *Dives in misericordia*

## Sumario

La misericordia de Dios da la vida al hombre. Palabras del papa Francisco en el Ángelus del 9 de junio	3
Santa Margarita María: el Corazón de Jesús nos pide misericordia <i>Gerardo Manresa Presas</i>	4
Carta de Benedicto XVI al prepósito general de la Compañía de Jesús en el L aniversario de la encíclica <i>Haurietis aquas</i>	7
«He aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres». El mensaje de Paray-le-Monial y santa Teresita del Niño Jesús <i>José María Alsina Casanova, hnscc</i>	9
Carta de Juan Pablo II al prepósito general de la Compañía de Jesús el 5 de octubre de 1986	12
Las «Confesiones» de san Agustín: alabanza de la misericordia de Dios <i>María Dolores Barroso</i>	13
El Corazón traspasado del Redentor, fuente del amor de Dios. Carta pastoral de monseñor Joan E. Vives, arzobispo de Urgell	16
La misericordia, don del Sagrado Corazón de Jesús <i>Francesc M<sup>a</sup> Manresa Lamarca</i>	17
Hagamos que nuestro corazón palpite al unísono con el Corazón de Cristo. Carta semanal de monseñor Carlos Osoro, arzobispo de Valencia	20
La devoción al Corazón de Jesús, compendio de la religión y esperanza de nuestro tiempo <i>Luca Alcalde</i>	22
Un corazón que ama y que sufre, el Corazón de Jesús. Carta semanal de monseñor Demetrio Fernández González, obispo de Córdoba	24
Actualidad de la reparación <i>Francisco Canals Vidal (†)</i>	25
La Divina Misericordia <i>José M.<sup>a</sup> Petit Sullá (†)</i>	28
San José en el Canon de la misa	32
La venerable sor Filomena Ferrer <i>Miguel Subirachs - Alfredo Alonso</i>	33

Edita  
Fundación Ramón Orlandis i Despuig  
Director: Josep M. Mundet i Gifre  
Redacción y Administración  
Duran i Bas, 9, 2<sup>a</sup>  
08002 BARCELONA  
Redacción: 93 317 47 33  
E-Mail: ramonorlandis@gmail.com  
Administración y fax: 93 317 80 94  
revista.cristiandad@gmail.com  
<http://www.orlandis.org>

Imprime: Campillo Nevado, S.A. - D.L.: B-15860-58

## RAZÓN DEL NÚMERO

EN este mes de junio del Año de la Fe nuestra revista quiere una vez más confesar su fe en Dios que ha revelado su misericordia mostrándonos su Corazón abierto «para dar paso a la llamas de su inmenso amor». De este modo también nos unimos gozosamente a las palabras del Papa, que nos ha invitado reiteradamente a contemplar este Amor misericordioso capaz de sanar nuestras heridas y perdonar nuestros pecados.

Desde la época de santa Margarita la devoción al Corazón de Jesús ha tenido que dar respuesta a una cuestión planteada de forma equívoca: ¿en qué consiste la novedad de esta devoción? ¿No ha estado siempre presente en la vida cristiana la contemplación del Amor misericordioso de Dios como algo central del mensaje evangélico? ¿Qué sentido tiene presentar esta devoción como el remedio de los males del mundo actual? Con la intención de contestar debidamente a estas cuestiones se pueden leer algunos de los artículos del presente número de la revista.

Estamos en una sociedad que después de proclamar en siglos anteriores la voluntad y capacidad humana para construir un mundo que diera respuesta definitiva a las ansias de felicidad y perfección, se encuentra humillada por fracasos de todo tipo, especialmente por saberse incapaz de salvaguardar la paz y el bienestar. Como si se anticipara y en previsión del curso de los acontecimientos, nuestro Señor se revela a santa Margarita recordando el amor infinito que ha tenido por cada uno de los hombres, y al mismo tiempo necesitado de recibir también su amor. Su Amor misericordioso se manifiesta de un modo especial y misterioso pidiendo Él misericordia. De ahí su queja amorosa: «Mi Corazón no recibe de la mayor parte de ellos más que ingratitudes, significadas en los menosprecios, desacatos, sacrilegios y frialdades con que me tratan en este Sacramento de amor». De esta petición se hace eco santa Teresa del Niño Jesús durante su vida y en sus escritos como una invitación dirigida a los pequeños y sencillos para saciar la sed de Jesús de amar y ser amado.

De la experiencia de este Amor misericordioso, como recordaba Benedicto XVI en una carta dirigida al padre Kolvenbach, nacerá la confianza y la fuerza para que la misericordia también caracterice las relaciones en la vida de la familia y de los pueblos. Este es el significado del lema de nuestra revista: «*Al Reino de Cristo por los Corazones de Jesús y María*».

También en nuestras páginas hemos querido hacernos eco de un acontecimiento eclesial que nos llena especialmente de gozo. Nos referimos al decreto de la Congregación del Culto Divino aprobado por el Papa, por el que se establece que el nombre de san José se añada a las plegarias eucarísticas en las que no aparecía. Recordamos la reiterada petición que se había realizado desde diversas instancias josefinas en las que había participado nuestro recordado Francisco Canals. Nos unimos a su gozo que desde el Cielo habrá tenido al ver realizado lo que había sido un deseo por el que había trabajado con tanto entusiasmo y fervor. Laus Deo.

# «La misericordia de Dios da la vida al hombre»

*Palabras del papa Francisco en el rezo del Ángelus,  
el 9 de junio de 2013*

¡Queridos hermanos y hermanas! El mes de junio es dedicado tradicionalmente al Sagrado Corazón de Jesús, la máxima expresión humana del amor divino. Justamente el viernes pasado hemos celebrado la solemnidad del Corazón de Cristo y esta fiesta le imprime el tono a todo el mes. La piedad popular valora mucho los símbolos, y el Corazón de Jesús es el símbolo por excelencia de la misericordia de Dios. Pero no es un símbolo imaginario, es un símbolo real, que representa el centro, la fuente de la cual brotó la salvación para toda la humanidad.

En los evangelios encontramos diversas referencias al Corazón de Jesús, por ejemplo el pasaje en el que Cristo mismo dice: «Venid a mí todos los que estáis cansados y oprimidos, y yo os daré reposo. Cargad con mi yugo y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón» (Mt 11, 28-29).

Fundamental es la narración de Juan sobre la muerte de Cristo. Este evangelista de hecho da testimonio de lo que vio

en el Calvario. O sea que un soldado, cuando Jesús ya estaba muerto, le atravesó el costado con la lanza y de esa herida fluyeron sangre y agua (cf. Jn 19, 33-34). Juan reconoce en este hecho, aparentemente casual, el inicio de las profecías: del Corazón de Jesús, como un cordero inmolado en la cruz, viene para todos los hombres el perdón y la vida.

Pero la misericordia de Jesús no es solamente un sentimiento, es mucho más. ¡Es una fuerza que da vida, que resucita al hombre! Lo dice también el evangelio de hoy, en el episodio de

la viuda de Naím (Lc 7,11-17). Jesús con sus discípulos está llegando justamente a Naím, un pueblo de Galilea, en el momento mismo en que se está realizando un funeral: cargan a un joven para enterrarlo, hijo único de una mujer viuda. La mirada de Jesús se fija en seguida sobre la madre en lágrimas.

Dice el evangelista Lucas: «Al verla el Señor fue movido de gran compasión por ella» (v.13). Esta compasión es el amor de Dios por el hombre, es la misericordia, o sea la actitud de Dios hacia la miseria humana, hacia nuestra indigencia, en el sufrimiento, en la angustia. El término bíblico *compasión* llama a las vísceras maternas: la madre, de hecho, tiene una reacción particular delante del dolor de los hijos. Así nos ama Dios, dice la Escritura.

¿Y cuál es el fruto de este amor? ¡Es la vida! Jesús le dijo a la viuda de Naím: «¡No llores!», y entonces llamó al joven muerto y lo despertó como de un sueño (cf. vv. 13-15).

La misericordia de Dios da la vida al hombre, lo resucita de la muerte. El Señor nos mira

siempre con misericordia, nos espera con misericordia. ¡No tengamos temor de acercarnos a Él! ¡Hay un corazón misericordioso! Si le mostramos nuestras heridas interiores, nuestros pecados, ¡Él siempre nos perdona. Es pura misericordia!

Dirijámonos a la Virgen María: su Corazón Inmaculado, su corazón de madre ha compartido al máximo la «compasión» de Dios, especialmente en la hora de la pasión y muerte de Jesús. Nos ayude María a ser mansos, humildes y misericordiosos con nuestros hermanos.



# Santa Margarita María: el Corazón de Jesús nos pide misericordia

GERARDO MANRESA PRESAS

## La preparación de su evangelista

**C**UANDO muere su hermana pequeña, Margarita, que era una niña feliz, se entristece y sus padres la envían una temporada con su madrina, Madame de Fontières, que tiene una hija religiosa de la Visitación. Allí oye hablar por primera vez de la vida religiosa. En la capilla del castillo de Corcheval, donde vive la Marquesa, descubre la Eucaristía y se siente atraída por ella. Desde entonces su deseo siempre será correr a la capilla y pasar allí largas horas, sola, en presencia de Dios. Así nació su deseo de ser religiosa. Tenía 4 años.

A los ocho años y medio muere su padre, en enero de 1656, y empiezan los problemas para la familia. Margarita es enviada a un convento de pensionistas, donde es admirada por todos por su piedad, y a los diez años es admitida a la primera Comunión, edad muy precoz para aquella época.

Pero poco tiempo después la envían a casa a causa de una extraña enfermedad. Durante cuatro años está clavada en el lecho y cubierta de llagas. Se intentan todos los remedios, pero no hay solución. Dice Margarita en su *Autobiografía*: «No pudo hallarse otro remedio a mis males que el de consagrarme con voto a la Santísima Virgen, prometiéndole que si me curaba, sería un día una de sus hijas. Apenas se hizo este voto, recibí la salud acompañada de una nueva protección de esta Señora, la cual se declaró de tal modo dueña de mi corazón, que, mirándome como suya, me gobernaba como consagrada a ella, me reprendía mis faltas y me enseñaba a hacer la voluntad de Dios». <sup>1</sup>

Con este relato, se podría decir que empieza la preparación de Margarita como mensajera del Sagrado Corazón: la Virgen se hace su guía y protectora.

Durante todas las años previos a la entrada en el convento de Paray-le-Monial, Margarita va siendo modelada por el mismo Jesús, que al mismo tiempo le muestra el gran amor que le tiene a ella, pobre y ruin, y las mismas entrañas de amor para con los pecadores que se arrepienten. Pero Margarita no es para el Sagrado Corazón sólo una pecadora a quien el Señor quiere mostrarle todo su amor y predilección sino que le va a mostrar también lo que Él mismo sufrió por

todos los pecadores y ya de niña, con los problemas de la familia le empezó a mostrar lo que era la cruz.

Dice el padre Sáenz de Tejada:

«Quería Jesucristo manifestar a santa Margarita María las riquezas infinitas de su amante Corazón, para que ella las manifestase a nosotros. ¿Cómo la preparó para esta altísima misión? Haciendo que su vida entera fuese un tejido entero de tribulaciones de todas clases: persecuciones, enfermedades, humillaciones, vejaciones del demonio...; y de admirables favores del Cielo: consolaciones, revelaciones, dulzuras inefables en el trato íntimo con su Esposo divino. Con aquellas purificaba su alma de todo amor propio; con éstas la adornaba para recibir las visitas de su amantísimo Corazón». <sup>2</sup>

Así quiso el Señor enseñarla a ella especialmente, a su evangelista, a la persona que debía enseñarnos a todos esta devoción, cuál era su gran misericordia y, al mismo tiempo, todo lo que había sufrido por los hombres.

Toda la vida de Margarita fue así, desde joven sintió por un lado las tentaciones del demonio que la querían apartar del Señor a través de la familia y el mundo, y por otro, la voz del Señor reclamándola para Él como el novio *más bello, más rico, más poderoso, el más perfecto y cumplido de todos los amantes*. <sup>3</sup> Aún sin saber lo que se decía, antes de los ocho años, le dijo a Dios: *Os consagro mi pureza y hago voto de castidad*. <sup>4</sup> Y Jesús años después le confirma que fue Él mismo quien se lo inspiró, *pues nos prometimos fidelidad cuando hiciste el voto de castidad*. <sup>5</sup>

La llamada al convento de la Visitación también sucedió de forma muy clara, pues el Señor estaba siempre con Margarita y nunca la dejaba, a pesar de las tentaciones mundanas y las luchas con la familia. Ella sentía su presencia y seguía su voluntad.

Durante los primeros años, el Señor fue preparando a Margarita para su misión: mostrar al mundo la Misericordia divina. Durante el postulante, el divino Maestro, no sólo le enseñó a rezar, sino que su alma sería la imagen de su vida terrestre cuyos rasgos principales fueron el amor a Dios y el amor a la cruz. Pero al igual que los novios, dice Margarita, «me dio a en-

2. Ibid, p. 26.

3. Ibid, p. 97.

4. Ibid, p. 84.

5. Ibid, p. 97.

1. J. M.<sup>a</sup> Sáenz de Tejada, *Vida y obras de santa Margarita M.<sup>a</sup> de Alacoque*, p. 85.

tender que estábamos en días de desposorios, los cuales le daban un nuevo imperio sobre mí; que yo adquiriría también un doble compromiso de amarle con amor de predilección. Me dio a entender que, como los amantes apasionados, no me daría a gustar, durante este tiempo, sino lo que había de más dulce en la suavidad de las caricias de su amor».<sup>6</sup>

Después de su profesión su divino Esposo le confesó que «poco a poco estas flores (del lecho) caerán y sólo quedarán las espinas bajo ellas escondidas, a causa de tu flaqueza; pero que te harán sentir tan vivamente sus punzadas, que tendrás necesidad de toda la fuerza de mi amor para sufrir su dolor».<sup>7</sup>

Y así la mimó y cuidó hasta que le refirió su misión en este mundo.

### Amor: cercanía y ternura

**Y** así llegamos al momento en que el Sagrado Corazón le revela su misión: «Mi divino Corazón está tan apasionado de amor por los hombres, en particular hacia ti, que, no pudiendo contener en él las llamas de su ardiente caridad, es menester que las derrame valiéndome de ti, y se manifieste a ellos para enriquecerlos con los preciosos dones que te estoy descubriendo y los cuales contienen las gracias santificantes y saludables necesarias para separarles del abismo de perdición».<sup>8</sup>

Y a ella, abismo de indignidad y de ignorancia, le descubrió su Corazón y lo introdujo en el suyo, en el que le hizo ver como un átomo se consumía en aquella ardiente hoguera. El corazón de Margarita era una llama encendida. Este fuego toda la vida le producirá un violento dolor en el costado: era la señal de la misericordia divina que quiere hacer llegar a los pecadores.

El primer mensaje revela la primera función que debía cumplir Margarita: dar a conocer a todos los hombres el inmenso amor con que ama el divino Corazón y convencerles de que este amor contiene las gracias para sacarnos del abismo de perdición. Y así Margarita se dedicó a dar a conocer la cercanía y la ternura de Dios.

En la pasada fiesta del Sagrado Corazón el papa Francisco hablaba así a los oyentes de la misa en Santa Marta:

«Estos dos criterios son como los pilares del amor verdadero, porque el amor no es amor abstracto o general: es el amor hacia cada uno». (...) «Un Dios que se hace cercano por amor, camina con su pueblo, y este caminar llega a un punto que es inimaginable.

6. Ibid, p. 29.

7. Ibid, p. 29.

8. Ibid, p. 115.

Nunca se puede pensar que el mismo Señor se hace uno de nosotros y camina con nosotros, se queda con nosotros, permanece en su Iglesia, en la Eucaristía sigue presente, sigue estando en su Palabra, permanece en los pobres, se queda con nosotros para caminar. Y esta es la cercanía: el pastor cerca de su rebaño, cerca de sus ovejas, que conoce una por una».

«¡La ternura! Pero si el Señor nos ama tiernamente. El Señor sabe aquella hermosa ciencia de las caricias, aquella ternura de Dios. No se ama con las palabras. Él se acerca –cercanía–, y nos da aquel amor con ternura. ¡Cercanía y ternura! Estos dos estilos del Señor que se hace cercano y da todo su amor con las cosas aun más pequeñas: con la ternura. Y este es un amor fuerte, porque la cercanía y la ternura nos hacen ver la fortaleza del amor de Dios».

### Amar como yo he amado

**Y** una vez dado a conocer este amor del divino Corazón, Margarita quiere pasar a un segundo estadio, a la correspondencia de los hombres a este amor. En la tercera gran revelación el Corazón divino le descubrió las maravillas inexplicables de su puro amor y le confesó que de ellos no recibía sino ingratitudes y desprecios: «Esto me es mucho más sensible, que cuanto he sufrido en mi pasión: tanto, que si me devolvieran algún amor en retorno, estimaría en poco todo lo que hice por ellos y querría hacer aún más, si fuese posible, pero no tienen para corresponder a mis desvelos por procurar su bien sino frialdad y repulsas».<sup>9</sup>

En esta revelación aparece la misma angustia que padeció el Señor en el huerto de Getsemaní, cuando les dijo a sus apóstoles: ¿No habéis podido orar una hora conmigo? (Mt 26, 40). Es realmente un corazón angustiado que pide un poco de misericordia a cada uno de nosotros para que le ayudemos a liberarlo de una angustia que lo aflige: una correspondencia a su amor. El papa Francisco en el mismo sermón nos hace la misma pregunta que un día dijo Jesús: «¿Amáis como yo os he amado?, ¿amamos a Dios y al prójimo con cercanía y con ternura?». Y ante la respuesta negativa de los hombres el mismo Santo Padre quiere darnos la solución y pregunta: «¿Pero cómo devolver todo este amor al Señor?». Para el Papa no es suficiente hacernos cercanos y tiernos. Y continúa y acaba diciéndonos: «Esto puede sonar como una herejía, ¡pero es la verdad más grande! Más difícil que amar a Dios es dejarse amar por Él! La manera de devolver tanto amor es abrir el corazón y dejarse amar. Dejar que Él esté cerca de nosotros y sentirlo cerca. Permitirle que sea tierno, que nos acaricie. Eso es muy difí-

9. Ibid, p. 118.

cil: dejarse amar por Él. Y esto es quizás lo que debemos pedir hoy en la misa: «Señor, yo quiero amarte, ¡pero enséñame la difícil ciencia, el difícil hábito de dejarme amar por ti, de sentirte cercano y tierno! Que el Señor nos dé esta gracia».

¿Cómo se puede aprender a dejarse amar por Jesús? ¿Cómo podemos abandonarnos a su amor? Esto lo explica la misma santa: «He visto el deseo que Vuestra Caridad tiene de ser toda del Sagrado Corazón de nuestro Señor Jesucristo, pues me parece que por ahí es por donde aseguraremos la salvación, que tan comprometida está en esta vida miserable y llena de corrupción. Pero cuando nos hemos consagrado y dedicado a este Corazón adorable, para honrarle y amarle con todos nuestros medios, abandonándonos del todo a Él, Él se cuida de nosotros y nos hace arribar al puerto de salvación, a pesar de las borrascas.»<sup>10</sup>

Margarita se dedicó durante toda su vida, desde su encierro en el convento de Paray-le-Monial por medio de sus escritos y cartas y sus palabras en el locutorio, a dar a conocer el Amor del divino Corazón para la extensión de su Reino, a corresponder a su Amor con el abandono, dejándose amar por Él.

### Reparación: ayudar a Jesús en Getsemaní

**E**N la misma tercera revelación, el divino Corazón le pide un favor a Margarita. «A fin de acompañarme en la humilde oración que hice entonces (en el huerto de Getsemaní) a mi Padre, en medio de todas mis angustias te levantarás entre once y doce de la noche para postrarte conmigo durante una hora, la faz en tierra, ya para calmar la divina cólera, pidiendo misericordia por los pecadores, ya para dulcificar, de algún modo la amargura que sentí en el abandono de mis apóstoles».<sup>11</sup>

Este lamento de Jesús se repite más claramente en otro momento en tiempo de carnaval en que se le aparece Jesús cubierto de llagas y de sangre, cargado con la cruz y le dice: «¿No habrá quien tenga piedad de mí y quiera compartir y tener parte en mi dolor en el lastimoso estado en que me ponen los pecadores, sobre todo en este tiempo?»<sup>12</sup>

Jesús, que ha sufrido por todos nuestros pecados, frialdades, indiferencias y debilidades de forma como nosotros es imposible que lo podamos sentir, nos pide que nosotros, pecadores, tengamos compasión de Él, quiere que al verlo sufriente, coronado de espinas, flagelado, crucificado, etc., nos invada un sentimiento

10. Carta 33. A la M. Luisa Enriqueta de Soudeilles, Moulins, 17 de agosto de 1685.

11. J. M. Sáenz de Tejada, *Vida y obras de santa Margarita M.<sup>a</sup> de Alacoque*, p. 118.

12. *Ibid.*, p. 44 .

de compasión y de pena y, al menos por esto, nuestro corazón de piedra se transforme en un corazón de carne y sintamos misericordia y lo miremos con ternura y amor, olvidándonos de nuestra pequeñez y miseria, que Él mismo suplirá. Tal como le dijo Jesús después de los esponsales con su evangelista *estas flores (del lecho) caerán y sólo quedarán las espinas bajo ellas escondidas* y así pudo Margarita experimentar los dolores y sufrimientos de su pasión. Esta colaboración que el Corazón de Jesús pidió a Margarita para aliviar las angustias que padeció Jesús en el huerto de Getsemaní se lo tomó ella muy a conciencia, pues ¡qué más quería ella que ayudar a que Jesús no sufriera tanto!

Y así Margarita hizo que la reparación, junto con la consagración y el abandono a su Corazón, se extendiera como un elemento fundamental de esta devoción y que todos los que queremos amar a este divino Corazón, o más bien dejarnos amar por Él, estemos dispuestos a colaborar en la reparación por los pecados de todos los hombres. Todos los escritos de la santa rebosan de estos sentimientos, el abandono a su infinita misericordia y la reparación por nuestras faltas, como se puede observar en una de ellas:

«Por lo que toca a la pena que sentís de llevar una vida floja en el servicio de Dios, he aquí lo que creo me inspira que os diga: que no os turbéis, pues para satisfacerle en este punto no tenéis más que unir os en todo lo que hagáis al Sagrado Corazón de nuestro Señor Jesucristo. Al empezar vuestras obras, para que os sirva de disposición, y al fin de ellas de satisfacción.

»Como por ejemplo: ¿no podéis hacer nada en la oración?, contentaos con ofrecer la que el divino Corazón hace por nosotros en el Santísimo Sacramento del altar, ofreciendo sus ardores para reparar todas vuestras tibiezas, y decid en cada una de vuestras acciones: “Dios mío, quiero hacer y sufrir esto en el Sagrado Corazón de vuestro divino Hijo, y según sus santas intenciones, que os ofrezco para reparar todo lo impuro e imperfecto de las mías”.

»Y así en todo lo demás. Y cuando os sobrevenga una pena, aflicción o mortificación, decíos a vos misma: “Toma lo que el Sagrado Corazón de Jesucristo te envía para unirte a él”. Procurad sobre todo conservar la paz en el corazón, que vale más que todos los tesoros imaginables; y el medio para conservarla es no tener voluntad, poniendo la del divino Corazón en lugar de la nuestra, para dejar que nosotros queramos lo que sea más glorioso para Él, contentándonos con vivir sometidas y abandonadas a Él. En una palabra; este amable Corazón suplirá todo lo que pudiera faltar por vuestra parte, porque amaré a Dios por vos y vos le amaréis en Él y por Él.»<sup>13</sup>

13. Carta 122. A la H. de la Barge, Moulins, 27 de mayo de 1690.

# Carta de Su Santidad Benedicto XVI al prepósito general de la Compañía de Jesús con motivo del cincuenta aniversario de la encíclica *Haurietis aquas*

Al reverendísimo padre  
PETER-HANS KOLVENBACH  
Prepósito general  
de la Compañía de Jesús

Las palabras del profeta Isaías, «sacaréis agua con gozo de las fuentes de la salvación» (Is 12, 3), con las que comienza la encíclica con la que Pío XII recordaba el primer centenario de la extensión a toda la Iglesia de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, no han perdido nada de su significado hoy, cincuenta años después. La encíclica *Haurietis aquas*, al promover el culto al Corazón de Jesús, exhortaba a los creyentes a abrirse al misterio de Dios y de su amor, dejándose transformar por él. Cincuenta años después, sigue siendo siempre actual la tarea de los cristianos de continuar profundizando en su relación con el Corazón de Jesús para reavivar en sí mismos la fe en el amor salvífico de Dios, acogiéndolo cada vez mejor en su vida.

El costado traspasado del Redentor es la fuente a la que nos invita a acudir la encíclica *Haurietis aquas*: debemos recurrir a esta fuente para alcanzar el verdadero conocimiento de Jesucristo y experimentar más a fondo su amor. Así podremos comprender mejor lo que significa conocer en Jesucristo el amor de Dios, experimentarlo teniendo puesta nuestra mirada en Él, hasta vivir completamente de la experiencia de su amor, para poder testimoniarlo después a los demás.

En efecto, como escribió mi venerado predecesor Juan Pablo II, «junto al Corazón de Cristo, el corazón del hombre aprende a conocer el sentido verdadero y único de su vida y de su destino, a comprender el valor de una vida auténticamente cristiana, a evitar ciertas perversiones del corazón humano, a unir el amor filial hacia Dios con el amor al prójimo. Así —y esta es la verdadera reparación pedida por el Corazón del Salvador— sobre las ruinas acumuladas por el odio y la violencia, se podrá construir la civilización del Corazón de Cristo» (carta de Juan Pablo II al prepósito general de la Compañía de Jesús, 5 de octubre de 1986: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 19 de octubre de 1986, p. 4).

En la encíclica *Deus caritas est* cité la afirmación de la primera carta de san Juan: «Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él», para subrayar que en el origen del ser cristianos está el encuentro con una Persona (cf. n. 1). Dado que Dios se manifestó del modo más profundo a través de la encarnación de su Hijo, haciéndose «visible» en Él, es en la relación con

Cristo donde podemos reconocer quién es verdaderamente Dios (cf. *Haurietis aquas*, 29-41; *Deus caritas est*, 12-15). Más aún, dado que el amor de Dios encontró su expresión más profunda en la entrega que Cristo hizo de su vida por nosotros en la cruz, es sobre todo al contemplar su sufrimiento y su muerte como podemos reconocer de manera cada vez más clara el amor sin límites que Dios nos tiene: «Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jn 3, 16).

Por lo demás, este misterio del amor que Dios nos tiene no sólo constituye el contenido del culto y de la devoción al Corazón de Jesús: es, al mismo tiempo, el contenido de toda verdadera espiritualidad y devoción cristiana. Por tanto, es importante subrayar que el fundamento de esta devoción es tan antiguo como el cristianismo. En efecto, sólo se puede ser cristiano dirigiendo la mirada a la cruz de nuestro Redentor, «al que traspasaron» (Jn 19, 37; cf. Zc 12, 10). La encíclica *Haurietis aquas* recuerda, con razón, que la herida del costado y las de los clavos han sido para innumerables almas los signos de un amor que ha transformado cada vez más eficazmente su vida (cf. n. 52). Reconocer el amor de Dios en el Crucificado se ha convertido para ellas en una experiencia interior que les ha llevado a confesar, como santo Tomás: «¡Señor mío y Dios mío!» (Jn 20, 28), permitiéndoles alcanzar una fe más profunda acogiéndolo sin reservas el amor de Dios (cf. *Haurietis aquas*, 49).

El significado más profundo de este culto al amor de Dios sólo se manifiesta cuando se considera más atentamente su contribución no sólo al conocimiento sino también, y sobre todo, a la experiencia personal de ese amor en la entrega confiada a su servicio (cf. *ib.*, 62). Obviamente, experiencia y conocimiento no pueden separarse: están íntimamente relacionados. Por lo demás, conviene destacar que un auténtico conocimiento del amor de Dios sólo es posible en el contexto de una actitud de oración humilde y de generosa disponibilidad. Partiendo de esta actitud interior, la mirada puesta en el costado traspasado por la lanza se transforma en silenciosa adoración. La mirada puesta en el costado traspasado del Señor, del que brotan «sangre y agua» (cf. Jn 19, 34), nos ayuda a reconocer la multitud de dones de gracia que de allí proceden (cf. *Haurietis aquas*, 34-41) y nos abre a todas las demás formas de devoción cristiana que están comprendidas en el culto al Corazón de Jesús.

La fe, entendida como fruto de la experiencia del

amor de Dios, es una gracia, un don de Dios. Pero el hombre sólo podrá experimentar la fe como una gracia en la medida en que la acepta dentro de sí como un don, del que trata de vivir. El culto al amor de Dios, al que la encíclica *Haurietis aquas* (cf. n. 72) invitaba a los fieles, debe ayudarnos a recordar incesantemente que Él cargó con este sufrimiento voluntariamente «por nosotros», «por mí». Cuando practicamos este culto, no sólo reconocemos con gratitud el amor de Dios, sino que seguimos abriéndonos a este amor de manera que nuestra vida quede cada vez más modelada por él.

Dios, que ha derramado su amor «en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (cf. Rm 5, 5), nos invita incesantemente a acoger su amor. Por consiguiente, la invitación a entregarse totalmente al amor salvífico de Cristo (cf. *Haurietis aquas*, 4) tiene como primera finalidad la relación con Dios. Por eso, este culto, totalmente orientado al amor de Dios que se sacrifica por nosotros, reviste una importancia insustituible para nuestra fe y para nuestra vida en el amor.

Quien acepta el amor de Dios interiormente queda modelado por él. El hombre vive la experiencia del amor de Dios como una «llamada» a la que tiene que responder. La mirada dirigida al Señor, que «tomó sobre sí nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades» (Mt 8, 17), nos ayuda a prestar más atención al sufrimiento y a las necesidades de los demás. La contemplación, en la adoración, del costado traspasado por la lanza nos hace sensibles a la voluntad salvífica de Dios. Nos hace capaces de abandonarnos a su amor salvífico y misericordioso, y al mismo tiempo nos fortalece en el deseo de participar en su obra de salvación, convirtiéndonos en sus instrumentos.

Los dones recibidos del costado abierto, del que brotaron «sangre y agua» (cf. Jn 19, 34), hacen que nuestra vida se convierta también para los demás en fuente de la que brotan «ríos de agua viva» (Jn 7, 38) (cf. *Deus caritas est*, 7). La experiencia del

amor vivida mediante el culto al costado traspasado del Redentor nos protege del peligro de encerrarnos en nosotros mismos y nos hace más dispuestos a una vida para los demás. «En esto hemos conocido lo que es el amor: en que Él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por los hermanos» (1 Jn 3, 16) (cf. *Haurietis aquas*, 38).

La respuesta al mandamiento del amor sólo se hace posible experimentando que este amor ya nos ha sido dado antes por Dios (cf. *Deus caritas est*, 14). Por tanto, el culto al amor que se hace visible en el misterio de la cruz, actualizado en toda celebración eucarística, constituye el fundamento para que podamos convertirnos en personas capaces de amar y entregarse (cf. *Haurietis aquas*, 69), siendo instrumentos en las manos de Cristo: sólo así se puede ser heraldos creíbles de su amor.

Sin embargo, esta disponibilidad a la voluntad de Dios debe renovarse en todo momento: «El amor nunca se da por “concluido” y “completado”» (cf. *Deus caritas est*, 17). Así pues, la contemplación del «costado traspasado por la lanza», en el que resplandece la ilimitada voluntad salvífica por parte de Dios, no puede considerarse como una forma pasajera de culto o de devoción: la adoración al amor de Dios, que ha encontrado en el símbolo del «corazón traspasado» su expresión histórico-devocional, sigue siendo imprescindible para una relación viva con Dios (cf. *Haurietis aquas*, 62).

Con el deseo de que el quincuagésimo aniversario contribuya a impulsar en muchos corazones una respuesta cada vez más fervorosa al amor del Corazón de Cristo, le imparto una especial bendición apostólica a usted, reverendísimo padre, y a todos los religiosos de la Compañía de Jesús, siempre muy activos en la promoción de esta devoción fundamental.

Vaticano, 15 de mayo de 2006

## El Corazón del Verbo encarnado

Jesús, durante su vida, su agonía y su pasión nos ha conocido y amado a todos y a cada uno de nosotros y se ha entregado por cada uno de nosotros: «El Hijo de Dios me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gal 2, 20). Nos ha amado a todos con un corazón humano. Por esta razón, el Sagrado Corazón de Jesús, traspasado por nuestros pecados y para nuestra salvación (cf. Jn 19, 34), «es considerado como el principal indicador y símbolo [...] de aquel amor con el que el divino Redentor ama continuamente al Eterno Padre y a todos los hombres» (Pío XII, Enc. *Haurietis aquas*: DS, 3924; cf. Id. enc. *Mystici Corporis*: ibíd., 3812).

*Catecismo de la Iglesia católica*, núm. 478

# «He aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres»

## *El mensaje de Paray-le-Monial y santa Teresita del Niño Jesús*

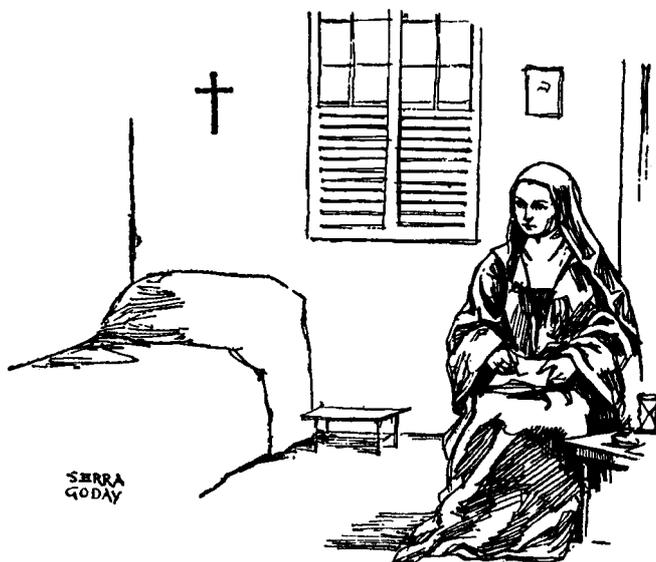
JOSÉ MARÍA ALSINA CASANOVA, HNSSC

**E**L padre Ramón Orlandis, S.I., fundador de Schola Cordis Iesu, consideraba que la moderna devoción al Corazón de Jesús, nacida de las revelaciones de Paray-le-Monial, ha encontrado en los escritos de santa Teresita del Niño Jesús el camino providencial para hacerse comprensible y accesible a los hombres de nuestro tiempo, especialmente a las «almas pequeñas».

«En la forma que tiene santa Margarita María de proponer la devoción al Corazón de Jesús y aun en su mismo estilo —escribía el padre Orlandis— hay un no sé qué de heroísmo y austeridad, que bien podría ser que arredrara a no pocas almas enfermizas y pusilánimes de nuestros días». Y añade a continuación: «Santa Teresita no sermonea incesantemente sobre la utilidad y necesidad de la devoción al Corazón de Jesús; tampoco teoriza sobre los principios dogmáticos y espirituales en los que tal devoción se funda. Pero de la lectura de sus escritos nace espontáneamente en el alma, tan santa, dulce y salvadora devoción, porque el espíritu verdadero de la misma unge y embalsama sus palabras y en ellas el alma que antes no conocía el Amor, lo siente, lo ve y lo gusta».<sup>1</sup>

La verdad de esta afirmación ha quedado demostrada, según nos dice el padre Orlandis, en la experiencia de «tantas almas, antes decaídas y acobardadas, que atraídas y alentadas por el atractivo celestial de la Santa y lo consolador de su doctrina, han

cochado alientos increíbles para subir por el ascensor de la humilde y suave confianza hasta la más elevada cumbre del amor de sacrificio; desde el humilde y sencillo sentimiento de su nada y de su impotencia, por el camino de la infancia espiritual, sembrado de rosas con espinas, hasta la entrega eficaz, perfecta y absoluta de sí al Amor misericordioso de Dios».<sup>2</sup>



Además del testimonio dado por la vida y experiencia de estas almas, sería el cometido de un estudio extenso la demostración del calado de esta «ocurrencia», que nos atrevemos a calificar de «profética» del padre Orlandis, sobre el modo carismático con el que santa Teresita hace comprender a todos como el Corazón de Jesús es el camino y el remedio providencial para sanar los males del hombre y del mundo actual.

Tratando de buscar un hilo conductor entre el contenido profético de las revelaciones a santa Margarita y el carisma doctoral de santa Teresita nos preguntamos: ¿Cuál sería el elemento definidor de las revelaciones de Paray-le-Monial en el que santa Teresita ha penetrado con especial profundidad y que hace de este mensaje divino la medicina que puede sanar el corazón enfermo del hombre de hoy? Sin ánimo de ser pretenciosos consideramos que es la comprensión del Amor misericordioso del Señor; amor que ha llegado hasta el punto de «quejarse amorosa y acerbamente» —en palabras del padre Orlandis— para despertar en el corazón del hombre una respuesta de amor reparador.

La fuente de la que santa Teresita bebe para comprender este misterio es el conocimiento que ella ha tenido de Dios. Ella misma dice en qué consiste su

1. Cf. R. ORLANDIS, *Pensamientos y ocurrencias*, «CRISTIANDAD», 269/XII (1955) 200-202; 331/XV (1958) 21-23; 588-589/XXXVI (1980) 61-63; 708-709/XLVII (1990) 17-19- ID., *Nuestra vocación*, «CRISTIANDAD», XXIX/502 (1972) 311-316. Para citar este escrito me referiré a la publicación del año 1955, que es la más antigua.

2. *Ibíd.*

misión: «hacer que se conozca a Dios como ella lo conoce, hacer que se le ame, como ella le ama». <sup>3</sup> Si en santa Margarita este conocimiento ha sido a través de unas revelaciones privadas, en santa Teresita se produce en el trato con Jesús «de corazón a corazón». Pensamos que es en este sentido que hay que comprender las palabras que dirige a su hermana Celina: «Yo no veo el Sagrado Corazón como todo el mundo. Pienso que el Corazón de mi Esposo es para mí sola, como el mío es para Él solo, y le hablo entonces en la soledad de este delicioso corazón a corazón esperando contemplarlo cara a cara». <sup>4</sup> En calidad de esposa de Jesús ella conoce los «secretos de este Corazón» y así afirma: «De tu Discípulo Amado yo no soy celosa / yo conozco tus secretos porque yo soy tu esposa / Yo me duermo en tu corazón. Él es mío». <sup>5</sup>

Desde esta mirada contemplativa santa Teresita se ha hecho eco de esa «queja» al escuchar en su interior con toda fuerza el grito del Señor en la cruz. Así, la imagen de Jesús crucificado en una estampa le hace exclamar: «¡Tengo sed! Estas palabras encendían en mí un ardor desconocido y muy vivo... Quería dar de beber a mi Amado y yo misma me sentía devorada por la sed de almas...». <sup>6</sup> Esta experiencia es la que lleva a santa Teresita a ofrecerse por la salvación del alma del criminal Pranzini. Su confianza plena en el Amor misericordioso del Señor abrirá las puertas del Cielo al que ella considerará «su primer hijo». «A partir de esta gracia sin igual –escribía– mi deseo de salvar almas fue creciendo de día en día. Me parecía oír a Jesús decirme como a la Samaritana: «Dame de beber». <sup>7</sup>

Para nuestra santa, desde este momento, el modo de saciar la sed de Jesús lo entiende como un «intercambio de amor»: «yo daba a las almas la sangre de Jesús, y a Jesús le ofrecía esas mismas almas refrescadas por su rocío divino. Así me parecía que aplacaba su sed. Y cuánto más le daba de beber, más crecía la sed de mi pobre alma, y esta sed ardiente que Él me daba era la bebida deliciosa de su amor». <sup>8</sup>

Estamos en el punto de partida de un camino que se había iniciado aquel día de Navidad de 1886, día en el que Teresa confesaba que el Señor había infundido en su alma, en un instante, la «caridad». Para

ella esta gracia la entiende como «la necesidad de olvidarse de sí misma para dar gusto a los demás». <sup>9</sup>

Desde ahora emprende esta «carrera de gigante» en la que el Señor le instruye y le muestra el contenido de esta «sed», el porqué de esta «queja». Su Maestro, a través de ella, va a mostrar al mundo el caminito para saciarla. Es al final del Manuscrito A donde santa Teresita nos descubre lo que ella ha conocido interiormente: «He aquí, pues, todo lo que Jesús exige de nosotros. No tiene necesidad de nuestras obras, sino sólo de nuestro amor. Porque ese mismo Dios que declara que no tiene necesidad de decirnos si tiene hambre, no tiene reparo en mendigar un poco de agua a la Samaritana. Tenía sed... Pero al decir “Dame de beber” lo que estaba pidiendo del Creador del universo era el pobre amor de su criatura. Tenía sed de amor...». <sup>10</sup>

Llegados a este punto nos detenemos a considerar el paralelismo entre las palabras de Jesús a santa Margarita en aquella octava del Corpus del 1675 y lo que ahora comprende santa Teresita. En Paray-le-Monial, Jesús dice a su confidente: «He aquí el Corazón que tanto ha amado a los hombres y que no ha ahorrado nada hasta el extremo de agotarse y consumirse para testimoniarles su amor. Y, en compensación, sólo recibe, de la mayoría de ellos, *ingraticitudes* por medio de sus irreverencias y sacrilegios, así como por las *frialdades* y *menosprecios* que tienen para conmigo en este Sacramento de amor. Pero lo que más me duele es que se porten así *los corazones que se me han consagrado*». <sup>11</sup> Ahora santa Teresita contemplando a Jesús en la cruz confiesa: «Sí me doy cuenta de que Jesús está sediento. Entre los discípulos del mundo sólo *encuentra ingratos e indiferentes, y entre sus propios discípulos ¡qué pocos corazones encuentra que se entreguen al amor sin reservas, que comprendan toda la ternura del Amor infinito!*». <sup>12</sup>

La nueva luz que ofrece el mensaje de santa Teresita consiste en mostrar el camino que conduce a saciar esta sed de Jesús. Este camino es el mismo que al Amor le ha llevado a hacerse hombre. El camino es la humildad y así lo entiende: «Es propio del amor abajarse». <sup>13</sup> En plena sintonía con san Juan de la Cruz afirma: «(...) para que el amor sea plenamente satisfecho necesita abajarse, que se abaje hasta la nada y transforme en fuego esto que es nada». <sup>14</sup>

La verdadera humildad consiste en aceptar el

3. Cf. CA 17.7; Cta. 188 (24-2-1897) al abate Bellière. Citamos conforme a la edición, TERESA DE LISIEUX, *Obras Completas*, Ed. Monte Carmelo, Burgos 2003.

4. Fragmento de la carta 122, de Teresa a Celina, 14 de octubre de 1890. El segundo centenario de la muerte de Margarita María, el 17 de octubre de 1890, atrajo a multitudes a Paray-le-Monial.

5. PN 24/20.

6. Ms A, 45vº.

7. Ibid.

8. Ibid.

9. Ms A, 45vº.

10. Ms A, 46 vº.

11. Cit. en SÁENZ DE TEJADA, J. M.<sup>a</sup>, *Vida y obras de santa Margarita*, Apostolado Mariano, Sevilla 1977, p. 28.

12. Ms A, 1 rº.

13. Ms A, 2 vº.

14. Ms B, 3 vº.

modo de amar que es propio de Dios. Esto se traduce para Teresa en «permanecer “pequeñita”, sin otra ocupación que la de coger flores, las flores del amor y del sacrificio, a fin de ofrecerlas a Dios para complacerle...».<sup>15</sup> El grito de Jesús en la cruz, su queja amorosa, solamente puede ser escuchado por el hombre que como santa Teresita acepta su pobreza desde la contemplación de Dios que «siendo rico se hizo pobre para enriquecernos a nosotros» (2 Cor 8,9). El Amor que ha llegado a ese grado se llama Misericordia y esta misericordia es la que ha comprendido santa Teresita.

En el deseo de «hacer amar al amor» santa Teresita recibe en la fiesta de la Santísima Trinidad «la gracia de entender mejor cuánto desea Jesús que le amemos».<sup>16</sup> Como acto de perfecta reparación por los pecados de aquellos hombres que lo desconocen y rechazan volviéndose hacia las criaturas, se con-

15. CA 6.8.8.

16. Ms A, 84 rº

sagra a este amor ofreciéndose como víctima, no para recibir los golpes de la Justicia, sino para sumergirse en el torrente de amor que esta «represado» en el Corazón de Jesús. Lo importante para ella es que el Amor misericordioso de Dios tenga al menos un alma en la que pueda volcarse sin medida.

En santa Teresita la queja amorosa del Corazón de Jesús en Paray-le-Monial ha encontrado un eco que resuena hoy en los más pequeños de la Iglesia de Cristo, en los más débiles. «Ellos –en palabras del padre Marie-Dominique Philippe– ya no son capaces de construir catedrales, pero dejan al Espíritu Santo ahondar en el fondo de sus corazones una llamada»<sup>17</sup>. Esta llamada es la que hizo Jesús en los «umbrales de los tiempos modernos» a través de su hija fiel, santa Margarita y que hoy a través de santa Teresita ha llegado a nosotros no sólo como una invitación sino como un camino para saciar su sed de «amar y ser amado».

17. PHILIPPE, M-D., *Acto de ofrenda*, Palabra, Madrid 2010, p. 7.

## AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Un día, mi Señor, como la Magdalena,  
quise verte de cerca, y me llegué hasta ti.  
Se abismó mi mirada por la inmensa llanura  
a cuyo Dueño y Rey yo iba buscando.  
Al ver la flor y el pájaro,  
el estrellado cielo y la onda pura,  
exclamé arrebatada:  
«Bella naturaleza, si en ti no veo a Dios,  
no serás para mí más que un sepulcro inmenso.

»Necesito encontrar  
un corazón que arda en llamas de ternura,  
que me preste su apoyo sin reserva,  
que me ame como soy, pequeña y débil,  
que todo lo ame en mí,  
y que no me abandone de noche ni de día».  
No he podido encontrar ninguna criatura  
capaz de amarme siempre y de nunca morir.  
Yo necesito a un Dios que, como yo, se vista  
de mi misma y mi pobre naturaleza humana,  
que se haga hermano mío y que pueda sufrir.  
Tú me escuchaste, amado Esposo mío.

Por cautivar mi corazón, te hiciste  
igual que yo, mortal,  
derramaste tu sangre, ¡oh, supremo misterio!,  
y, por si fuera poco,  
sigues viviendo en el altar por mí.  
Y si el brillo no puedo contemplar de tu rostro  
ni tu voz escuchar, toda dulzura,  
puedo, ¡feliz de mí!,  
de tu gracia vivir, y descansar yo puedo  
en tu Sagrado Corazón, Dios mío.

¡Corazón de Jesús, tesoro de ternura,  
tú eres mi dicha, mi única esperanza!  
Tú que supiste hechizar mi tierna juventud,  
quédate junto a mí hasta que llegue  
la última tarde de mi día aquí.  
Te entrego, mi Señor, mi vida entera,  
y tú ya conoces todos mis deseos.  
En tu tierna bondad, siempre infinita,  
quiero perderme toda, Corazón de Jesús.

Sé que nuestras justicias y todos nuestros méritos  
carecen de valor a tus divinos ojos.  
Para darles un precio,  
todos mis sacrificios echar quiero  
en tu inefable Corazón de Dios.  
No contraste a tus ángeles sin mancha.  
En medio de relámpagos tú dictaste tu ley  
¡Oh, Corazón sagrado, yo me escondo en tu seno  
y ya no tengo miedo, mi virtud eres tú!

Para poder un día contemplarte en tu gloria,  
antes hay que pasar por el fuego, lo sé.  
En cuanto a mi me toca, por purgatorio escojo  
tu amor consumidor, Corazón de mi Dios.  
Mi desterrada alma, al dejar esta vida,  
quisiera hacer un acto de purísimo amor,  
y luego, dirigiendo su vuelo hacia la Patria,  
¡entrar ya para siempre  
en tu Corazón...!

TERESA DEL NIÑO JESÚS

# La difusión del culto al Corazón de Jesús, confiada a los jesuitas

*Carta de Su Santidad Juan Pablo II al preósito general de la Compañía de Jesús, entregada en la capilla del beato Claudio la Colombière,\* el día 5 de octubre de 1986*

Al Rvdo. P. Peter-Hans Kolvenbach, preósito de la Compañía de Jesús.

En mi peregrinación a Paray-le-Monial, he querido venir a orar a la capilla donde se venera la tumba del beato Claudio la Colombière. Él fue «el siervo fiel» que el Señor, en su amor providencial, concedió como director espiritual a santa Margarita María de Alacoque, fue esto lo que le impulsó a ser el primero en difundir su mensaje. En pocos años de vida religiosa y de ministerio intenso, se reveló como un «hijo ejemplar» de la Compañía de Jesús a la que, según el testimonio de la misma santa Margarita María, Cristo había confiado el encargo de difundir el culto a su Corazón divino.

Sé con cuánta generosidad la Compañía de Jesús ha acogido esta admirable misión y con cuánto ardor ha buscado cumplirla lo mejor posible en el curso de estos tres últimos siglos: ahora bien, deseo, en esta ocasión solemne, exhortar a todos los miembros de la Compañía a que promuevan con mayor celo aún esta devoción que corresponde más que nunca a las expectativas de nuestro tiempo.

Efectivamente, el Señor en su Providencia quiso que en el umbral de los tiempos modernos, en el siglo XVII, partiese de Paray-le-Monial un poderoso impulso en favor de la devoción al Corazón de Cristo, bajo las formas indicadas en las revelaciones recibidas por santa Margarita María; sin embargo, los elementos esenciales de esta devoción pertenecen de manera permanente a la espiritualidad propia de la Iglesia a lo largo de toda la historia. Pues desde el principio la Iglesia ha dirigido su mirada hacia el Corazón de Cristo traspasado en la cruz, del cual brotó sangre y agua, símbolo de los sacramentos que constituyen la Iglesia. Y, en el Corazón del Verbo encarnado, los Padres del Oriente y del Occidente cristianos han visto el comienzo de toda la obra de nuestra salvación, fruto del amor del divino Redentor, del que este Corazón traspasado es un símbolo particularmente expresivo.

El deseo de «conocer íntimamente al Señor» y de «mantener un diálogo» con Él, corazón a cora-

zón, es característico, gracias a los Ejercicios Espirituales, del dinamismo espiritual y apostólico ignaciano, todo él al servicio del amor del Corazón de Dios.

El Concilio Vaticano II, al recordarnos que Cristo, Verbo encarnado, nos «amó con corazón de hombre», nos asegura que «su mensaje, lejos de empequeñecer al hombre, difunde luz, vida y libertad para el progreso humano y, fuera de Él, nada puede llenar el corazón del hombre» (cf. *Gaudium et spes* 22). Frente al Corazón de Cristo, el corazón del hombre aprende a conocer el sentido verdadero y único de su vida y de su destino, a comprender el valor de una vida auténticamente cristiana, a evitar ciertas perversiones del corazón humano, a unir el amor filial hacia Dios con el amor al prójimo. Así —y ésta es la verdadera reparación pedida por el Corazón del Salvador— sobre las ruinas acumuladas por el odio y la violencia, podrá levantarse la tan deseada civilización del Amor, el Reino del Corazón de Cristo.

Así como el año pasado, con ocasión del Congreso del Apostolado de la Oración, os confié especialmente esta obra estrechamente ligada a la devoción al Sagrado Corazón, igualmente hoy, durante mi peregrinación a Paray-le-Monial, os pido que despleguéis todos los esfuerzos posibles para desempeñar cada vez mejor el encargo que Cristo mismo os ha confiado: difundir el culto a su Corazón divino.

Los abundantes frutos espirituales que ha producido la devoción al Corazón de Jesús son bien reconocidos. Expresándose sobre todo mediante la práctica de la Hora Santa, de la confesión y comunión en los primeros viernes de mes, ha servido para mover a generaciones de cristianos a orar más y a participar más frecuentemente en los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía. Se trata de caminos que es de desear se propongan también hoy a los fieles.

La protección maternal de la Santísima Virgen María os asista: precisamente durante la celebración de su fiesta de la Visitación os fue confiado este encargo en 1688.

Que en vuestra labor apostólica sea para vosotros apoyo y aliento la bendición apostólica que imparto a toda la Compañía de Jesús, desde Paray-le-Monial.

\* Canonizado en mayo de 1992.

# Las *Confesiones* de san Agustín: alabanza de la misericordia del Señor

MARÍA DOLORES BARROSO

**S**AN Agustín, en sus *Confesiones* nos va descubriendo todos los rincones de su alma, al confesar sus pecados y explicar los hechos más significativos de su vida. Pero todos ellos, no son meramente descripción de unos hechos, que pueden despertar curiosidad, sino que reflejan y manifiestan el profundo agradecimiento de un corazón encendido de amor, que arde en deseos de alabar la grandeza de su Señor y su infinita misericordia para con él. Y así comienza el libro I: «Grande eres, Señor». Este es el fin de esta confesión, cantar las misericordias del Señor, y mostrar a los hombres su vida, una vida de búsqueda de la verdad, que en definitiva es la búsqueda de Dios y el gozo al encontrarlo: «Ciertamente, alabarán al Señor los que le buscan, porque los que le buscan le hallan y los que le hallan le alabarán ... No quieras esconderme tu rostro. Muera yo para que no muera y pueda así verle».

La ordenación de los libros las explica en las *Retractaciones*, c. 6: Del libro I al X san Agustín habla de sí mismo, de la situación de miseria en la que se encuentra su alma en los años de juventud hasta llegar a la conversión. Del arrepentimiento de sus pecados y de cómo toda su esperanza está puesta en Cristo, nuestro Salvador. En los tres restantes trata de las Sagradas Escrituras, en ellos suplica a Dios que tenga misericordia de él y le ilumine con su Palabra: «Tus Escrituras sean mis castas delicias: ni yo me engañe en ellas ni con ellas engañe a otros. Atiende, Señor, y ten compasión... Te confesaré cuanto descubriere en tus libros y oiré la voz de la alabanza y beberé de ti, y consideraré las maravillas de tu ley desde el principio».

## Infancia y puericia

**R**ECIBIÉRONME los consuelos de tus misericordias, según tengo oído a mis padres carnales, del cual y en la cual me formaste en el tiempo, pues yo de mí nada recuerdo» (L. I, 6, 7).<sup>1</sup> Y así comienza a narrar los primeros años de vida.

1. Y añade posteriormente refiriéndose a esta etapa de la que nada recuerda: «Vergüenza me da, Señor, tener que asociar a la vida que vivo en este siglo aquella edad que no recuerdo haber vivido y sobre la cual he creído a otros y yo conjeturo haber pasado, por verlo así en otros niños».

Nos descubre cómo se van despertando en él los deseos, (como el querer ser complacido ya desde pequeño). De los cuales si bien no tiene recuerdo de ellos, los contempla en otros niños. Pero consciente de que es un alma de niño dice: «mas tolérase indulgentemente con estas faltas, no porque sean nulas o pequeñas, sino porque se espera que con el tiempo han de desaparecer». Por lo que alaba a Dios por los primeros dones que le concede como niño: la vida y el cuerpo dotado con sentidos.

Posteriormente, cuando comienza a hablar –y por tanto a interesarse por las letras– al iniciar sus años de escuela, descubre el esfuerzo que se necesita para dichas tareas. Este aprendizaje requería de la obediencia a los padres y maestros, tan necesario en esos primeros años. Por lo que confiesa las desobediencias cometidas por amor al juego, la búsqueda de la alabanza de los demás, el no querer sufrir el esfuerzo que requiere el estudio. Confesando esto «descanso en la detestación de mis malos andares, a fin de que ame tus buenos caminos» afirma san Agustín. Al dársele bien las letras y estar lleno de curiosidad, procedió a aprender «aquellas vanidades» (L. I, 17, 27)<sup>2</sup> con gran gusto, llegando a ser llamado «niño de grandes esperanzas», lo que le llevaría a dejarse arrastrar por el deseo de alabanza y los honores del mundo. Por ello, refiriendo estas cosas y viendo el camino por el que iba a transcurrir su vida, exclama a Dios: «Tú ves, Señor, estas cosas y callas longánime, y lleno de misericordia, y veraz. Pero, ¿callarás para siempre? Pues saca ahora de este espantoso abismo al alma que te busca, y tiene sed de tus deleites, y te dice de corazón: *Busqué, Señor, tu rostro; tu rostro, Señor, buscaré, pues lejos está de tu rostro quien anda en afecto tenebroso, porque no es con los pies del cuerpo ni recorriendo distancias como nos acercamos o alejamos de ti*» (L. I, 18, 29).

Ya en estas páginas se va vislumbrando cómo san Agustín en su vida va a ir apartándose de las distracciones exteriores, para buscar en lo más íntimo de su alma el rostro de Cristo, pero será un camino lleno de tentaciones en el que el Señor le irá corrigiendo y sosteniendo pacientemente. A la vez que confiesa sus primeras miserias, da gracias al Señor

2. «El vino del error que maestros ebrios nos propinaban en ellos».

por los dones que percibe que tiene, y que le han sido dados (como la buena memoria que tenía) y por ellos prorrumpe en alabanzas a su Creador por los bienes recibidos en su «ser de niño». Al recordar los días de su juventud comienza a recorrer por amor a Dios y deseo de proclamar su inmensa bondad, los caminos que le fueron apartando cada vez más de Él. Mira con agradecimiento cómo el Señor permaneció a su lado, corrigiendo, «porque tú siempre estabas a mi lado, ensañándote misericordiosamente conmigo y rociando con amarguísimas contrariedades todos mis goces ilícitos para que buscara así el gozo sin pesadumbre y, cuando yo lo hallara, en modo alguno fuese fuera de ti, Señor, fuera de ti, que finges dolor en mandar, y hieres para sanar, y nos das muerte para que no muramos sin ti» (L. II, 3, 5). Y junto a las advertencias de su madre para que no cayese en estas conductas, la Providencia divina actuaba y permanecía advirtiéndole de los principales enemigos del alma. Por ejemplo, al recordar haber robado y haberse complacido no por poseer el objeto robado sino por el hecho de haber robado y regocijarse con los demás cómplices, por lo que se preguntará: «¿Quién deshará este nudo tortuosísimo? Feo es; no quiero volver los ojos a él, ... Sólo a ti quiero, justicia e inocencia bella y graciosa a los ojos puros» (L. II, 10, 18).

## Cartago

**D**URANTE su estancia en Cartago siguió esta senda en la que se arrojaba «fuera de sí». Si bien no conseguía apagar ese deseo de Dios, se sentía vacío. Y dejándose llevar por la curiosidad, se dejó llevar por una vida en la que disfrutaba viendo a otros miserables, sin reconocer su propia miseria. Refiere que buscaba el dolor en desgracias ajenas que veía en los teatros, y sin embargo, «esos sentimientos de dolor, no quería que me penetrasen muy adentro, ... pero solía terminar produciéndome un tumor abrasador y un horrible problema y podredumbre» (L. III, 2, 4).

En este estado se encontraba su alma, cuando llegó a estudiar un libro de Cicerón, *Hortensio*, que le encendió el alma en deseos de sabiduría; «semejante libro cambió mis afectos y mudó hacia ti, Señor, mis súplicas e hizo que mis votos y deseos fueran otros... comencé a levantarme para volver a ti». Ese deseo sería el inicio de un largo camino hacia el encuentro con Cristo. Pues en su corazón conservaba el nombre de su Salvador, grabado desde la infancia, lo que mostraba al considerar que «sólo me deleitaba en aquella exhortación el que me excitaba, encendía e inflamaba con su palabra a amar, buscar... fuertemente no esta o aquella secta, sino la

Sabiduría misma» (L. III, 5, 9). Y es entonces cuando comenzó a leer las Sagradas Escrituras. Mas había en él un gran impedimento para penetrar en lo más interior y llegar a saborear la verdad, y éste era su orgullo, él mismo lo refiere en varios párrafos de sus *Confesiones*. «Mas yo me desdeñaba de ser pequeño e, hinchado de soberbia, me creía grande». Esta soberbia sería la que le dificultaría acercarse a Dios, al tener facilidad dentro de los estudiosos de explicar determinadas materias y por tanto creerse con la posesión de «ciertas verdades». Así, avergonzado, explica en un libro posterior que «juzgaba que tú, Señor Dios de Verdad, eras un cuerpo luminoso e infinito, y yo un pedazo de ese cuerpo» (L. IV, 16, 31).

Durante el espacio de tiempo de entre los 19 y los 28 años se dejó arrastrar por sus apetitos, siendo soberbio, supersticioso, deseando gloria y aplausos. Y al recordar estos desórdenes suplica y pide al Señor: «ten misericordia de mí y sana mi alma, porque he pecado contra ti», y «no abusar de tu indulgencia para pecar más libremente, sino tener presente la sentencia del Señor: he aquí que has sido ya sanado, no quieras más pecar, no sea que te suceda algo peor» (L. IV, 3, 5) son años en los que ve su alma destrozada, y a él ciego.

Pero Dios no permite que carguemos con un peso que supere las fuerzas que nos da, y así en aquellos años dejó marca en su corazón un hecho que le causó gran sufrimiento. La muerte de un íntimo amigo le desgarró el corazón, llenando su alma de una amargura insoportable. Un corazón con deseos apegados a lo terreno que le llevaba a «sentir un grandísimo tedio de vivir y al mismo tiempo tenía miedo de morir» (L. IV, 6, 11). No le satisfacía nada y si dejaba de lado todo ocio se encontraba a solas con su miseria. Por lo que sabía cuál era la única cura, pero «lo sabía, pero ni quería ni podía». Así, para olvidar este dolor interior, huye de su patria para buscar ese descanso. Y amando «las hermosuras inferiores», no reconocía a aquél que clama que volvamos a Él: «Pues si partió de nuestra vista fue para que entremos en nuestro corazón y allí le hallemos; porque si partió aún está con nosotros... ¿Es posible que, después de haber bajado la vida a vosotros, no queráis subir y vivir? Mas, ¿adónde subisteis cuando estuvisteis en alto y pusisteis en el cielo vuestra boca?» (L. IV, 12, 19).

Continuamente en sus *Confesiones* refiere cómo debe ser el corazón del hombre que quiere encontrarse con Cristo, un corazón humilde, que se sabe pequeño. Así, cuando él se creía grande era miserable, cuando se conoció pequeño encontró su firmeza, pues le venía de Dios.

En Cartago, se encontraba cercano a los maniqueos, aunque ya dudando de sus afirmacio-

nes. En estos momentos Dios dispuso poner ante los ojos de san Agustín sus propios errores para avergonzarse de ellos. Para dicho propósito se sirvió de Fausto, maestro maniqueo, al que había esperado con gran ansia para poderlo escuchar. Pero el descubrimiento de la ignorancia de éste empujó a san Agustín a desconfiar del resto de doctores maniqueos. Junto con este hecho refiere que «también fue obra tuya para conmigo el que me persuadiese en irme a Roma ... mas no dejaré de confesarte el motivo que me movió, porque aun en estas cosas se descubre la profundidad de tu designio y merece ser meditada y ensalzada tu presentísima misericordia para con nosotros» (L. V, 7, 13).

### Viaje a Roma y conversión

**Y**A en Roma calló enfermo, lo que le llevó a experimentar la misericordia de Dios, que le permitió seguir viviendo, considerando san Agustín que había sido respuesta a las oraciones de su madre. Junto con ésta, la Providencia dispuso a otros amigos para que fuese conducido a Dios, siendo uno de ellos Ambrosio, al cual visitó al llegar a Milán y del que se maravilló por la sabiduría que se manifestaba en sus palabras. Allí fue donde «sintió» la mano blandísima del Señor: «comenzaste a tratar y componer poco a poco mi corazón y me persuadiste al considerar cuántas cosas creía que no había visto ... que, si no las creyéramos, no podríamos dar un paso en la vida ... pensaba yo en estas cosas, y tú me asistías; suspiraba, y tú me oías; vacilaba, y tú me gobernabas; marchaba por la senda ancha del siglo, y tú no me abandonabas» (L. VI, 6, 9).

Su corazón estaba todavía lleno de deseos de honor y riqueza, pero el Señor ya iba punzando la herida para que fuese curada, permitiendo que experimentase su propia miseria para llevarle al arrepentimiento. Buscaba la vida feliz pero creyendo que sería capaz de alcanzarla con sus propias fuerzas, y recordando estos deseos exclama: «A ti sea la alabanza, a ti la gloria ¡Oh fuente de las misericordias! Yo me hacía cada vez más miserable y tú te acercabas más a mí. Ya estaba presente tu diestra para arrancarme del cieno de mis vicios y lavarme, y yo no lo sabía» (L. VI, 16, 26).

Experimentaba en estos tiempos gran lucha en su alma, pero era sostenido por el Señor, que le iba curando al mostrarle la senda de la humildad. Comprendió que todo lo que «vemos» y el hecho de «poder ver», provenía de Dios, «¿Qué hará el hombre miserable, quién le librá del cuerpo, de esta muer-

te, sino tu gracia, por medio de Jesucristo, nuestro Señor, a quien tú engendraste coeterno y creaste en el principio de tus caminos» (L. VII, 21, 27). Y queriendo imitar a Victorino, crecía en san Agustín el deseo de servir a Cristo y gozar en Él. Pero se sentía oprimido por el peso del apetito, que le había encadenado hasta entonces, si bien era consciente de la verdad, sabía de la fuerza de la costumbre en él: «¿Con qué azotes de sentencias no flagelé a mi alma para que me siguiese a mí, que me esforzaba por ir tras ti? Ella se resistía» (L. VIII, 8, 19). Sólo la misericordia de Dios podía sacarle de tal estado, *lloró amargamente sus pecados*, con contrición de su corazón y este fue el instante en el que el corazón de san Agustín se abrazó con determinación a la fe de Cristo, lo que comunicó con gran gozo a su madre que había orado durante toda su vida por su conversión.

Los siguientes libros son un continuo canto de alabanza de un corazón rebosante de gozo por tantas gracias recibidas: «Me horroricé de temor y a la vez me enardecí de esperanza y gozo en tu misericordia» (L. IX, 4, 9).<sup>17</sup> De la búsqueda exterior de los sentidos, san Agustín descubre en su interior la luz de su rostro, pues «en nosotros ha sido impresa la luz de tu rostro». Y por la misma alma sube a Él: «Ved aquí cuánto me he extendido por mi memoria buscándote a ti, Señor; y no te hallé fuera de ella. Porque, desde que te conocí no he hallado nada de ti de que no me haya acordado; pues desde que te conocí no me he olvidado de ti» (L. X, 17, 26).<sup>3</sup>

San Agustín grita gozoso a los hombres que ha encontrado al Señor, y que en la búsqueda de la verdad, que es en el fondo la búsqueda de la vida bienaventurada, ha sido guiado por la misericordia divina, que le ha llevado a su encuentro atrayéndolo con su amor, y ahora goza en la Verdad, «libre de toda molestia».

Todo lo escrito pretende, así como lo pretendía san Agustín, que estas *Confesiones*, cuando sean leídas u oídas, «exciten al corazón para que no se duerma en la desesperación y diga: “No puedo”, sino que le despierte al amor de tu misericordia y a la dulzura de tu gracia, por la que es poderoso todo débil que se da cuenta por ella de su debilidad» y nos descubre cómo el Señor no deja al hombre solo, sino que en todo momento lo socorre y sale a su paso.

3. «He aquí que ascendiendo por el alma hacia ti, que estás encima de mí, traspasaré también esta facultad mía que se llama memoria, queriendo tocarte por donde puedes ser tocado y adherirme a ti por donde puedes ser adherido»... L. X, 24, 35.

# El Corazón traspasado del Redentor, fuente del amor de Dios

*Carta pastoral de monseñor Joan E. Vives,  
arzobispo de Urgell*

31 de mayo de 2013

Así como hoy celebramos la solemnidad del Cuerpo de Cristo (Corpus) trasladada al domingo, intensificando la fe en la presencia de Cristo en medio de nosotros y en su amor que todo lo transforma, el próximo viernes celebraremos otra gran solemnidad litúrgica, el Sagrado Corazón de Jesús. Los jesuitas siempre han sido muy activos en promover esta devoción mayor en la Iglesia, y será una tarea siempre actual para los cristianos, continuar y profundizar su relación con el Corazón de Jesús para reavivar en sí mismos la fe en el amor salvífico de Dios.

El costado traspasado del Redentor es la fuente donde acudir para adquirir el conocimiento verdadero de Jesucristo y para comprender qué significa conocer en Cristo el amor de Dios. Así experimentaremos, con la mirada fija en Él, cuán inmenso es su amor, y aprenderemos a testimoniarlo a los demás. Decía Benedicto XVI: «El misterio del amor de Dios no constituye para nosotros sólo el contenido del culto y de la devoción al Corazón de Jesús: éste es al mismo tiempo, el contenido de toda verdadera espiritualidad y devoción cristiana. (...) Efectivamente, ser cristiano es sólo posible con la mirada dirigida a la cruz de nuestro Redentor» (carta al P. Kolvenbach, Superior gral. de la Compañía de Jesús, 23.5.2006).

En el Año de la Fe nos conviene vivir con intensidad esta fiesta y la devoción al Sagrado Corazón durante este mes de junio, orando intensamente, por que la fe entendida como fruto del amor de Dios experimentado es una gracia, un don de Dios. Quien acepta el amor de Dios interiormente, es configurado y modelado por él. La persona vive esta experiencia del amor de Dios como una llamada a la que debe responder. Los dones recibidos del costado

abierto de Cristo crucificado, del que brotaron «sangre y agua», hacen que nuestra vida sea también para los demás fuente de la que brotan «ríos de agua viva». La experiencia del amor inspirada por el costado traspasado del Redentor nos llena de confianza indefectible, y nos protege del peligro de replegarnos en nosotros mismos, ya que nos hace más disponibles a una vida de servicio y donación, a una vida para los demás. La respuesta al mandamiento del amor se hace posible sólo a través de la experiencia de este amor, que ya antes nos ha dado Dios. El culto del amor que se hace visible en el misterio de la cruz, eficazmente presente en toda celebración eucarística, constituye por tanto el fundamento para que podamos transformarnos en personas capaces de amar y de entregarnos. Este abrirse a la voluntad de Dios debe renovarse en todo momento, ya que también dice Benedicto XVI, «el amor no está nunca acabado y completo».

La mirada de fe y de confianza hacia el costado traspasado por la lanza, donde resplandece la inagotable voluntad de salvación por parte de Dios, no se puede considerar una forma pasajera de culto o una devoción menor o poco valiosa: la adoración del amor de Dios, que ha encontrado en el símbolo del «corazón traspasado» su expresión histórico-devocional, sigue siendo imprescindible para una relación viva con Dios. Vivámosla, digamos continuamente en este mes, «¡Sagrado Corazón de Jesús, en vos confío!» y descubriremos que la vida, las penas y sufrimientos, los momentos de soledad o de dificultad... se vuelven diferentes. Con el amor de Jesucristo, ¡lo podemos todo!

† Joan E. Vives Sicília  
Arzobispo de Urgell



# La misericordia, don del Sagrado Corazón de Jesús

FRANCESC M<sup>a</sup> MANRESA I LAMARCA

Las primeras alocuciones y homilías del santo padre Francisco han estado llenas del mensaje de la misericordia, incluso en el escudo pontifical figura en el lema («*miserando atque eligendo*»). En la homilía del primer domingo como sucesor de san Pedro nos dijo: «el mensaje de Jesús es éste: la misericordia»<sup>1</sup>. Esta misericordia, verdadero don del amor que brota del sacratísimo Corazón del Salvador, viene a ser el «como» más profundo y pleno del mandamiento nuevo —«*amaos como yo os he amado*» (Jn 13,34)—, que no consistiría entonces en una especie de esfuerzo moral extremo ni en una híper exigencia superadora de los mandamientos de la ley antigua en favor del Sermón de la Montaña. No, la novedad del mandamiento nuevo solamente puede venir del don de la comunión con Cristo, de vivir en Él —«pero vivo... no yo, sino Cristo vive en mí» (Gal 2, 20)—, esto es lo que verdaderamente cuenta: dejarnos sumergir en la misericordia del Señor, entonces nuestro corazón hallará el camino recto.<sup>2</sup> Del mismo modo como escribió santa Teresita comentando el mismo pasaje: «¡Ah, Señor! Sé que no mandáis nunca nada imposible. Conocéis mejor que yo mi debilidad, mi imperfección. Sabéis que nunca podría amar a mis hermanas como vos las amáis, si vos mismo, ¡oh Jesús mío!, no las amáis en mí. Porque queráis concederme esta gracia, por eso fue por lo que impusisteis un mandamiento nuevo».<sup>3</sup>

Esta «misericordia divina —en la que hemos de dejarnos sumergir— llega a los hombres a través del Corazón de Cristo crucificado»<sup>4</sup> según nos recordó el beato papa Juan Pablo II en la institución de la fiesta de la Divina Misericordia, añadiendo esta petición del Sagrado Corazón a santa Faustina: «Hija mía, di que yo soy el Amor y la Misericordia en persona».<sup>5</sup> Éste es el mensaje para el mundo que el buen Jesús hizo a su niñita polaca: «de todas mis llagas, como arroyos, fluye la misericordia para las almas, pero la herida de mi Corazón es la fuente de

la misericordia sin límite, de esta fuente brotan todas las gracias para las almas. [...] Habla al mundo entero de mi misericordia»...<sup>6</sup> para que la humanidad entera la descubra, pues mi misericordia «puede hacer florecer hasta la tierra más árida, puede hacer revivir incluso los huesos secos (cf Ex 37, 1-14)», porque «la humanidad no hallará paz hasta que no se dirija con confianza a la misericordia divina» (*Diario*, p. 132).

Aquel que es la Caridad, que es el Amor y la Misericordia, al mostrarse resucitado [nos] dice: «Paz a vosotros». «No es un saludo ni una sencilla felicitación: es un don; [...] Esta paz es el fruto de la victoria del amor de Dios sobre el mal, es el fruto del perdón. Y es justamente así: la verdadera paz, la paz profunda, viene de tener experiencia de la misericordia de Dios»,<sup>7</sup> enseñaba el santo padre Francisco. «¡Paz a vosotros!»: venid a mi los deseosos de paz, los que sufrís, los que estáis cansados y agobiados por el dolor, por la propia debilidad, por los propios pecados... y yo os aliviaré, yo os daré paz, yo que soy el Amor y la Misericordia, que no he venido a curar a los sanos sino a los que están enfermos, que no ha venido a salvar a los justos sino a los... «Yo que soy el Amor y la Misericordia en persona». «No hay miseria que pueda compararse a mi misericordia. [...] El alma que se confía a mi misericordia es la más feliz, pues yo mismo tengo cuidado de ella».<sup>8</sup> Esta es la propuesta de Dios a la que nos invitaba el Santo Padre hace pocos días: «Dejémonos, sin embargo, aferrar por la propuesta de Dios, la suya es una caricia de amor».<sup>9</sup>

La vida cristiana, ciertamente, no consiste en no pecar, sino en amar a Dios por encima de todo; no tiene, pues, tanto que ver con el cumplimiento como son la «inmersión» en su misericordia. O como decía santa Teresita: «La santidad no está en tal o cual práctica: consiste en una disposición del corazón que nos vuelve humildes y pequeños en los brazos de Dios, conscientes de nuestra propia flaqueza y confiados hasta lo audaz en la bondad del Padre».<sup>10</sup> «San

1. Su Santidad Francisco. Homilía del 17 de marzo de 2013.

2. Cf. Joseph Ratzinger. *Jesús de Nazaret*, Ed. Encuentro, p. 81-82.

3. Teresa de Lisieux. *Obras completas*, p. 257. Ed. Monte Carmelo

4. Beato Juan Pablo II. Homilía en la canonización de Faustina Kowalska. 30 de abril de 2000

5. Beato Juan Pablo II. *Ibidem*.

6. Santa Faustina Kowalska. *Diario*, p. 1190.

7. Su Santidad Francisco. Regina Coeli del 7 de abril de 2013

8. Santa Faustina Kowalska. *Diario*, p. 1273.

9. Santo Padre Francisco. Homilía del 7 de abril de 2013.

10. Santa Teresita del Niño Jesús. *Novissima verba*. Día 3 de agosto.

Bernardo se pregunta: ¿En qué puedo poner mi confianza? ¿En mis méritos? Pero «mi único mérito es la misericordia de Dios. No seré pobre en méritos, mientras Él no lo sea en misericordia. Y, porque la misericordia del Señor es mucha, muchos son también mis méritos». Esto es importante: la valentía de confiarme a la misericordia de Jesús, de confiar en su paciencia, de refugiarme siempre en las heridas de su amor. San Bernardo llega a afirmar: «Y, aunque tengo conciencia de mis muchos pecados, si creció el pecado, más desbordante fue la gracia» (Rm 5, 20).<sup>11</sup> Siglos más tarde, con la misma confianza en la misericordia divina, escribió la santa doctora de Lisieux en su acto de ofrenda al Amor Misericordioso: «al atardecer de esta vida, compareceré delante de vos con las manos vacías, pues no os pido, Señor, que contéis mis obras. Todas nuestras justicias tienen manchas a vuestros ojos. Quiero, por eso, revestirme de vuestra propia justicia y recibir de vuestro amor la posesión eterna de vos mismo.»<sup>12</sup>

La perspectiva preciosa que hallamos en la palabra de Dios, en los textos o en la vida misma de los santos es siempre esta: Él es quien lo hace todo. Parece, luego, que la única «exigencia» fuera la de la misma confianza, no por el mérito de nuestra perseverancia sino por la seguridad de Él mismo: «toda mi confianza se funda en mi misma confianza [...] ‘Nadie esperó en el Señor y quedó confundido’ (Ecl 2, 11)»,<sup>13</sup> como rezaba san Claudio la Colombière en su *Acto de confianza*. Y añade más adelante: «para mí es seguro que nunca será demasiado lo que espere de ti y que nunca tendré menos de lo que hubiere esperado»...<sup>14</sup> porque «espero a ti mismo de ti mismo, oh Creador mío, para el tiempo y para la eternidad.»<sup>15</sup>

Él es quien lo hace todo. Así nos lo ha recordado el Santo Padre en que «siempre hay que tener en cuenta que somos justificados, somos salvados por la gracia, por un acto libre de amor a Dios, que siempre nos precede: nosotros solos no podemos hacer nada. [...] Cristo viene para traernos la misericordia de Dios que salva».<sup>16</sup> Y esta misericordia de Dios se manifiesta con más fuerza ahí donde descubrimos nuestras miserias, nuestras carencias, nuestras debilidades... Gloriémonos entonces en ellas como hacía san Pablo; amemos nuestra propia limitación,

nuestros defectos, nuestra pequeñez; pidamos a Dios «gozar la dulzura de sentirse débil y pequeño»<sup>17</sup> como santa Teresita... y busquemos el consuelo en la certeza que en nosotros, incluso en nuestros propios pecados, Dios quiere manifestar su misericordia.

San Claudio escribió en unos ejercicios: «no encuentro alegría semejante a la que experimento cuando descubro en mí alguna nueva flaqueza que hasta entonces se me había ocultado». Si, como decía santa Teresita, «lo más difícil es entusiasmarse con la propia pequeñez», éste sería un ejemplo maravilloso de confianza atrevida en el Amor misericordioso, que nos muestra como en el fondo no hay nada más opuesto al arrepentimiento que el mostrarse enfadado por el propio pecado, por el propio defecto... y casi con Dios mismo que lo ha permitido. Así se lo recordaba el Señor a santa Faustina: «el mayor obstáculo para la santidad es el desaliento y la inquietud injustificada que te quitan la posibilidad de ejercitarte en las virtudes. Todas las tentaciones juntas no deberían ni por un instante turbar tu paz interior y la irritabilidad y el desánimo son los frutos de tu amor propio»;<sup>18</sup> pues mayor ofensa fuere dudar de la misericordia de Dios, no ya de la capacidad sino de los deseos infinitos que tiene de perdonarnos, ya que «Dios no se cansa nunca de perdonar» —nos dijo en su primer Ángelus el Santo Padre— «[...]no perdamos nunca la confianza en la paciente misericordia de Dios [...]Dios es paciente con nosotros porque nos ama, y quien ama comprende, espera, da confianza, no abandona, no corta los puentes, sabe perdonar.»<sup>19</sup>

Escribió santa Teresita:

«Vivir de amor es disipar el miedo, aventar el recuerdo de pasadas caídas. De aquellos pecados no veo ya la huella, junto al fuego divino se han borrado».<sup>20</sup>

Dios es tan misericordioso que permite nuestros defectos para hacernos mayor bien, para mostrarnos que hay más salvación para nosotros en lo que no somos que en lo que somos, que es en nuestras faltas, en nuestras limitaciones, en nuestras carencias donde Él sale a nuestro encuentro, donde Él viene a realizar su perfección —«mi gracia te basta, que mi fuerza se realiza en la flaqueza» (2 Cor 12, 9-

11. Su Santidad Francisco. Homilía del 17 de abril de 2013.

12. Teresa de Lisieux. *Obras completas*, p. 812. Ed. Monte Carmelo.

13. San Claudio la Colombière. Acto de confianza.

14. *Ibidem*.

15. *Ibidem*.

16. Su Santidad Francisco. Homilía del 24 de abril de 2013.

17. Santa Teresita del Niño Jesús. Cf. *Novissima verba*. Día 5 de julio.

18. Santa Faustina Kowalska. *Diario*, p. 1488

19. Santo Padre Francisco. Homilía del 7 de abril de 2013.

20. Teresa de Lisieux. «Vivir de amor». *Obras completas*, p. 717. Ed. Monte Carmelo.

10)–. Esto es lo que recordaba santa Faustina en la anécdota en que ella se da cuenta de que ha fallado al Señor en una pequeña imperfección casi involuntaria y recurriendo instantáneamente a Él oyó cómo le decía: «si no hubiera sucedido esta pequeña imperfección no habrías venido a mí. Has de saber que cada vez que vienes a mí humillándote y pidiendo perdón, yo derramo sobre tu alma una inmensidad de gracias y tu imperfección desaparece ante mí y veo solamente tu amor y tu humildad. No pierdes nada, sino que ganas mucho...».<sup>21</sup>

Tengamos esta confianza deliciosa. Como la tenía la santita de Lisieux que, recordando la historia de la pecadora arrepentida que murió de amor, decía a su hermana: «podría creerse que si tengo una confianza tan grande en Dios es porque no he pecado. Decid muy claramente, Madre mía, que aunque hubiera cometido todos los crímenes posibles, seguiría teniendo la misma confianza; sé que toda esa muchedumbre de ofensas sería como una gota de agua arrojada en un brasero encendido»;<sup>22</sup> y refería en su manuscrito «Sí, estoy segura de que aunque tuviera sobre la conciencia todos los pecados que pueden cometerse, iría, con el corazón roto por el arrepentimiento a arrojarme en los brazos de Jesús, porque sé muy bien cuánto ama al hijo pródigo que vuelve a Él. Dios, en su misericordia preveniente, ha preservado a mi alma del pecado mortal; pero no es eso lo que me eleva a Él por la confianza y el amor.»<sup>23</sup>

Oremos, pues, porque jamás no consideremos en nosotros sino sus misericordias; oremos para que nos

21. Santa Faustina Kowalska. *Diario*, p. 1293.

22. Santa Teresita del Niño Jesús. Cf. *Novissima verba*.

Día 11 de julio.

23. Teresa de Lisieux. *Obras completas*, p. 298. Ed. Monte Carmelo.

haga amar la propia debilidad, prenda del cumplimiento de su promesa; oremos para que nos mantenga en su confianza; oremos, en fin, con la Iglesia como desde hace más de mil quinientos años: «Y a nosotros pecadores, que confiamos en vuestra infinita misericordia, concedednos ser admitidos en la comunidad de vuestros apóstoles y mártires [...] y de vuestros santos; y acéptanos en su compañía, no por nuestros méritos sino conforme a tu bondad.»<sup>24</sup>

San Claudio nos invita a orar recordándonos que no hay nada más importante que la oración y que no es sino por ella que se obtiene la gracia, que no hay obra de apostolado que sea fecunda sin la oración. Oremos nosotros, pecadores, hagámoslo los unos por los otros, y tengamos esta confianza «invariable» en la misericordia de este Corazón divino a quien decía san Claudio que pedirle que nos perdone es como pedirle a una madre que perdone a su propio hijo... ¡cómo no lo hará a gusto! Y que descanse en Él, en su Amor misericordioso, toda nuestra pequeñez, nuestra debilidad y nuestra preocupación y podamos decirle como santa Teresita:

«Sé que nuestras justicias y todos nuestros méritos

carecen de valor a tus divinos ojos.

Para darles un precio

todos mis sacrificios echar quiero

en tu inefable Corazón de Dios.

No encontraste a tus ángeles sin mancha.

En medio de relámpagos tú dictaste tu ley.

¡Oh, Corazón sagrado, yo me escondo en tu seno y ya no tengo miedo, mi virtud eres tú!»<sup>25</sup>

24. Misal romano. Plegaria eucarística I.

25. Teresa de Lisieux. «Al Sagrado Corazón». *Obras completas*, p. 749. Ed. Monte Carmelo.



# Hagamos que nuestro corazón palpite al unísono con el Corazón de Cristo

*Carta semanal de monseñor Carlos Osoro, arzobispo de Valencia*

7 de junio de 2013

La fiesta del Sagrado Corazón de Jesús nos trae a la memoria muchos momentos de la vida del Señor en los que se nos manifiesta, claramente, cómo nuestra vida tiene que ser un eco permanente de la llamada que Él nos hace para caminar por esta historia, movilizándolo todas las energías que nacen de nuestro bautismo, es decir, de haber sido engendrados a una vida nueva en Cristo. El Corazón de Cristo nos invita a vivir la santidad y a ir por todos los caminos que tiene el hombre con el ímpetu de la «nueva evangelización», que crea formas de vida dignas del hombre y, ciertamente, la «civilización del amor». Cuando nos acercamos a Jesucristo, contemplando su corazón, y nos dejamos contagiar por su ritmo, las palpitations son de tal calado en nuestra vida que los males del materialismo, consumismo y secularismo quedan rotos, malparados y aniquilados. Los hombres y mujeres, con el dinamismo del Corazón de Cristo, transforman este mundo. Tengamos la valentía de buscar siempre vivir en la comunión y con la misión que el Señor nos ha entregado al darnos su vida.

Todos tenemos una tarea en la misión de anunciar que «el Reino de Dios está cerca» (Lc 10, 9). Pero todos sabemos que será imposible anunciarlo con un corazón cuyos latidos son fruto de nuestras fuerzas personales. Entrar en todas las situaciones de nuestra convivencia diaria anunciando a Jesucristo, solamente se puede hacer desde una comunión viva con Él. Así podemos entrar, también, en todos los ambientes del mundo para transformarlos: la cultura, la economía, la política, las ciencias, el arte, la familia, la educación, el trabajo... Sí, urge entrar en ellos. Corazones palpitando al ritmo de Cristo son los que tienen el dinamismo evangélico para ser sal y luz en esta historia. La fuente de la animación cristiana de este mundo se encuentra en la unión de cada cristiano con Cristo. ¿Cómo es y cómo cultivamos esa unión-comunión con Cristo?

Para entrar en el dinamismo de la «nueva evangelización» se precisa una gran dosis de osadía y de impulso creativo, pero, sobre todo, se necesitan hombres y mujeres con una fe vivida, como nos recuerda san Pablo, recibida en el corazón y expresada con los labios y con la vida. «Pues con el corazón se cree para conseguir la justicia, y con la boca se confiesa para conseguir la salvación» (Rom 10, 10). Tener el corazón de nuestro Señor Jesucristo supone expresar con palabras el misterio cris-

tiano y proclamarlo. Así entra en el corazón de cada persona y del pueblo, de tal manera que viva manifestando y pregonando por todos los rincones que Cristo es el Hijo de Dios, el Salvador, que ha resucitado y es el centro de la creación y de la historia humana. De este modo, la fe recibida en el corazón de cada persona se expresa en una cultura impregnada por el espíritu evangélico, que es el espíritu de las bienaventuranzas y del mandamiento del amor.

Una tarea y una invitación: convertirnos en recipientes que contengamos el amor de Dios. ¿Cuál es el rostro de quién nos manifiesta ese amor? El rostro verdadero de ese amor y quien nos lo ha manifestado y revelado es Cristo. Hemos sido llamados a ser recipientes o vasijas que se llenan del amor verdadero que es Cristo. La fiesta del Sagrado Corazón nos recuerda de qué tiene que estar lleno nuestro corazón. Es una especie de intercambio, pues ese amor que se recibe y se da o se devuelve siempre a todos los hombres, es un amor que nunca se gasta, es un manantial permanente porque viene de Dios mismo. De ahí, la urgencia de encontrarse con quien nos revela su amor, porque Él mismo lo es, y nos lo regala y lo pone en nuestro corazón. Si no hacemos propio el amor de Jesucristo, si es que no hacemos nuestro su corazón con sus medidas reales, no podemos asumir el reto que tiene la Iglesia, el de la «nueva evangelización», y ayudar al hombre de nuestro tiempo a experimentar y construir toda esta historia con las medidas del amor del Señor. ¿Cómo hacer posible que todos los hombres y mujeres de nuestro tiempo, que están sedientos de algo que vaya más allá de lo inmediato, se encuentren con el amor de Cristo que viene siempre a ellos? Diciendo y mostrando que «no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (Mt 4, 4). Por eso, para poder vivir la experiencia de un amor que nos invade, hemos de tener espacios nuevos para el silencio, la oración, la contemplación, para volver a los sacramentos especialmente la Eucaristía y la Penitencia, como fuentes de amor, de libertad y de esperanza.

Hagamos que nuestro corazón palpite al unísono con el Corazón de Cristo, ¿cómo? San Agustín nos dirá que la perfección cristiana se centra en el amor y se mide por el amor. Esto es lo que tiene que palpar en nuestro corazón, es decir, el mismo amor de Dios manifestado en Jesucristo. Por eso, dirá así san Agustín: «¿Comenzaste a amar? Dios

comenzó a morar en ti; ama al que comienza a morar en ti, para que, morando más perfectamente, te haga perfecto» (san Agustín: *In. Jo. ep. 8, 12*). Nos acercamos a los demás por la intensidad con que dejamos que el amor del Señor esté y se manifieste en nuestra vida. ¡Qué fuerza tiene para nosotros ver que la perfección cristiana se centra en el amor y se mide por el amor! Tener el Corazón de Cristo es el diseño que hemos de pedirle para nuestra vida: «Haz, Señor Dios mío, que me acuerde de ti, que te comprenda y que te ame. Acrecienta en mí estos dones hasta que me reformes por completo» (san Agustín: *De Trin. XV, 28, 51*).

¡Cuántas veces me han dicho que dé esperanza! ¡Con qué fuerza se pide a la Iglesia que dé nueva esperanza! ¡Cómo se les pide a los sacerdotes, miembros de vida consagrada, a todo bautizado que den esperanza! Solamente se puede dar teniendo el Corazón de Cristo, su mismo amor. Por ello, debe ser para cada cristiano una convicción absoluta que acoger y servir a toda persona que nos encontremos por el camino de la vida es acoger y servir a Jesucristo (cf. Mt 25, 40). Amar y mostrar a los hombres que Cristo tiene predilección y amor por ellos es hacerlos nacer de nuevo, significa hacer ver que las personas valen por sí mismas, cualesquiera que sean las condiciones que tengan en todas las di-

mensiones de la vida: sociales, culturales, económicas.

Una de las características de quien palpita al unísono con el Corazón de Cristo es el tener una mística que yo llamo «de los ojos abiertos», es decir, que le lleva a vivir la presencia del misterio de Dios manifestado en Cristo y que recorre todos los entramados de la historia de los hombres, viendo esa presencia y la necesidad de acercar el amor de Dios a algunos de los rincones de vidas humanas y de la historia. Vivir palpitando con el Corazón de Cristo nos hace descubrir que toda la realidad está llena de la presencia de Dios y que donde se juega, aunque sea un ápice, el destino humano, allí hay necesidad del Corazón de Cristo para expresar su amor. Dios, que se hizo hombre, estuvo en esta historia al lado de los hombres, codo a codo con ellos, y participó de sus problemas y de sus creencias. Mostró su Corazón en el que todos tenían un hueco para acogerse a su amor. Él es quien nos contagia, también, a tener un corazón con sus medidas, que vive atento y diciendo como Él a los demás: ¿qué quieres que haga por ti?

Con gran afecto y mi bendición

† Carlos, arzobispo de Valencia

## El Corazón de Cristo, símbolo de la fe cristiana

1.- El Corazón de Cristo es símbolo de la fe cristiana, particularmente amado tanto por el pueblo como por los místicos y los teólogos, pues expresa de una manera sencilla y auténtica la «buena noticia» del amor, resumiendo en sí el misterio de la encarnación y de la Redención.

3.- Desde el horizonte infinito de su amor, de hecho, Dios ha querido entrar en los límites de la historia y de la condición humana, ha tomado un cuerpo y un corazón, para que podamos contemplar y encontrar el Infinito en el finito, el misterio invisible e inefable en el corazón humano de Jesús, el Nazareno.

5.- Este centro de la fe es también la fuente de la esperanza en la que hemos sido salvados, esperanza que ha sido el tema de mi segunda encíclica.

6.- Toda persona necesita un «centro» para su propia vida, un manantial de verdad y de bondad al que recurrir ante la sucesión de las diferentes situaciones y en el cansancio de la vida cotidiana.

7.- Cada uno de nosotros, cuando se detiene en silencio, necesita sentir no sólo el palpitar de su corazón, sino, de manera más profunda, el palpitar de una presencia confiable, que se puede percibir con los sentidos de la fe y que, sin embargo, es mucho más real: la presencia de Cristo, corazón del mundo.

8.- Os invito, por tanto, a cada uno de vosotros a renovar en el mes de junio su propia devoción al Corazón de Cristo.

9.- Uno de los caminos para revitalizar esta devoción al Corazón de Cristo es valorar y practicar también la tradicional oración de ofrecimiento del día y teniendo presentes las intenciones que propongo a toda la Iglesia.

10.- Junto al Sagrado Corazón de Jesús, la liturgia nos invita a venerar al Corazón Inmaculado de María. Encomendémonos siempre a ella con gran confianza.

BENEDICTO XVI: Ángelus, 1 de junio de 2008

# La devoción al Corazón de Jesús, compendio de la religión y esperanza de nuestro tiempo

LUCA ALCALDE

CON graves y ponderadas palabras los pontífices se han referido a la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. De ella han dicho que es el «compendio de toda religión» y la «norma de vida más perfecta» (*Miserentissimus Redemptor* 3). «En él podemos considerar no sólo el símbolo, sino también, en cierto modo, la síntesis de todo el misterio de nuestra redención» (*Haurietis aquas* 24).

Esta devoción ha sido presentada también como el remedio de los males de nuestro tiempo, el medio por el cual el Señor desea reinar en nuestro mundo:

«Estando oprimida la Iglesia por el yugo cesáreo, durante los tiempos próximos a su nacimiento, fue vista en lo alto por un joven emperador la cruz, presagio juntamente y causa de la gloriosísima victoria que luego se siguió. He aquí que hoy se presenta a nuestros ojos otra señal muy favorable y divina: *el Corazón sacratísimo de Jesús*, con la cruz superpuesta, brillando entre llamas con vivísimo resplandor. *En Él se han de colocar las esperanzas, a Él hay que pedir y de Él hay que esperar la salvación de los hombres*» (*Annum Sacrum*, 11).

«Pues, como en otro tiempo quiso Dios que al humano linaje, que salía del Arca de Noé, apareciese una señal de amistoso pacto, el arco iris visible en las nubes (Gen 2, 14), de la misma manera, en los recientes turbulentísimos tiempos... *el benignísimo Jesús manifestó en alto a las naciones su Corazón sacratísimo*, como bandera de paz y caridad, y *como presagio de no dudosa victoria en la contienda*» (*Miserentissimus Redemptor*, 2).

El padre Orlandis «Afirmaba la certeza del designio divino de que *la devoción al Sagrado Corazón sería el remedio social del mundo actual* y que como consecuencia del triunfo de esta devoción vendría la época profetizada del reinado social de Jesucristo» («Mis recuerdos del padre Orlandis», *CRISTIANDAD*, 801-802).

Por esto resulta tan triste que, justamente en nuestro tiempo, cuando más necesaria es esta devoción, tan poco se hable de ella. *Sin duda podemos ver en este silencio la obra del demonio*. Así lo afirmaba el padre Orlandis, cuando decía que pensaba que *el demonio pasa por todo con tal de que pueda estorbar la devoción al Corazón de Jesús*. Llegaba a decir que el demonio no estorbaría una devoción a la Santísima Virgen que no condujera a la devoción al Sagrado Corazón de Jesús» (ibídem).

## Hemos de consagrarle nuestro corazón

EL Señor nos ha dicho que Él nos atraerá por los lazos más adecuados a nuestra naturaleza, *por las cadenas del amor* (Os 11, 4). En esto consiste, precisamente, la devoción a su Sacratísimo Corazón. Él nos ama con su infinito amor Divino, con su amor humano de voluntad y de sentimiento. Pero en la naturaleza misma del amor está *el deseo de ser correspondido*. También nuestro benignísimo Salvador, al amarnos, desea nuestra correspondencia, nuestro amor.

En la cruz, donde se manifiesta de modo más excelente el amor que su Corazón tiene a los hombres, Él nos manifiesta esta sed que tiene de nuestro amor. Lo grita con voz potente, como queriendo que todos los siglos oigan su voz y deseo.

Él quiere que vivamos sólo para Él, *que le consagremos del todo nuestro pobre corazón*. Siendo Dios todopoderoso, no necesitando nada por ser perfectísimo, sin embargo se humilla mendigando un poquito de nuestro amor, se abaja y se hace niño en un pesebre, se deja humillar por los hombres, azotar y crucificar, *todo para mostrarnos el infinito amor que nos tiene*, de manera que podamos volver a Él y levantarnos del fango del pecado en que nos hayamos. Hemos puesto nuestro corazón en las criaturas, dando la espalda a tan amantísimo Señor, y el no cesa en todo tiempo de venir en nuestra busca, ovejas perdidas como somos.

El Corazón de Cristo se nos presenta como *des-haciéndose de amor por los hombres, derramándose* y entregándose del todo por ellos. *Es en la Eucaristía donde esta donación se manifiesta en mayor grado*. Él desea la perfecta unión entre nosotros y Él, nuestra perfecta divinización. Esto no puede suceder de modo definitivo sino en la bienaventuranza. Aunque nuestra unión con Él no será completa en la tierra, Él no dejará de trabajar por ella.

Si se ve obligado a guardar para una vida mejor la unión beatífica, creará en la tierra, en la comunión eucarística, una más acomodada a nuestra existencia presente, *por medio de la cual podrá satisfacer el deseo de unión que el amor hacia nosotros hace brotar en su Corazón*.

Alimentándose de la carne del Salvador, los hombres se unen más estrechamente a Él, y por Él entre sí. *A medida que más le reciben, más le pertenecen*.

Siempre que le toman en alimento, contraen una nueva obligación de consagrarle la vida que Él les conserva. Los que de Él se alimentan no pueden vivir sino para Él.

La comunión eucarística realiza en la tierra las aspiraciones del Corazón de Jesús y los misericordiosos designios de su amor. Ella es el centro al que confluyen todas las operaciones divinas en el orden de la gracia y *la imagen más perfecta que en la tierra tenemos de las celestiales maravillas del orden de la gloria*.

Sin embargo, para nosotros los hombres, «*más difícil que amar a Dios es dejarse amar por Él!*» La manera de devolver tanto amor es abrir el corazón y dejarse amar. Dejar que Él se acerque a nosotros y sentirlo a nuestro lado. Dejar que Él se haga tierno con nosotros, nos acaricie. Esto es lo más difícil: dejarnos amar por Él» (homilía del papa Francisco en la solemnidad del Sagrado Corazón).

### Reparar y consolar su Corazón

ÉL mismo manifiesta el dolor de su Corazón ante nuestra indiferencia: «He aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres, que nada ha perdonado hasta agotarse y consumirse para demostrarles su amor, y *que no recibe en reconocimiento de la mayor parte sino ingratitud*, ya por sus irreverencias y sacrilegios, ya por la frialdad y desprecio con que me tratan en este Sacramento de amor».

Así se ve que no sólo hemos de consagrarnos del todo a Él. También el amor de amistad nos impele a *compasión*, a padecer con aquel a quien amamos, a *consolar su Corazón herido por nuestra frialdad* y por la de tantos hombres que le han dado la espalda, rechazando su tierno y dulce amor.

Esta reparación y consolación está íntimamente vinculada con la Eucaristía por un doble motivo: por el origen de las injurias –pues es en la Eucaristía donde Cristo es más despreciado, por ser abandonado y ofendido por los hombres– y también por ser el lugar más propio para ella, acompañando al Señor eucarístico y orando junto a Él, que nos invita a velar una hora con Él en el Huerto de los Olivos.

### Fuente de la vida de la Iglesia

TODA la vida de nuestro cuerpo está sostenida por el corazón. Éste órgano es el que hace fluir la sangre por todo el cuerpo, permitiendo así que todos nuestros miembros reciban lo necesario para realizar sus funciones propias. Del mis-

mo modo, *el Corazón de Cristo es la fuente desde la que brota la vida de la gracia para la Iglesia y cada cristiano*.

Efectivamente, Él es nuestra cabeza y nosotros su cuerpo. Pero de nada sirven en un cuerpo miembros inertes o carentes de vida. Si el corazón no está continuamente distribuyendo la sangre, todo el resto del cuerpo deja de funcionar.

En la vida del Cuerpo Místico sucede igual. *Todos los miembros carecen de vida si no la reciben del Corazón de Jesús*, que distribuye su gracia constantemente. Por ello hemos de mirarle continuamente, pedirle, orarle. Él es la fuente de agua viva, que sacia completamente al hombre y le diviniza, haciéndole capaz de obras meritorias. Él la fuente de la alegría, Él nuestra única esperanza y salvación. Sin Él nada podemos, sin Él somos como miembros inertes, que ya de nada sirven.

### Extender la devoción al Corazón de Cristo

EL Corazón de Jesús promete dilatar su amor por quienes a Él sean devotos y *procuren extender su devoción*. Las influencias de su divino amor crecerán en quienes amen y hagan conocer su Corazón sacratísimo.

Si hemos de tener los mismos sentimientos del Corazón de Jesús, hemos de crecer cada día en deseos de que todos los hombres le amen y lleguen al conocimiento de la verdad. Hemos de pedir, con insistencia al Espíritu Santo que *inflame nuestros corazones en las ansias redentoras del Corazón de Cristo, para que ofrezcamos nuestras personas y obras, en unión con Él, por la salvación del mundo*.

Hemos de ofrecernos con Él a Dios Padre en la celebración cotidiana de la Eucaristía, darle todos nuestros trabajos, oraciones, sufrimientos y alegrías, en reparación por los pecados y deseando que venga su Reino.

Él quiere reinar en el mundo, quiere que todos los hombres se le sometan para poderles comunicar todos los tesoros de gracia que les tiene reservados.

Desea también reinar en las sociedades, que todas las naciones reconozcan su realeza. Sólo por este medio podrán venir aquella paz, justicia social y progreso verdaderos que nuestro mundo desea. Fuera de Él no hay salvación.

Por eso, al ver a nuestro mundo tan extraviado, no podemos sino exclamar cada día con más fervor ¡Venga a nosotros el Reino de tu Sagrado Corazón, para que llegue a hacerse tu voluntad en la tierra como ya se hace en el Cielo!

# Un Corazón que ama y que sufre, el Corazón de Jesús

*Carta semanal de monseñor Demetrio Fernández González,  
obispo de Córdoba*

6 de junio de 2013

Dios tiene corazón. El Dios que Jesucristo nos ha revelado no es un Dios lejano e insensible a nuestras necesidades. Por el contrario, es un Dios cercano, que ha enviado a su Hijo único, para que comparta nuestra existencia y nos haga partícipes de su gloria. Este Dios cristiano no ha tenido otro motivo para actuar así que su inmenso amor por nosotros, que somos criaturas suyas y que quiere hacernos hijos suyos.

La fiesta del Sagrado Corazón de Jesús (viernes de la semana siguiente al Corpus) quiere recordarnos esto. Celebrar al Corazón de Jesús es celebrar un amor más grande, que quiere introducirnos en su órbita de amor, para ser amados y enseñarnos a amar. La máxima expresión visible de ese amor es la cruz y su prolongación en la Eucaristía.

Ante los males del mundo nos interrogamos por qué. El Hijo de Dios, enviado por el Padre en la plenitud de los tiempos, nos lo ha explicado. Los males del mundo no tienen su origen en Dios, porque Dios sólo es autor del bien. Los males del mundo han sido introducidos en la historia por la incitación del demonio, padre de la mentira, y por el pecado del hombre, que ha usado mal su libertad. El mal más radical del hombre es querer «ser como Dios» (Gen 3,5; Flp 2,6) y romper con Él para hacerse independiente de Dios, haciéndose a sí mismo norma de sus actos, sin referencia a Dios.

Jesucristo, por el contrario, ha entrado en este mundo como hijo, en actitud de amorosa obediencia filial, colgado del Padre, para revelar al mundo que Dios es amor. No hay otro camino para disfrutar de Dios que la actitud de vivir como hijo en relación de obediencia filial al Padre. Nuestras soberbias y rebeldías han llevado a Jesús a la cruz, que Él ha vivido con amor, y en la cruz ha reciclado todos nuestros pecados. «Sus heridas nos han curado» (1Pe 2, 24).

El culto y la devoción al Sagrado Corazón de Jesús ponen ante nuestros ojos el resumen de toda la vida cristiana: el amor. Dios es amor y se mueve por amor. El hombre está llamado al amor y hasta que no lo encuentra, hasta que no lo vive, está inquieto y desasosegado. El Espíritu Santo

es amor de Dios derramado en nuestros corazones. Jesús es el Hijo hecho hombre, con un corazón humano como el nuestro, que ama al Padre y a los hombres hasta el extremo y que sufre al ver a los hombres alejados de la casa del Padre. Jesús se ha tomado en serio nuestra felicidad y ha ofrecido su vida en rescate por la multitud, para atraer a una multitud de hijos dispersos, haciéndolos sus hermanos.

«Este Corazón que tanto ha amado a los hombres y de los cuales recibe tantas ingratitudes», le dice Jesús a santa Margarita. Jesús se acerca hasta nosotros y nos ofrece su amor, tantas veces olvidado o rechazado por nuestros pecados. El culto al Sagrado Corazón incluye esa actitud de reparación por los propios pecados y por los del mundo entero. No partimos de cero, hay toda una historia detrás. Por una parte, un amor que nos espera desde toda la eternidad en el Corazón de Dios, donde cada uno tenemos un lugar, y además, el corazón humano de Cristo, reflejo del Corazón de Dios y muy sensible a las necesidades de los hombres. Por otra parte, nuestro alejamiento de Dios: hemos nacido en pecado y, una vez rescatados por la sangre redentora de Cristo, con frecuencia nos apartamos de sus caminos.

Celebrar la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús significa dejarse envolver por ese amor, que sana nuestras heridas y nos hace disfrutar de los dones del Padre. Significa caer en la cuenta de tantos desamores o desprecios a Cristo, que tanto nos ha amado, y reparar tanto desamor por nuestra parte. Significa tener sed del Espíritu Santo, que brota a raudales del Corazón de Cristo traspasado de amor. Celebrar el Corazón de Jesús consiste en ponernos como él en lugar de los demás, cargando con sus pecados y con todas las secuelas del pecado, venciendo el mal a fuerza de bien.

No hay amor más grande, que el que se encierra en el Corazón de Jesús. Ni hay otra fuerza transformadora más potente para instaurar un mundo nuevo de justicia y de paz. ¡Sagrado Corazón de Jesús, en ti confío!

Recibid mi afecto y mi bendición.



# Actualidad de la reparación\*

FRANCISCO CANALS VIDAL (†)

LA reparación, que es la finalidad misma de la institución de la fiesta, fue tratada por Pío XI en la admirable encíclica *Miserentissimus Redemptor*, de doctrina de permanente actualidad reiterada en documentos recentísimos; en la aprobación de estatutos del Apostolado de la Oración se reitera otra vez la idea de reparación, etc.

Vamos a pensar en esto un poco, es un abismo insondable que sólo podemos pedir a Dios que nos lo haga entender algo, pero no tengo más remedio que intentar pensar en voz alta algo sobre esto.

Evidentemente Cristo pidió el culto a su Sagrado Corazón presentándose a sí mismo como habiéndose agotado y consumido todo su Amor, como si Dios infinito, habiéndose hecho hombre para descender hasta nosotros y hacerse en todo semejante a nosotros menos en el pecado, pero asumiendo sobre sí todas las consecuencias del pecado, de sufrimiento, de dolor, de humillación, hecho, como dice san Pablo, por nosotros, pecado, obediente al Padre hasta la muerte de cruz, anonadado, «de Creador», dice san Ignacio, «ha venido a hacerse hombre, de vida eterna a muerte temporal», a pasar pobreza, humillación, persecución. Como si Dios mismo hubiese hecho todo este don infinito y ahora para renovar el impulso en la Iglesia de su Amor redentor, a través de su instrumento, santa Margarita, nos presentase con un gesto renovado algo que está ya en el Evangelio y está ya en los profetas del Antiguo Testamento.

La petición de la reparación tiene un doble sentido: Cristo ha sido el reparador de la humanidad pecadora expiando por nuestros pecados con la muerte redentora y por ahí ha llegado la Resurrección, que es el principio de nuestra salvación en la reinstauración de todas las cosas en el orden divino. Pero además de pedir que nos asociemos a esta reparación por la expiación reconociéndonos pecadores y aceptando unirnos con Cristo que nos redime y haciéndonos como miembros suyos también corredentores y víctimas por los pecados, los nuestros y del mundo, además de esta dimensión, que está muy clara en santa Margarita, además, ahora pide que tengamos compasión de Él. El Señor quiere obrar en nuestro corazón de hombres pecadores, en nuestro corazón petrificado por el egoísmo para darnos un corazón de carne animado por el Espíritu de Dios, capaz de ternura, de generosidad, de correspondencia, de caridad.

Para invitamos a corresponder al Amor redentor de Dios, Dios pide que tengamos compasión de Él. Y esto es lo que está en santa Margarita, también está en el Evangelio, también está en los profetas. «No habéis podido velar una hora conmigo», dice el Señor a los más íntimos, que se durmieron en Getsemaní. Pío XI habla de que la humanidad de hoy está dormida, está adormecida. El Señor pide que tengamos misericordia de Él, nos pide la limosna de una correspondencia porque su corazón de hombre angustiado la necesita. En nuestro tiempo dije que se cavila pretendiendo hacer teología, se cavila y se prescinde de lo que la Iglesia ha dicho y de lo que ha dicho santa Margarita y de lo que está en la Escritura. Algunos han puesto en duda el sentido mismo de la expiación. No dudemos, Pío XI lo dice bien claro. Los que dudan de la necesidad de la reparación, en sentido de expiación, precisamente es porque no tienen el sentido del pecado; ahora, si no tenemos el sentido del pecado, tampoco podemos pedir nunca humildemente como publicanos la misericordia de Dios y tampoco entenderemos nunca desde la fe el porqué de la Encarnación redentora y de la cruz.

El mensaje del Corazón de Jesús presupone que sabemos que somos pecadores y que Dios tiene misericordia de nosotros y que nos llama a conversión porque nuestra resistencia, la no aceptación de su don, es no sólo una ofensa a Dios en su Majestad infinita sino un agravio entristecedor al Dios que se ha humillado hasta ser hermano nuestro. Dios no tiene en su naturaleza humana la pecaminosidad nuestra pero sí que tiene nuestra finitud y nuestra sensibilidad y, precisamente por este camino su corazón humano, su amor humano, sensible, quiere ser el órgano palpable, ya que en ella habita la plenitud de la divinidad corporalmente también habita sensiblemente, sentimentalmente el Amor infinito de Dios. Y precisamente porque es Cristo Dios y hombre verdadero en el corazón humano de Cristo, repercute en su voluntad humana y en su sensibilidad humana y en su imaginación humana, repercute el torrente infinito de la misericordia de Dios y de los designios redentores. El Corazón de Cristo siente, y esto es lo que enseña Pío XI y esto es lo que ha de mantenerse siempre porque sino nos apartamos de la verdadera doctrina sobre Cristo. En el corazón humano de Cristo, en el alma humana de Cristo, en su sentimiento humano, repercute la tragedia de que la humanidad pecadora y redimida resista, se vuelva de espaldas, sea fría, no sea agradecida al don divino. Todas las comparaciones humanas que queremos hacer: dice la Escritura que Dios tiene un amor más tierno que ninguna madre.

\*Conferencia pronunciada el 31 de mayo de 1991 en el monasterio de las salesas de Barcelona. Publicada en *CRISTIANDAD*, núm. 728, de enero de 1992.

Recordemos la parábola del Hijo Pródigo. Todas las comparaciones humanas que queramos hacer fundadas en la Escritura nos hacen entrever algo, pero es un abismo insondable y nunca llegaremos a comprender del todo, a sentir, a compadecer, a compartir la tragedia que sintió Cristo en su corazón de hombre. Una tragedia en que, según la doctrina que expone Pío XI, repercutían todos los males de la humanidad.

Cristo es contemporáneo de todos nosotros. Cristo sufre con todos nuestros sufrimientos, sobre todo sufre con todos nuestros pecados y con todas nuestras frialdades y con todas nuestras indiferencias y con toda nuestra falta de sensibilidad para agradecer y recibir el plan de Dios en Cristo. En su naturaleza humana repercuten todos los dramas de la humanidad que siente con un dolor personal, en que, precisamente por ser Dios infinito, repercutiendo el designio divino en su corazón de hombre, siente como nosotros no podemos sentir, toda la tragedia, todo lo doloroso, el abismo tremendo que esta tragedia de la infidelidad, infidelidad de la Iglesia, de la humanidad que Cristo ha querido hacer su Esposa, no la Iglesia en cuanto tal sino los hombres que la componemos, los miembros. Somos una humanidad, diríamos, que no se deja penetrar plenamente por la gracia de Dios.

Y la devoción al Corazón de Jesús en santa Margarita es presentada como un esfuerzo último de su amor, una segunda redención amorosa para enardecer los corazones fríos, para en tiempos en que abunda la iniquidad y se enfría la caridad, como dice Pío XI, en que los hombres se ensoberbecen, no se dan cuenta de su debilidad, de su pecaminosidad, de la necesidad de reparar y de expiar, se nos presenta este llamamiento, con ese título misterioso y sutil; misterioso de que Cristo pide que le consolemos. Me sabe mal mencionar otra vez que algunos cavilosos, pretendiendo hacer teología, discutan el sentido de esto. Pío XI lo explica muy bien. Lo doy por explicado tal como lo explica Pío XI. Quiero decir sólo una cosa. Quiero decir que santa Teresita del Niño Jesús, al ofrecerse como víctima del Amor misericordioso, dice que ofrece su vida para consolar al Corazón de Jesús con el lenguaje mismo de santa Margarita. Y así es. Cristo pide consuelo. Por tanto pensemos una cosa: la devoción al Corazón de Jesús, por ser el culto a Cristo que nos ama y que nos envía el Espíritu Santo desde su Corazón de carne de hombre que murió por nosotros y que vive para interceder por nosotros resucitado, esta devoción al Corazón de Jesús, abarca toda la historia y abarca todo el cosmos y abarca toda la humanidad y tiende a lo que se anuncia por san Juan en el Apocalipsis: «los reinos de este mundo se han convertido en, han pasado a ser Reino de Dios y de Cristo». «Este mundo en el cual», dice san Juan, «que no hay otra cosa que concupiscencia de la carne y concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida», como que es el mundo que Cristo ha venido, no para

condenar sino para salvarlo; este mundo que no puede dar la paz, pero este mundo es al que Cristo quiere traer la paz. Este mundo compuesto de pecadores pero que Cristo ha venido a salvar, a curar a los enfermos y no a los sanos que no necesitarían médico. Este mundo para el cual por tanto el Corazón de Jesús es signo de esperanza de todo bien.

También si se reuniesen los textos en que la Iglesia anuncia los bienes que resultan en el mundo en la esperanza en el reinado del Corazón de Jesús; está todo en este mundo desquiciado, en que estamos viendo tantas tragedias de injusticia, de drogadicción y de suicidio, de aborto y de divorcio, y de des cristianización en tantos órdenes, a este mundo, León XIII le prometió la cicatrización de todas las heridas, en el que no habría, caerían todas las espadas de las manos, que todo el mundo sería como está anunciado en la Escritura, reino de paz por Cristo.

Y así es la devoción al Corazón de Jesús. Es algo que tiene que ver con aquello que san Ignacio decía: «Cristo llama a todo el mundo y le dice: “Mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos”». Pero para esto, porque Cristo es infinitamente trascendente e infinitamente íntimo, que está por encima de todas las realidades históricas y está más dentro de nosotros por su Espíritu que nuestra misma alma y corazón de cada uno de nosotros, el culto al Corazón de Jesús es, en orden a este Reino universal y a la vida eterna, un llamamiento profundamente íntimo y personal. No se puede ser devoto del Corazón de Jesús si no nos acercamos a Cristo y no tratamos de connaturalizarnos con Él. Pedirle que nos haga sentir qué significan sus palabras en los profetas, en los Evangelios y en las cartas de santa Margarita en que nos pide que le hagamos compañía, que le consolemos. Algunos dicen: ¿cómo podemos decir vamos a reparar, vamos a consolar? ¿Acaso nosotros somos buenos y los otros malos? No, no se trata de eso. El que se pensase que él va a consolar al Señor porque él es un justo que a diferencia de los pecadores no da ningún disgusto al Señor, naturalmente sería un fariseo. No se trata de eso. Se trata más bien de que la aceptación agradecida y humilde de su Amor misericordioso, el reconocimiento de nuestro pecado y del pecado de todos los hombres y la petición humilde, esperanzada de su misericordia, es la que consuela al Corazón de Cristo. Le consuela porque en Getsemaní mismo, en su ciencia humana, infusa, tenía ante sí la historia entera de la humanidad, sufría por todos los agravios e ingratitudes y se consolaba por toda las delicadezas y correspondencias de los que hubiesen recibido este mensaje.

Pero es que además, Pío XI se atreve a decir otro argumento muy notable: «¿No admitimos todos que los bienaventurados en el Cielo se gozan con los bienes de los pecadores? Dice el Evangelio que en el Cielo se hace fiesta por un pecador que hace penitencia. Pues bien, también en el Cielo Cristo resucitado

y sus ángeles y los resucitados y también los que están en el purgatorio se gozan por todo lo que es bien comunicado por Dios y recibido por los hombres, y por decirlo con lenguaje bíblico, que ahora no se trata de hacer análisis metafísicos o psicológicos de esto, dejan de alegrarse o, diríamos, se entristecen, como dice la Escritura «no queráis entristecer al Espíritu Santo». Se entristecen por las resistencias humanas. Pero en fin, precisamente si Cristo en su corazón de hombre tiene una ternura por los hombros y pide comprensión a la humanidad por la no correspondencia, tenemos que verlo todo eso desde la fe en la Encarnación redentora y pensar que en definitiva el Corazón de Cristo es tal como se presenta a santa Margarita: un Corazón suplicante necesitado de consolidación y que nos promete todos sus dones y todas sus bendiciones si nos dignamos compadecerle y consolarle. Pensemos que éste que así nos ama es el Hijo Eterno de Dios que, como dice el Vaticano II, «ha querido amarnos con corazón de hombre».

Tal vez toda la Revelación sobre el sentido de la reparación expiatoria y la reparación consoladora podría cesar si pensásemos siempre en la devoción al Corazón de Jesús como la propone santa Margarita desde estas palabras del Concilio Vaticano II: «Dios ha querido amarnos con corazón de hombre». Por tanto, yo voy a terminar diciendo sólo una cosa: ¿qué sentido tiene hoy la reparación? ¿Tiene el sentido que explica Pío XI en la encíclica *Miserentissimus Redemptor*, que ratifica Pablo VI en *Investigabiles divitias* y en *Diserti interpretes?*, tanto más cuanto que algunas dificultades puestas sobre el sentido de la reparación en el culto al Corazón de Jesús, si las leemos desde la fe y desde la autoridad de la Iglesia, no harán sino convencernos de cuán actual, cuán necesaria es la reparación.

Termino con estas palabras de Pío XI: «Urgente necesidad, en cuanto agrade o apremie la necesidad de tal experiencia o reparación muy principalmente en estos tiempos, a nadie se le ocultará, a nadie que recorriese con los ojos de este mundo poseído del mal espíritu», «puesto en el maligno», como lo cita san Juan. «Pues de todas partes sube a nos el clamor de los pueblos que gimen cuyos gobernantes en verdad se han coaligado contra el Señor y su Iglesia». Esto está escrito en pleno impulso creciente del comunismo ateo al cual dedicó pocos años después un documento Pío XI: «Vemos ciertamente que por aquellas tierras se trastornan todos los derechos divinos y humanos», ahora acaba de notar Juan Pablo II que han cesado unos desórdenes pero subsisten y se agravan otros.

«Estas cosas son tan tristes que se diría que se preuncia el principio de los dolores que trae el hombre empecatado levantado sobre todo lo que es llamado Dios, lo que es llamado, reverenciado como Dios. Todavía más de lamentar es que entre los mis-

mos fieles se encuentran tantos hombres ignorantes de las cosas divinas e inficionados de doctrinas falsas, llevan lejos de la casa paterna una vida viciosa, no iluminada por la fe ni deleitada por la esperanza de la futura felicidad, ni reanimada ni calentada por el ardor de la caridad, de manera que parecen estar sentados en tinieblas y sombras de muerte, se extiende entre los fieles el descuido de la disciplina eclesiástica y de las instituciones en que se apoya toda la vida cristiana y por las que se rige la familia y se defiende la santidad del matrimonio». Desde que esto se escribió hasta hoy, esta oleada que ha trastornado en muchas partes toda la moral matrimonial, es descuidada totalmente o corrompida por muelles halagos la educación en la vida, principalmente en el vestido de la mujer (esto está escrito en el año 28); es desenfrenada la codicia de las cosas terrenas, desenfrenado el exceso de los intereses y desmedido el afán de laura popular, afán de prestigio y la rebelión contra la autoridad legítima y el desprecio de Dios con lo cual la fe misma se derrumba y se pone en próximo peligro. Y pone: «Forman el colmo de estos males la inercia y la desidia de los que titubeando en la fe, a manera de los discípulos que dormitaban y huían abandonaban a Cristo, oprimido por la angustia o rodeado de los satélites de Satanás, no menos que la perfidia de aquellos que siguiendo el ejemplo del traidor Judas se fugan al campamento de los enemigos». Y así al espíritu, aun al espíritu que no estaría dispuesto a aceptar eso se le ocurre que estamos en los tiempos profetizados por nuestro Señor: «se enfriará la caridad de muchos porque abundó la iniquidad».

He leído estos textos tan trágicos (sí a Pío XI, al escribir esto, le debía doler mucho el escribirlo, está haciendo de vicario de aquel que se angustió y sufrió lo que nunca sentiremos bastante en Getsemaní y en la cruz), los he leído porque son el testimonio, el hecho de que sean ahora, diríamos, una descripción más fiel de la vida colectiva que la que era en el momento de escribir la encíclica. Indica hasta qué punto todas las motivaciones que santa Margarita da testimonio que le revela el Señor y que los papas reiteran al pueblo cristiano que dieron a la devoción al Corazón de Jesús este mensaje urgente de reparación por el pecado, de consuelo al Corazón entristecido por el desagrado de los hombres, todas las razones, todas las motivaciones que santa Margarita nos testimonia, que los papas nos transmiten, son hoy más vigentes que nunca. Como que Dios no permite el mal sino para bien, tenemos que esperar en la misericordia del Corazón de Cristo y esto también forma parte de nuestra vocación a consolarle, tenemos que consolarle manteniendo firme la esperanza, humilde, implorante, suplicando su misericordia para que su gracia triunfe de todos estos males y brille la caridad de Cristo sobre la humanidad.

# La Divina Misericordia\*

JOSÉ M.<sup>a</sup> PETIT SULLÁ (†)

## La fiesta de la Divina Misericordia y el *Diario* de santa Faustina Kowalska

**D**ESDE el pasado 30 de abril de 2000, por disposición del papa Juan Pablo II –cuyo primer aniversario acabamos de conmemorar–, la Iglesia celebra el primer domingo después de Pascua la fiesta de la Divina Misericordia.

En el centro de la liturgia de la misa propia de este segundo domingo de Pascua, en tanto que tiempo pascual, se halla la narración evangélica, que en todos los ciclos es la de san Juan, de la gran aparición de Jesús resucitado a todos sus discípulos. Primero sin Tomás y después con él.

Pero la misa tiene bien presente la fiesta de la misericordia divina cuando comienza con la expresa mención de la misericordia de Dios, particularmente en su primera oración que comienza con las palabras «Dios de misericordia infinita...». Deliberadamente recoge esta oración los elementos del espíritu y del bautismo –es decir, del agua santificadora– y de la sangre redentora, en una clara alusión a los símbolos de la imagen que se apareció a Faustina, los rayos que simbolizan la sangre y el agua salidos del Corazón de Cristo como expresión de su misericordia. Y el salmo responsorial propio de este día reza así: «Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia».<sup>1</sup> La Iglesia, pues, ha dispuesto que este domingo, sin dejar de pertenecer por completo al tiempo pascual, se haga eco expreso de la misericordia divina.

La institución de esta fiesta responde a la petición de Nuestro Señor reiteradamente manifestada a su «secretaria» –como la llamaba el propio Jesús–<sup>2</sup> sor Faustina Kowalska del Santísimo Sacramento, monja de la Congregación de las Hermanas de la Madre de Dios de la Misericordia. Sor Faustina fue beatificada en 1993 y canonizada en el año 2000 –justamente el primer domingo después de Pascua– por el propio papa Juan Pablo II.

Para la plena aceptación de esta devoción hubo que superar primero algunas reticencias y confusiones. Fue, en efecto, el arzobispo de Cracovia, Karol

Wojtyla quien, aprovechando sus estancias en Roma con ocasión del concilio, consiguió abrir paso a una devoción que había sido puesta en cuarentena por el Santo Oficio en un decreto de 1959. En Wojtyla, como en todos los polacos, había calado muy hondo la devoción propagada de modo insistente por sor Faustina, fallecida en 1938, a los treinta y tres años, y cuya fama de santidad se extendió rápidamente, de modo especial a partir de la publicación íntegra y correcta de su célebre *Diario* «La Divina Misericordia en mi alma». Poco o nada conocida fuera de su patria, en muchos sentidos estos cuadernos recordarían el *Diario de un alma* de santa Teresita, con la que guarda tantas afinidades, si no de estilo sí de contenido, tal como reza el comienzo mismo del manuscrito A: «Sólo pretendo una cosa: comenzar a cantar lo que un día repetiré por toda la eternidad: “¡¡¡Las misericordias del Señor!!!”». Es notable advertir que la congregación religiosa en la que entró Faustina –y perseveró hasta su muerte– no era una orden contemplativa sino más bien activa, dedicada a la enseñanza de chicas problemáticas. Pero los escrúpulos que ella sintió de no tener suficiente tiempo para dedicarlo a la oración fueron resueltos por el propio Jesús que expresamente –e incluso con severidad– le advirtió de no abandonar esta congregación. La única razón plausible es precisamente el título de la misma, que hace expresa mención de la Misericordia divina.

El *Diario* es una narración, escrita en los últimos tres años de su corta vida por expreso mandato de sus directores espirituales.<sup>3</sup> En él se desgranar en un estilo muy sobrio los pensamientos y reflexiones de la santa que dialoga interiormente –y a veces exteriormente con visión de Jesús– con el Maestro que reiteradamente se le muestra y le habla. Ella tiene especial cuidado de referir –como verdadera «secretaria»– las mismas palabras de Jesús.

Como dice el arzobispo, después nombrado cardenal, Andrzej M. Deskur, en la introducción a la primera edición del *Diario* en polaco (1980), «las enseñanzas teológicas expuestas en el *Diario* no dejan en el lector la menor duda de que son de carácter extraordinario». No pueden venir en modo alguno de los conocimientos humanos de la santa. La formación de Faustina era muy elemental, pues ni siquiera

\*Artículo publicado en CRISTIANDAD, núm. 897, de abril de 2006.

1. Salmo 117.

2. «Tú eres la secretaria de mi misericordia; te he escogido para este cargo en ésta y en la vida futura» (*Diario de santa María Faustina Kowalska*, núm. 1605, Marian Press, Stockbridge, MA 01263, USA, 2005).

3. Fueron concretamente dos: el padre Miguel Sopócko y el padre José Andrasz, S.I., director del Apostolado de la Oración.

llegó a tener en el convento más oficios que los propios de una hermana lega: portería, despensa, jardinería, etc., pero la doctrina expuesta coincide con la de los más grandes doctores de la Iglesia. Más aún, el diario de esta alma mística hace llegar al mundo entero de forma práctica y acuciante el mensaje de la divina misericordia que de otro modo podría fácilmente quedar en el olvido, pues no todos los teólogos o predicadores saben entrar en estas consideraciones espirituales. Y, en muchos casos, ni siquiera conocen tampoco las ricas enseñanzas que se hallan en la Iglesia como patrimonio de la misma.

## La Divina Misericordia y el Corazón de Jesús

EVIDENTEMENTE esta devoción no es nueva en el sentido de una novedad absoluta. Más aún, no es más que un aspecto, sin duda esencial, de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús –tal como la dio a conocer de parte del Señor santa Margarita M<sup>a</sup> de Alacoque– del que brota la divina misericordia. Un solo texto, entre los muchos del *Diario*, bastará para mostrar la íntima conexión entre ambas devociones. Al comienzo de una larga confidencia le dijo Nuestro Señor: «Has de saber, hija mía, que mi Corazón es la Misericordia misma».<sup>4</sup> Y, recogiendo esta confidencia, escribe Faustina una de sus «letanías»: «Misericordia divina que manó de la herida abierta del Corazón de Jesús».<sup>5</sup>

Algunos han querido separar ambas devociones llevados por una apreciación parcial, sea a favor de una u otra devoción. Un supuesto argumento más material que formal y espiritual se basa en que la imagen de la Misericordia divina no contiene el Sagrado Corazón de Jesús. Pero una cosa es el énfasis de esta devoción, que es la divina Misericordia, y otra la fuente de la misma que no es otra que el Sagrado Corazón de Jesús. Es constante y aún reiterada la opinión de santa Faustina. Justamente, en una ocasión «ve» la imagen de la divina Misericordia envolviendo a un enfermo agonizante. Hay que tener presente que los agonizantes son el objeto especial de esta devoción. Pues bien, es así como lo narra la santa: «Mientras rezaba la coronilla, vi a Jesús tal y como está pintado en la imagen. Los rayos que salieron del Corazón de Jesús envolvieron al enfermo y las fuerzas de las tinieblas huyeron en pánico. El enfermo expiró sereno».<sup>6</sup> No le cabía ninguna duda a Faustina de que los rayos «salieron del Corazón de Jesús», incluso «viendo» la imagen que ella tuvo el encargo de dar a conocer.

Ya es bien conocida esta imagen, revelada por

4. *Diario*, 1777.

5. *Íbid*, 949.

6. *Íbid*, 1565.

nuestro Señor el 22 de febrero de 1931, con los rayos rojos y claros que salen de su pecho, al pie de la cual se halla el lema –tan característico de la devoción al Corazón de Jesús– «Jesús en ti confío». Bástenos ahora recordar su origen, su significado –y el expreso deseo de Jesús de que se instituya esta nueva fiesta– con las mismas palabras del Señor a sor Faustina: «Los dos rayos significan la sangre y el agua. El rayo pálido simboliza el agua que justifica a las almas. El rayo rojo simboliza la sangre que es la vida de las almas...

»Ambos rayos brotaron de las entrañas más profundas de mi misericordia cuando mi Corazón agonizante fue abierto en la cruz por la lanza.

»Estos rayos protegen a las almas de la indignación de mi Padre. Bienaventurado quien viva a la sombra de ellos, porque no le alcanzará la justa mano de Dios. Deseo que el primer domingo después de la Pascua de Resurrección sea la fiesta de la Misericordia».<sup>7</sup>

La consideración de algunas de sus enseñanzas más explícitas y reiteradas, tal como se hallan en el *Diario*, invitan a una seria reflexión sobre la realidad de la misericordia divina. No se trata de piadosas exageraciones de la santa sino de rigurosas enseñanzas de origen claramente sobrenatural.

Podemos considerar brevemente algunas de las que podemos llamar «letanías de la Divina Misericordia» insertas en su *Diario* el 12 de febrero de 1937 y que ella propone como «consideraciones» para que los hombres no duden nunca de la realidad y eficacia de la misericordia divina. Se trata de treinta y cinco letanías que comienzan todas con las palabras «Misericordia divina». Están presididas por un lema que reza así: «El Amor de Dios es la flor y la Misericordia es el fruto».<sup>8</sup> Ahora bien, más allá de la belleza poética de la metáfora, esto es precisamente lo que enseña santo Tomás cuando escribe de modo más sobriamente filosófico que «la misericordia es efecto de la caridad».<sup>9</sup> La flor es bella pero se ordena al fruto que le sigue. Así el amor se ha de concretar en misericordia porque la realidad del ser amado, con todos sus defectos, necesita ser amado con la nota de la misericordia.

Como escribió el propio papa Juan Pablo II en su encíclica sobre la divina Misericordia: «De este modo, la misericordia se contrapone en cierto sentido a la justicia divina y se revela en multitud de casos no sólo más poderosa, sino también más profunda que ella».<sup>10</sup>

7. *Íbid*, 299.

8. *Íbid*, 949. En este mismo número del *Diario* está agrupadas todas estas consideraciones que tienen la forma de unas letanías.

9. *S.Th.*, II-II, q. 32, a. 1.

10. Juan Pablo II, *Dives in misericordia*, n. 4.

## La misericordia divina en la *Suma teológica*

AHORA bien, ésta es la expresa enseñanza de santo Tomás en la *Suma teológica*: la misericordia es la extraordinaria manifestación de la omnipotencia divina, aunque no menciona la encíclica la *Suma teológica*. Más aún, como veremos más adelante, para el santo aquinate la misericordia divina es «la primera raíz de todas las obras de Dios». En la parte de la *Suma teológica* que trata de las virtudes se pregunta el santo doctor si la misericordia es la virtud suprema o está por encima de ella la virtud del amor. La misericordia significa en el plano meramente racional el compadecernos de los defectos o males del otro, como si fuesen nuestros. Por tanto, el amor, en tanto que virtud teologal, esto es, que mira directamente a Dios, es la virtud suprema para los hombres. En Dios, en tanto que Dios, no hay defecto alguno que pueda movernos a compadecernos de Él. Pero para el propio Dios, que no tiene a nadie más excelente que Él a quien amar, es la virtud suprema y por ello hay que decir, concluye santo Tomás, que es «propio de Dios tener misericordia y se dice que en ella se manifiesta de manera extraordinaria su omnipotencia».<sup>11</sup> Y por ello también para el mismo hombre en tanto que usa de misericordia con su prójimo «la virtud más excelente es la misericordia y su acto es también el mejor».<sup>12</sup>

Volvamos a otras de las consideraciones de santa Faustina. Una de las primeras «letanías» es digna de recordarse por su audacia: «Misericordia divina, supremo atributo de Dios, en ti confío».<sup>13</sup> Afirma, pues, la supremacía de la misericordia sobre cualquier otro atributo divino. Y a la Misericordia divina la llama también «corona de todas las obras de Dios». E incluso añade, en otra de estas audaces consideraciones, «Misericordia divina, asombro para los ángeles, incomprendible para los santos». Podríamos decirle a santa Faustina que no había sido suficientemente instruida en las enseñanzas de santo Tomás de Aquino. Pero esto hay que atribuirlo más a los teólogos de su tiempo que a ella misma. Quizá también santo Tomás –o san Agustín– sentirían esto más por místicos que por teólogos. En cualquier caso, es de señalar que también santo Tomás afirma que la misericordia es la suprema de todas las virtudes divinas.

Quizá resulte más sorprendente todavía aquella consideración que escribe santa Faustina: «Misericordia

Divina, que de la nada nos llamó a la existencia». ¿Qué es lo que hace más original a esta letanía? Sin duda el hecho de que pone a la misericordia divina, suprema de las virtudes de Dios, en el origen no ya de nuestro perdón sino de nuestra misma existencia. Antes de la redención del hombre, antes, por tanto, de su pecado aparece la misericordia divina como siendo quien nos hizo existir.

Es teológicamente claro que la causa de nuestra existencia es el amor de Dios hacia aquellos que no existiendo todavía ya los ama en tanto que en su mente divina y en su conocimiento inmutable los conoce desde la eternidad. A la luz de esta verdad podría parecer que la invocación de santa Faustina es piadosa pero algo exagerada o imprecisa. Bastaría, en este sentido, decir que la causa de nuestra existencia es el amor de Dios. Sin embargo, la doctrina de que la misericordia divina está en el origen del amor de Dios hacia todas sus criaturas, –aunque quizá no sean tampoco bien conocidos estos textos– puede hallarse plenamente en santo Tomás.

En la cuestión 20 de la primera parte de la *Suma* afirma que «algo tiene ser o algún bien en cuanto es querido por Dios».<sup>14</sup> Ahora bien, al comunicar su bondad a las criaturas Dios lo hace, dice santo Tomás en la cuestión 21, no sólo por bondad sino también con justicia, liberalidad y misericordia. Y así escribe que «transmitir perfección pertenece a la bondad».<sup>15</sup> Pero las distintas perfecciones otorgadas a las cosas han sido comunicadas según «la justicia», esto es, con la debida «proporción de cada perfección». Pero además estas perfecciones no le reportan a Él «ninguna utilidad» y ello se debe a la virtud divina de «la liberalidad». Y finalmente la bondad creadora ha actuado con la virtud de «la misericordia», en tanto que ha querido que en el ser creado las perfecciones comunicadas «excluyeran cualquier defecto». Así pues, las tres virtudes de justicia, liberalidad y misericordia han estado presentes y han actuado en el origen de la creación. Esta misericordia es claro que toma la forma de una previsión, esto es, de no permitir defecto alguno en el ser creado, no sólo por consideración a su propia esencia, que es la perfección misma, sino en atención a la criatura creada. Y, naturalmente, esta misericordia cobra su propio sentido si se aplica a los seres racionales que sufrirían de algún modo cualquier defecto propio.

Más lejos van las consideraciones de santo Tomás al plantearse la relación entre la justicia y la misericordia. Este es, desde luego, el punto capital objeto del mensaje transmitido por santa Faustina. ¿Es anterior la justicia a la misericordia? ¿Es la justicia la virtud divina que se ha de salvar íntegramente y por

11. «*Maxime eius omnipotentia manifestari*». Tomás de Aquino, *Suma teológica*, II-II, q. 30, a. 4.

12. *Ibid.*

13. Todas las letanías se hallan en el mismo número del *Diario*. Ésta, en concreto, se repite en el número 951 «Oh, supremo atributo de Dios todopoderoso».

14. *S.Th.*, I, q. 20, a.2.

15. *Ibid.*, q. 21, a. 3.

ello la misericordia sólo puede actuar después de salvada la justicia? La respuesta tomista se halla en el artículo siguiente.

Después de decir que en todo lo que Dios obra ha de haber justicia añade: «Por lo demás, la obra de la justicia divina presupone la obra de la misericordia y en ella se funda». <sup>16</sup> La misericordia es, pues, fundamento de la justicia. Y concluye: «De este modo, en cualquier obra de Dios aparece la misericordia como primera raíz. <sup>17</sup> Y su eficacia se mantiene en todo, incluso con más fuerza, como la causa primera, que actúa con más fuerza que la causa segunda». <sup>18</sup> La misericordia es la primera raíz de cualquier obra divina y, en este sentido, el modo de obrar de Dios parte de su misericordia y preside todas sus acciones.

No parece que esta doctrina sea muy conocida, y acontece que no sólo nos sorprende santa Faustina sino que también nos sorprende el mismo santo Tomás. Santa Faustina lo afirma y lo reafirma por experiencia y, sobre todo, por la comunicación extraordinaria del mismo Jesús. Pero santo Tomás la justifica con su visión teológica que sabe aunar la reflexión filosófica con las reiteradas enseñanzas bíblicas. <sup>19</sup> ¿Qué razones expone santo Tomás para sostener esta doctrina, tan audaz y tan coincidente con la de santa Faustina? La respuesta que da santo Tomás se funda en que la justicia consiste en dar a la criatura con la debida proporción, según ha dicho en el artículo anterior. Ahora bien ¿qué proporción puede haber antes de la misma existencia de la criatura? La justicia es ciertamente debida, pero ha de presuponer lo que existe y exige ser de tal proporción. La liberalidad sólo pone la ausencia de todo egoísmo por parte de Dios. Comunica por su mismo amor sin esperar recibir nada de lo creado. Es la virtud de la misericordia

16. *Íbid.*, a. 4. El latín dice expresamente «*et in eo fundatur*». Nos permitimos subrayar la frase porque en la edición bilingüe de la BAC se olvidaron de transcribirla en el castellano (cf. *Suma teológica*, bilingüe, 2ª ed. 1957, pág. 550). Este error ha sido subsanado en la edición de 1988 realizada juntamente con «Provincias Dominicanas», a la que he accedido tal como puede verse en la versión informática en *compact disc* Vinfra S.A., Serafín Gómez, 4 28019 Madrid (sin fecha).

17. «*Primam radicem*». También las traducciones castellanas olvidan el adjetivo «primera» que califica a la raíz, al referirse a la misericordia. El error, en este caso, persiste en la edición de 1988 mencionada. No basta decir que la misericordia está en la raíz de cualquier obra de Dios cuando santo Tomás escribió «la primera raíz». La cuestión estriba precisamente en la primacía de la misericordia sobre la justicia.

18. *Íbid.*, a. 4.

19. Son innumerables los textos del Antiguo y del Nuevo Testamento. Y no sólo afirman la misericordia sino que la igualan a su omnipotencia y la ponen por encima de toda dimensión de lo creado. Comparada con la justicia la supera: «La misericordia aventaja al juicio» (Sant 2, 13).

la que condiciona, por decirlo así, la liberalidad y la justicia. La misericordia es, en palabras de santo Tomás, la que hace que a alguna criatura las cosas que le sean debidas por la justicia las dispense Dios con mayor largueza «por la abundancia de su bondad». <sup>20</sup>

La misericordia, como primera raíz de todo acto divino, hace que el fundamento de todo lo que Él hace sea su misma bondad, de manera que las cosas son «debidas» en la medida en que su misericordia «desea» esta sobreabundancia en lo creado. Como todo lo que Dios obra ha de ser por justicia y la justicia consiste en una debida proporción no se llegaría nunca a un primer fundamento ontológico, puesto que nada preexiste a los actos divinos. Habría una regresión hasta el infinito y no daríamos nunca con un primer fundamento. Por ello, dice santo Tomás, «como no se puede proceder hasta el infinito conviene llegar a algo que dependa de la sola bondad de la divina voluntad la cual es el último fin».

Si santo Tomás nos ha ayudado a entender la primacía de la misericordia divina es menester volver y terminar con santa Faustina. Es imposible resumir toda la doctrina que contiene el *Diario* de nuestra santa, centrada toda ella –y no resulta reiterativo– en la misericordia divina. De muy diferentes maneras, a veces de modo más doctrinal, a veces de modo más narrativo y autobiográfico, son muchos los pasajes de esta obra larga y grande en profundidad que nos enseñan dulcemente lo que es la misericordia de Dios, que brota de su compasivo Corazón. Sólo le duele nuestra desconfianza; sólo le duele que pensemos que ha agotado su misericordia; sólo le duele que no nos acerquemos más a ella. En un «diálogo entre Dios misericordioso y el alma desesperada», que Faustina escribe en el último año de su vida, leemos lo siguiente: «Has de saber, oh alma, que todos tus pecados no han herido tan dolorosamente mi Corazón como tu actual desconfianza». <sup>21</sup>

Podemos concluir con unas palabras de Jesús relativas a la patria de Faustina Kowalska de claro contenido profético, aunque condicionado. Escribe ella que mientras rezaba por Polonia oyó estas palabras: «He amado a Polonia de modo especial y si obedece mi voluntad, la enalteceré en poder y santidad. De ella saldrá una chispa que preparará el mundo para mi última venida». <sup>22</sup>

20. «*Deus, ex abundantia suae bonitatis, largius dispensat quam exigit proportio rei*». La traducción de la edición de 1988 olvida la expresión latina completa «*ex abundantia suae bonitatis*» y traduce simplemente «por su misma bondad». No menciona en absoluto la «abundancia de su bondad». Ahora bien, ¿cómo definir la misericordia desde un punto de vista ontológico –más que formal– sino como una «abundancia de la bondad»?

21. *Diario*, 1486.

22. *Íbid.*, 1732.

# SAN JOSÉ EN EL CANON DE LA MISA

## Decreto de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos sobre la mención del nombre de san José en las plegarias eucarísticas II, III y IV del Misal Romano

En el paterno cuidado de Jesús, que san José de Nazaret desempeñó, colocado como cabeza de la Familia del Señor, respondió generosamente a la gracia, cumpliendo la misión recibida en la economía de la salvación y, uniéndose plenamente a los comienzos de los misterios de la salvación humana, se ha convertido en modelo ejemplar de la entrega humilde llevada a la perfección en la vida cristiana, y testimonio de las virtudes corrientes, sencillas y humanas, necesarias para que los hombres sean honestos y verdaderos seguidores de Cristo. Este hombre justo, que ha cuidado amorosamente de la Madre de Dios y se ha dedicado con alegría a la educación de Jesucristo, se ha convertido en el custodio del tesoro más precioso de Dios Padre, y ha sido constantemente venerado por el pueblo de Dios, a lo largo de los siglos, como protector del cuerpo místico, que es la Iglesia.

En la Iglesia católica, los fieles han manifestado siempre una devoción ininterrumpida hacia san José y han honrado de manera constante y solemne la memoria del castísimo Esposo de la Madre de Dios, patrono celestial de toda la Iglesia, hasta tal punto que el ya beato Juan XXIII, durante el sagrado Concilio Ecuménico Vaticano II, decretó que se añadiera su nombre en el antiquísimo Canon Romano. El Sumo Pontífice Benedicto XVI ha querido acoger y aprobar benévolamente los piadosos deseos que han llegado desde muchos lugares y que ahora, el Sumo Pontífice Francisco ha confirmado, considerando la plenitud de la comunión de los santos que, habiendo peregrinado un tiempo a nuestro lado, en el mundo, nos conducen a Cristo y nos unen a Él.

Por lo tanto, teniendo en cuenta todo

esto, la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, en virtud de las facultades concedidas por el Sumo Pontífice Francisco, gustosamente decreta que el nombre de san José, esposo de la Bienaventurada Virgen María, se añade de ahora en adelante en las plegarias eucarísticas II, III y IV de la tercera edición típica del Misal Romano, colocándose después del nombre de la Bienaventurada Virgen María, como sigue: en la plegaria eucarística II: «*ut cum beata Dei Genetrice Virgine Maria, beato Ioseph, eius Sponso, cum beatis Apostolis*»; en la plegaria eucarística III: «*cum beatissima Virgine, Dei Genetrice, Maria, cum beato Ioseph, eius Sponso, cum beatis Apostolis*»; en la plegaria eucarística IV: «*cum beata Virgine, Dei Genetrice, Maria, cum beato Ioseph, eius Sponso, cum Apostolis*».

Por lo que se refiere a los textos redactados en lengua latina, se deben utilizar las fórmulas que ahora se declaran típicas. La misma Congregación se ocupará de proveer, a continuación, la traducción en las lenguas occidentales de mayor difusión; la redacción en otras lenguas deberá ser preparada, conforme a las normas del Derecho, por la correspondiente Conferencia de obispos y confirmada por la Sede Apostólica, a través de este Dicasterio.

No obstante cualquier cosa en contrario.

Dado en la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, el día 1 de mayo del 2013, memoria de San José Obrero.

Antonio, Card. Cañizares Llovera  
*Prefecto*

† Arturo Roche  
*Arzobispo secretario*

# La venerable sor Filomena Ferrer y el templo expiatorio del Sagrado Corazón de Jesús de Móra d'Ebre (Tarragona)<sup>1</sup>

MIGUEL SUBIRACHS – ALFREDO ALONSO

## Contexto histórico-familiar

**F**ILOMENA Ferrer y Galcerán nació en Móra d'Ebre (Tarragona) el 3 de abril de 1841 en el seno de una familia profundamente católica formada por don Félix Ferrer y doña Josefa Galcerán, junto a nueve hermanos más (cinco morirán a causa del cólera, un hermano sacerdote en Móra y una hermana, Manuela, también religiosa). Fue bautizada al día siguiente de su nacimiento por el prior Juan Bautista Descarrega en la iglesia parroquial de la villa.

Su familia pertenecía a una conocida saga de escultores fraguada por su abuelo Miguel Ferrer en su taller de la calle Villa, número 7 de Móra d'Ebre desde finales del siglo XVIII.

Su padre Félix se dedicará al arte sacro materializado en esculturas y retablos. Aunque muchas de sus esculturas se perdieron durante la Guerra Civil, las que se conservan destacan por su inusitada belleza. Su tío Ramón trabajará para la familia real, permitiéndole alcanzar la dirección de la Academia de Bellas Artes de San Carlos de Valencia y el nombramiento en 1835 como miembro de la correspondiente de San Fernando.

Sus hermanos también consagrarían su vida al arte: su hermano Miguel, principalmente en Argentina; y su hermano Félix en casi toda Cataluña, tras sus estudios en París y Roma, del cual destacamos el altar y la estatua de san Antonio de una iglesia de Tortosa encargada por san Enrique de Ossó y Cervelló.<sup>2</sup>

Filomena también fue una «artista» aunque solícita a la voluntad de Dios, pues labró en su propia «madera» la imagen de Cristo. De su padre heredó su sensibilidad por el Arte con mayúsculas y de su



madre recibió el ejemplo de una piedad profunda, gran bondad y amor por los pobres.

## Infancia y juventud

**E**STÁN documentadas las palabras de su maestra, Teresa Serra, que habitualmente afirmaba sobre ella: «*deberíais comportaros todos como Filomena*»; convirtiéndola, pues, en modelo a seguir. También su hermano Félix confirma el buen carácter y las virtudes de su hermana; además de los numerosos testigos que vieron como siendo aún una niña lavaba las verduras en el río y regañaba a los pescadores que decían malas palabras. Así, su piedad angelical y su docilidad eran admirables, a pesar de que la enfermedad empezó ya a probarla desde su infancia. Le diagnosticaron tumores fríos, aunque probablemente se tratara de tuberculosis

1. Cf. P. A. Bellantonio. *Filomena Ferrer, cueste lo que cueste...* Editado por el convento de Hermanas Mínimas de Valls. 1977; y,

<http://www.internostrum.com/tradurl.php?linkdesc=&direccio=ca-es&inurl=http://www.moradebre.org/venerable-filomena-ferrer.htm>

2. Cf. La nissaga dels Ferrer, escultors i artistes (família de Móra d'Ebre). En <http://www.moradebre.org/nissaga-ferrer.htm>:

ganglionar y cutánea, una enfermedad habitual entre la infancia de aquella época.

Durante su visita pastoral a Móra d'Ebre el obispo de la diócesis, Damián Gordo Lay, confirmó a Filomena el 10 de diciembre de 1851. El prior propuso a sus padres que Filomena recibiera el sacramento de la Eucaristía antes de que la familia marchase a Maldà, pues su padre recibió un encargo para trabajar en su iglesia. Así fue que el 15 de octubre de 1853: *«A los 12 años, tras muy examinadas mis disposiciones y conocimientos me dan la sagrada comunión por primera vez el feliz día de santa Teresa de Jesús (...)*».

Tan solo tenía trece años cuando ya vivió su primera experiencia mística de carácter eucarístico-mariana. Durante la comunión eucarística sufrió un éxtasis en el que se manifestaba claramente el misterio de la Inmaculada Concepción de María, su amor maternal y la hermosura de la virginidad. Bajo esta experiencia hizo su voto de virginidad: *«Se me comunicó con tanta certeza y sublime alteza la Concepción de María Santísima, la belleza de la virginidad, y lo mucho que la apreciaba esta celestial Reina que, sin estar en mi otra cosa, ni poder resistir a la parte superior que esto me mandaba, le prometí seguir sus huellas, quiero decir, le consagré muy gustosamente mi virginidad con los afectos más sinceros y aclamándola por mi dulce Madre, ofreciéndome por su siempre obediente hija con los más cordiales afectos de mi corazón»*. Desde entonces empezó a manifestar sus deseos de consagrarse a Dios en un convento dedicado a la Inmaculada. Esta vocación fue duramente combatida por sus mismos padres, que, a pesar de ser buenos cristianos, creían que en razón de su delicada salud, Filomena no era apta para el claustro.

### **Ingreso en el monasterio de las monjas mínimas de Valls (Tarragona)**

**A**LLANADA toda la dificultad, finalmente ingresó a los 19 años en el monasterio de la Inmaculada Concepción de las monjas mínimas de Valls el 29 de enero de 1860. La comunidad percibió desde su ingreso el gran tesoro que Dios les regalaba con esta joven religiosa, pues era un modelo acabado de virtud.

En el monasterio desempeñó con toda perfección los oficios encomendados (maestra de canto, ayudante de ropera, dispensera y segunda enfermera). Dios la invitaba a una perfección cada vez más elevada.

El luminoso ejemplo de su vida cimentada en la espiritualidad de la Orden Mínima brillaba como una antorcha; y las primeras beneficiadas fueron las her-

manas que convivieron con ella (*«Donde hay una necesidad allí está sor Filomena con el lenitivo de su caridad»*). A pesar de la grandeza de su alma lo que más impactó fue su fidelidad a la gracia concretada materialmente en la fidelidad a la Regla de la Orden Mínima.

### **Impulsora y fundadora del monasterio y del templo expiatorio en Móra d'Ebre**

**L**A extraordinaria personalidad de sor Filomena no se nos puede pasar por alto porque fue un apóstol de Sagrado Corazón, el cual le inspiró la misión de fundar un monasterio de Mínimas y un templo expiatorio dedicado al Sagrado Corazón de Jesús en su Móra d'Ebre natal. Trabajó mucho por la difusión de esta devoción sobre todo en la propia comunidad y entre los sacerdotes, a los que aconsejaba vivamente que se consagrasen al divino Corazón.

Empieza a escribir cartas al obispo y al prior de Móra d'Ebre, que pondrían en marcha la maquinaria para que el convento y el templo se ubicaran en esa población de la Ribera d'Ebre. En ellas, se desprende la predisposición de sor Filomena a todo sacrificio por llevar a término esta tarea que Dios le encomendaba. Además, se van definiendo los contenidos internos de la fundación: un convento donde las religiosas deban ser devotas del Sagrado Corazón y movidas a amarle cada día más; donde haya muchos momentos de oración en comunidad.

En esas cartas también se incluían el nombre de dos de las hermanas que colaboraron en la tarea de la fundación, y manifestaba la necesidad de renovar ciertos puntos de la Regla Mínima.

Sor Filomena murió el 13 de agosto de 1868, con 27 años de edad, tras una larguísima fase terminal de tuberculosis marcada por el dolor y la fiebre alta. A su muerte, ya disfrutaba de una gran fama de santidad.

Diez días antes sor Filomena escribía al prior de Móra d'Ebre un carta en la que, una vez más, le alentaba a continuar la tarea de la fundación del monasterio y del templo expiatorio: *«Puede, sí, mi muerte retrasar la obra y pararla, pero no deshacer que ésta sea la voluntad de Dios; porque en mí sólo la muerte hará olvidarme de esto, pero el sentir la menor lástima de no poderlo llevar a término yo misma, en verdad le digo que no la siento, pues ningún deseo nació a mi corazón de cosa similar, antes bien pedía el Señor me entregara de esto, pese a lo manifesté que era el que prometí a mi Dios con gran pena y sentimiento»*. (Lógicamente, cuando dice que acepta el encargo con pena y sen-

timiento se refiere a la lucha interna que tuvo por distinguir si esta visión era una tentación o la verdadera divina voluntad).

### Fundación del monasterio y del templo

**F**INALMENTE, la fundación de Móra d'Ebre se llevó a cabo veintiséis años después de su muerte, aunque de principio a fin sor Filomena fue la inspiradora, impulsora y promotora gracias a sus numerosas cartas y sobre todo por su oración y su ejemplar vida. Sor Manuela Ferrer –también religiosa mínima en Valls– continuó la labor de su hermana. Magdalena Grau y de Graso y su cuñado, el conde de Samitier, aportaron el solar edificable, dinero y material para su construcción. El obispo Francesc Aznar y Pueyo abrió una subscripción popular con una aportación inicial muy importante, en la que colaboró el clero diocesano y el pueblo fiel. La primera piedra se colocó el 18 de noviembre de 1883 en un solemne acto presidido por el obispo en el que se dio lectura a un telegrama con la bendición del Papa.

El monasterio se construyó en once años. El 5 de octubre de 1894 entraron siete monjas mínimas, tres de ellas oriundas de Móra d'Ebre, acompañadas desde el monasterio de Valls, donde estaban, por el vicario general de la archidiócesis de Tarragona. El 5 de junio de 1925 se inauguraba el templo anexo, centro de la vida mínima, contemplativa y reparadora. Fue el primer templo expiatorio de toda España, con

vocación de servir a toda la Iglesia, en España, en Cataluña, en Móra d'Ebre para comunicar el mensaje del amor del Sagrado Corazón de Jesús a los hombres.

El 1972 se trasladaron los restos de sor Filomena, desde el cementerio municipal de Valls a la iglesia del monasterio, donde se conservan actualmente, a un lado del presbiterio, a los pies del Corazón de Jesús.

### Causa de beatificación

**S**U causa de beatificación se comenzó en 1880 y en 1887 su proceso fue enviado a Roma. En 1889 se solicitó al papa León XIII el título de venerable, concedido el 10 de junio de 1891. El 7 de septiembre de 1989, el Santo Padre Juan Pablo II firmó el decreto de aprobación de virtudes heroicas de la venerable sor Filomena de Santa Paloma. Un decreto de virtudes heroicas es el juicio emitido por la Congregación para las Causas de los Santos que confirma que un siervo de Dios vivió una vida en profunda unión con Él y fiel a las enseñanzas de la doctrina de la Iglesia. Para la beatificación es necesario que junto a este reconocimiento se apruebe un milagro por intercesión del Siervo de Dios.

En 1981 se reemprende la causa de beatificación detenida desde hacía varios años. Esperamos y deseamos la culminación del proceso en el tiempo más breve posible.

## Consagración de los jóvenes al Sagrado Corazón de Jesús

Señor Jesucristo, Hermano, Amigo y Redentor del hombre, mira con amor a los jóvenes aquí reunidos, y abre para ellos la fuente eterna de tu misericordia que mana de tu Corazón abierto en la cruz.

Dóciles a tu llamada, han venido para estar contigo y adorarte. Con ardiente plegaria, los consagro a tu Corazón para que, arraigados y edificados en ti, sean siempre tuyos, en la vida y en la muerte.

¡Qué jamás se aparten de ti! Otórgales un corazón semejante al tuyo, manso y humilde, para que escuchen siempre tu voz y tus mandatos, cumplan tu voluntad y sean en medio del mundo alabanza de tu gloria, de modo que los hombres, contemplando sus obras, den gloria al Padre con quien vives, feliz para siempre en la unidad del Espíritu Santo por los siglos de los siglos.

Amén.

XXIX JMJ, Cuatro Vientos (Madrid), 20 de agosto de 2011



AÑO DE LA FE 2012  
2013

## Una historia de conversión

### Eugenio Zolli

BENJAMÍN PINEDA JIMENO

El 4 de junio de 1944, la ciudad de Roma es liberada por las tropas norteamericanas. El 21 de septiembre, Israel Zolli recupera el cargo de gran rabino de Roma. Con motivo de la fiesta del Yom Kippur, en octubre de 1944, preside en la sinagoga las plegarias del Gran Perdón: «De repente –escribirá–, contemplé con los ojos del espíritu una gran pradera, y de pie en medio de la verde hierba estaba Jesús, vestido con un manto blanco... Ante aquella visión sentí una gran paz interior, y en el fondo de mi corazón oí estas palabras: “Estás aquí por última vez. En adelante me seguirás”. Las acogí con gran serenidad y mi corazón respondió enseguida: “Que así sea, que así se cumpla”... Una hora más tarde, después de la cena, en mi habitación mi esposa me dijo: “Hoy, mientras estabas ante el Arca de la Torá, me pareció que la figura blanca de Jesús te imponía las manos, como si te diera la bendición”. Estaba asombrado... En aquel momento, nuestra hija más pequeña, Míriam, que se encontraba en su habitación y que no había oído nada, me llamó para decirme: “Estáis hablando de Jesucristo. ¿Sabes, papá?, esta noche he visto en sueños a un gran Jesús todo blanco”. Les deseé buenas noches a ambas y, sin incomodidad alguna, continué reflexionando sobre la extraordinaria concordancia de esos acontecimientos».

Algunos días después, el gran rabino renuncia a su cargo y busca a un sacerdote a fin de completar su instrucción en las verdades de la fe. El 13 de febrero de 1945, monseñor Traglia le confiere el sacramento del Bautismo y toma el nombre de Eugenio, en reconocimiento a Pío XI.

Israel Anton Zoller había nacido en Brody, hoy Polonia y entonces Austria, el 17 de septiembre de 1881. La historia de su conversión se inicia a los doce años con la amistad en la escuela con Estanislaw, un joven cristiano. Invitado en casa de éste, descubre por primera vez un crucifijo colgado de la pared. Con el paso del tiempo,

leerá en el profeta Isaías los cantos del Siervo del Señor; en el espíritu de Zoller surgirá entonces esta pregunta obsesiva: «¿Será ese crucificado que vi, el siervo de Yahvé?».

En 1904, Israel debe dejar a su familia, a la que nunca más volverá a ver. Mientras imparte clases, estudia filosofía en la universidad de Viena, y después en la de Florencia, donde termina el doctorado; paralelamente, sigue estudios rabínicos. En 1913 es nombrado vicerrabino de Trieste y contrae matrimonio con Adela Litwak; de aquella unión nace una hija, Dora. Al final de la primera guerra mundial, Trieste es asignada a Italia e Israel Zoller es nombrado gran rabino de la ciudad.

En 1917, Israel debe sufrir el dolor de perder a su esposa. En aquella época tiene una experiencia mística: una tarde, «de repente y sin ningún motivo, como en éxtasis, invoqué el nombre de Jesús... Lo vi como representado en un gran lienzo... Lo contemplé largo rato, sin inquietud, sintiendo más bien una perfecta serenidad de espíritu... Y me dije: ¿Acaso Jesús no era hijo de mi pueblo?». Se trata de una primera llamada de Cristo.

Zoller se vuelve a casar en 1920 con Emma Majonica, que le da una segunda hija, Míriam. Entre 1918 y 1938 enseña hebreo y lenguas semíticas antiguas en la universidad de Padua. Es sorprendente que frecuente tanto el Nuevo Testamento como el Antiguo, de tal modo que la persona de Jesucristo y su enseñanza le resultan familiares.

Por otro lado, Zoller constata con tristeza que, entre sus correligionarios, «el amor de la Ley prevalece a menudo sobre la ley del Amor», de tal manera que las minucias de la casuística rabínica eclipsan el principal mandamiento de la ley revelada por Dios a Moisés: Amarás al Señor, tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma... (Dt 6, 5). En su calidad de especialista de las lenguas antiguas, descubre que el nombre de Nazaret se aplica en un principio a la



pequeña población donde Jesús vivió; pero ese nombre significa igualmente que Jesús de Nazaret es el Nazir, el Consagrado, anunciado por el profeta Isaías. Este descubrimiento lo expondrá en su obra capital.

La concordancia entre el relato de la Pasión de Cristo y el Siervo sufriente descrito por Isaías no deja a Zoller ninguna duda acerca del cumplimiento en Jesús de la profecía. Además, el examen de las declaraciones de Jesús sobre su divinidad le mueve a escribir: «Cristo es el Mesías; el Mesías es Dios, luego Cristo es Dios». Zoller está intelectualmente convencido, pero aún no tiene fe.

El acercamiento entre Mussolini y la Alemania hitleriana acarrea campañas antisemitas y leyes discriminatorias contra los judíos. Israel Zoller «italianiza» su apellido como Zolli; sin embargo, muy pronto se ve privado de la nacionalidad italiana, pero sin ser molestado de ningún otro modo. En 1940, la comunidad israelita de Roma le ofrece el puesto vacante de Gran Rabino de esa capital y acepta el cargo.

En septiembre de 1943, tras la caída de Mussolini, Hitler envía treinta divisiones alemanas para ocupar Italia. Himmler, jefe supremo de la S.S., considera que ha llegado el momento de aplicar en Italia la política de exterminio de la raza judía, y ordena al jefe de las S.S. en Roma, el teniente coronel Kappler, que reúna a todos los judíos para deportarlos a Alemania y se aprovecha de esa orden para realizar un chantaje; convoca a los dos presidentes de la comunidad judía y les conmina a entregarle, en el plazo de veinticuatro horas, 50 kilos de oro, so pena de deportación inmediata. Al día siguiente, la comunidad israelita sólo ha conseguido reunir 35 kilos. El Gran Rabino es reque-

rido para que acuda al Vaticano para intentar pedir prestado lo que falta. Consigue acceder al Vaticano, cuyos accesos están tomados por la Gestapo, a través de una puerta secreta que se halla detrás de la muralla, y expone al cardenal Maglione, secretario de Estado de Pío XII, su solicitud de un préstamo de 15 kilos de oro. El prelado se lo cuenta al Santo Padre, pidiéndole luego a Zolli que vuelva antes de las 13 horas. Poco tiempo después la cantidad de oro exigida ha podido ser recogida gracias a la contribución de sacerdotes y de organizaciones católicas. Pero el embajador alemán en la Santa Sede, Von Weizsäcker, advierte enseguida al Papa que Himmler ha ordenado la deportación de todos los judíos de Italia. Pío XII ordena inmediatamente al clero romano que abra los santuarios para recibir a los judíos que acudan a esconderse. Zolli vive los nueve meses siguientes en la clandestinidad. Sin embargo durante la noche del 15 al 16 de octubre un millar de judíos romanos de entre ocho mil son detenidos y deportados.

Con frecuencia le preguntaban a Zolli si su conversión se había debido a un sentimiento de gratitud hacia el papa Pío XII, pero él siempre contestaba negativamente, añadiendo no obstante lo que sigue: «La Iglesia católica ama todas las almas, sufre con todos y por todos; espera con amor a todos sus hijos en el umbral sagrado de Pedro, y sus hijos son todos los hombres... No existe lugar de sufrimientos que no haya alcanzado el espíritu de amor de Pío XII.»

A la edad de sesenta y cinco años debe enfrentarse a graves problemas materiales, empezando por el de la subsistencia de su familia, ya que hasta entonces ha vivido de sus honorarios de rabino y de profesor. La noticia del bautismo del gran rabino de Roma desencadena una sarta de calumnias; entre otras quejas, se le acusa de haber hecho apostasía por interés.

Por intervención del Santo Padre, Eugenio Zolli es nombrado profesor en el Pontificio Instituto Bíblico.

En enero de 1956, contrae una bronco-neumonía. Una semana antes de morir, Eugenio confía lo siguiente a una religiosa que le cuida: «Moriré el primer viernes de mes, a las tres de la tarde, como nuestro Señor». El viernes 2 de marzo, de madrugada, recibe la Sagrada Comunión. A mediodía entra en coma y, a las tres de la tarde, Eugenio Zolli entrega su alma a Dios. Al final de sus memorias había escrito: «Sólo podemos confiarnos a la misericordia de Dios y a la piedad de Cristo, que la humanidad sacrifica porque no sabe vivir en Él. Sólo podemos confiar en la intercesión de aquella cuyo corazón fue atravesado por la lanza que perforó el costado de su Hijo».



AÑO DE LA FE 2012  
2013

## Los mártires, testigos de la fe

### San Eulogio de Córdoba

ROCÍO DE ALARCÓN

Hacia el año 800, en el seno de una familia donde se practicaban fielmente las virtudes cristianas, nació Eulogio. Fue en su hogar donde recibió las primeras enseñanzas de su educación religiosa. Vivían en medio de una apostasía general y su abuelo, que llevaba su mismo nombre, cada vez que oía la voz del almuédano anunciando la hora de la oración a los musulmanes, rezaba así: «Dios mío, ¿quién puede compararse a ti? No calles ni enmudezcas. He aquí que ha sonado la voz de tus enemigos y los que te aborrecen han levantado la cabeza. Dios mío, ven en mi auxilio; Señor, ven a prisa a socorrerme.»

Como a Eulogio le gustaban tanto los libros santos, le confiaron a la comunidad de sacerdotes de san Zoilo donde empezó a aprender sobre la piedad y la ciencia sagrada. Bajo la influencia de un maestro cristiano de Córdoba; Esperaindeo, un sabio y piadoso abad que gobernaba en el monasterio de Santa Clara, cerca de Córdoba. Allí, Eulogio conoció a otro alumno, Pablo Álvarez, que sería un gran amigo toda su vida y más tarde se convertiría en su biógrafo.

Álvarez era un amigo perfecto, siempre partícipe de sus santos ideales y un apasionado de la ciencia isidoriana como él. Pablo vio en Eulogio un alma grande encerrada en un cuerpo fino, con mucho ingenio, gracia e inocencia en sus costumbres y de trato muy grato. Álvarez era más impulsivo y Eulogio más inclinado al reposo de la contemplación.

Su biógrafo lo describe así en su juventud: «Era muy piadoso y muy mortificado. Sobresalía en todas las ciencias, pero especialmente en el conocimiento de la Sagrada Escritura. Su rostro se conservaba siempre amable y alegre. Era tan humilde que casi nunca discutía y siempre se mostraba muy respetuoso con las opiniones de los otros, y lo que no fuera contra la Ley de Dios o la moral, no lo contradecía jamás. Su trato era tan agradable que se ganaba

la simpatía de todos los que charlaban con él. Su descanso preferido era ir a visitar templos, casas de religiosos y hospitales. Los monjes le tenían tan grande estima que lo llamaban como consultor cuando tenían que redactar los reglamentos de sus conventos. Esto le dio ocasión de visitar y conocer muy bien un gran número de casas religiosas en España».

Pasada su juventud, se ordenó sacerdote y servía en la iglesia de San Zoilo. La gente no tardó en conocerle, ya que era muy elocuente. Es curioso que etimológicamente su nombre significa: hablar bien.

«Todas sus obras, dice el biógrafo, estaban llenas de su bondad, de su humildad y de su caridad podía dar testimonio el amor que todos le profesaban, su afán de cada día era acercarse más y más al cielo, y gemía sin cesar por el peso de la carga de su cuerpo.»

Sólo él estaba descontento de cuanto hacía:

«Señor, decía más tarde, yo tenía miedo de mis obras, mis pecados me atormentaban, veía su monstruosidad, meditaba el juicio futuro y sentía de antemano el merecido castigo. Apenas me atrevía a mirar al cielo, abrumado por el peso de mi conciencia.»

Para purgar sus pecados decidió ir a Roma peregrinando. Esto era algo casi imposible en Andalucía, y así se lo decían los que le rodeaban. Al final consiguieron detenerle, pero Eulogio tuvo que realizar otro viaje justificado por una necesidad familiar: debía ir a ver a dos hermanos suyos que vivían más allá de los Pirineos. Era el año 845. Por más que hizo Eulogio no pudo salir de España. Para que el viaje no fuera en vano, aprovechó para visitar los monasterios del país, donde le regalaron libros preciosos, él se los llevó como un botín ya que los discípulos del abad Esperaindeo habían emprendido la noble tarea de restaurar en Al Ándalus la cultura isidoriana, sofocada por la invasión, y al frente de todos ellos estaba Eulogio. Quería fomentar los estudios, crear es-



cuelas, fomentar librerías, era para él defender la religión de sus padres y resucitar el sentimiento nacional.

«Cada día, dice su amigo, nos daba a conocer nuevos tesoros y cosas admirables desconocidas. Diríase que las encontraba entre las viejas ruinas o cavando en las entrañas de la tierra. (...) No es posible ponderar debidamente aquel afán incansable, aquella sed de aprender y enseñar que devoraba su alma. Y, ¡oh admirable suavidad de su alma!, nunca quiso saber cosa alguna para sí solo, sino que todo lo entregaba a los demás, a nosotros, los que vivíamos con él, y a los venideros. Para todos derramaba su luz el siervo de Cristo, luminoso en todos sus caminos, luminoso cuando andaba, luminoso cuando volvía, límpido, nectáreo y lleno de dulzura.»

Por su sabiduría y su santidad Eulogio se convirtió en el jefe del grupo más ferviente de la Cristiandad cordobesa, sacerdotes celosos, fieles fuertemente apegados a sus creencias, ascetas de la sierra, monjes y monjas de una veintena de monasterios que había en la ciudad o en sus alrededores. La opresión musulmana, que llevaba a muchos a la apostasía, había producido en ellos una reacción de amor exaltado a sus creencias. Cierto es que no había una persecución propiamente dicha, pero la misma ley hacía la vida insostenible para un cristiano, y más para monjes y sacerdotes, cuya presencia en las calles daba lugar a escenas poco agradables.

A finales del reinado de Adb-al-Rahman II la intolerancia se hizo violencia y entonces los cristianos sí fueron perseguidos, martirizados, torturados y degollados.

San Eulogio empezó a escribir un libro llamado *Memorial de los mártires* para dar a conocer lo sucedido. Todavía no lo había terminado cuando lo encarcelaron con otros prisioneros cristianos a los que no dejó de alentar e instruir. Entonces escribió otro libro *Documento martirial* iba dirigido a dos jóvenes encarceladas que necesitaban sostener su ánimo, cansadas ya de tanto sufrimiento. Finalmente le dejaron en libertad, y Eulogio siguió dando esperanza. Diez años duró la persecución, quemaban iglesias y la escuela de San Zoilo fue clausurada.

Había en Córdoba una chica llamada Lucrecia, cuyo padre era musulmán. Ella creía firmemente en Cristo pero la ley la condenaba a ser musulmana. Huyendo de los suyos pidió a san Eulogio que le ayudara a ocultarse, él hizo que se refugiara en casa de unos amigos. Al poco tiempo la encontraron y los dos fueron detenidos. A él le acusaban de proselitismo y Eulogio decía que no podía negar su consejo y enseñanza a quien se lo pedía, y seguía añadiendo que era preciso obedecer a Dios antes que a los padres. El juez irritado no sólo lo juzgó por proselitista, sino también por blasfemo.

El santo entonces fue juzgado por el consejo del emir, donde un íntimo suyo le dijo que pronunciara una sola palabra de retracción y ya no le molestarían más. Él sonrió indulgentemente y contestó: «Ni puedo ni quiero hacer lo que me propones. ¡Oh, si supieses lo que nos espera a los adoradores de Cristo! ¡Si yo pudiese trasladar a tu pecho lo que siento en el mío! Entonces no me hablarías como me hablas y te apresurarías a dejar alegremente esos honores mundanos.» Y dirigiéndose a los miembros del consejo, añadió: «Oh, príncipes, despreciad los placeres de una vida impía, creed en Cristo, verdadero rey del cielo y de la tierra, rechazad al profeta que tantos pueblos ha arrojado en el fuego eterno.»

Lo condenaron a muerte. Saliendo del palacio un eunuco le dio una bofetada en una mejilla y él sin quejarse presentó la otra. Justo antes de morir se arrodilló, tendió las manos al cielo y recitó una oración, después de hacer la señal de la cruz en el pecho presentó su cabeza. «Éste —dice Álvaro— fue el combate hermosísimo del doctor Eulogio; éste su glorioso fin, éste su tránsito admirable. Eran las tres de la tarde del 11 de marzo.» Cuatro días más tarde, el día 15, fue decapitada Lucrecia.

Los fieles de Córdoba recogieron los restos y los sepultaron en la iglesia de San Zoilo. Inmediatamente empezó a celebrarse la memoria de los dos santos mártires. En 883 se trasladaron sus restos a Oviedo y allí se conservan.



San Bernardo nació aproximadamente en 1090 en las afueras de Dijon, en Borgoña y murió en Claraval el 21 de agosto de 1153. Perteneció al estamento nobiliario, pues su padre era caballero del círculo del duque de Dijon. Era el tercer de siete hermanos. Sus padres advirtieron pronto sus extraordinarias cualidades intelectuales y decidieron eximirlo de continuar la tradición familiar del oficio de las armas y encaminarlo a una vida de estudio, ingresándolo en la escuela de Châtillon-sur-Seine.

Uno de los acontecimientos que marcó la vida de Bernardo fue la muerte de su madre cuando él contaba sólo con 19 años. Su inmenso dolor le llevó a una honda crisis espiritual que fue derivando en una profunda vocación religiosa. Por eso ingresó en el monasterio de Cîteaux (o del Císter), fundado por san Roberto de Molesmes en 1098 con el deseo de vivir con rigor y lo más auténticamente posible la Regla de san Benito. Cuando él entró, Esteban Harding, que luego sería canonizado, era el abad. Entre 1112 y 1113 haría su ingreso formal, y tan sólo dos años después, Esteban, percatándose de las cualidades de Bernardo, lo envió al frente de un grupo de monjes para fundar una nueva comunidad en el valle de Absinthe (valle de la Amargura), al que Bernardo llamaría de Clairvaux (Claraval), que quiere decir *Valle Claro*, y al poco sería investido abad del mismo.

Los comienzos de Claraval fueron difíciles, y el régimen era tan austero que afectó a la salud de Bernardo. Sin embargo, la orden progresó rápidamente, y el empuje y la personalidad del recién llegado Bernardo propiciaron el impulso decisivo. Pronto acudieron gran número de discípulos. Su padre y todos sus hermanos entraron en Claraval como religiosos, incluso su hermana, que ingresó en el convento benedictino de Jully con el consentimiento de su marido. Claraval se quedó pequeño y pronto hubo que fundar nuevos monasterios: Tres Fuentes (1118), Fontenay (1119) y Foigny (1121). Así, a partir de 1118-19,

el Císter inició su expansión por Francia y otras áreas del continente europeo.

En 1119, cuando aún no tenía 30 años, asistió al primer capítulo general de la Orden, que dio forma definitiva a sus constituciones, y donde fue escuchado con gran respeto. En 1120 compuso *De gradibus superbiae et humilitatis* y sus preciosas homilias en honor a la Virgen *De Laudibus Mariae*. Los monjes de Cluny, al ver que los de Cîteaux no destacaban por su fervor y ejemplo, acusaron a las reglas de la nueva Orden de impracticables, a lo que Bernardo, a petición del abad Thierry, se defendió con su conocida *Apología*, llegándose finalmente a resolver la disputa con respeto y caridad mutuas. A raíz de este acontecimiento y del escrito de san Bernardo, Cluny emprendió una reforma y el abad Suger de Saint Denis se convirtió, abandonando su vida mundanal, restaurando la disciplina en su monasterio y convirtiéndose en un abad ejemplar. No le faltaron reproches injustos a lo largo de su vida, pero él se defendía con gran caridad y humildad. El celo de Bernardo no acabó aquí, sino que se extendió a los obispos, clero y fieles, y fruto de su labor obtuvo destacadas conversiones.

En 1128 los obispos le nombraron secretario del Concilio de Troyes, orientado a solucionar ciertas controversias de los obispos de París y otros asuntos de Francia. En éste Bernardo indicó las líneas generales de la regla de la Orden de los Templarios, que se convertirían en el ideal de la nobleza francesa. Su influencia se notó pronto en los asuntos provinciales, y tuvo que defender los derechos de la Iglesia frente a las intromisiones del poder civil. Hacia 1130 le eligieron en el Concilio de Étampes para combatir el cisma de los dos papas, Inocencio II y Anacleto II, surgidos tras la muerte de Honorio II. Decidió a favor de Inocencio II, motivando su reconocimiento por los principales poderes católicos, y se encargó de estabilizar la situación sin escatimar ningún esfuerzo y con la mayor



firmeza. También se hizo cargo de las polémicas surgidas entre Lotario, seguidor de Inocencio, y Roger de Sicilia, seguidor de Anacleto. Cuando la situación se estabilizó, hacia 1138, regresó a su convento, donde se dedicó, con renovado vigor, a la composición de sus obras que le merecieron el título de Doctor de la Iglesia, entre ellos los espléndidos sermones sobre el *Cantar de los Cantares*.

No podía descansar, pues en 1134 el Papa le encomendó predicar una nueva cruzada, la segunda. La ciudad de Edesa había caído en manos turcas, y Jerusalén y Antioquía estaban amenazadas con un desastre parecido, por lo que los obispos armenios pedían ayuda a la Santa Sede y al rey de Francia. Con gran celo y ardor se sumaba la gente para tomar parte en la cruzada. Bernardo se trasladó a Alemania y sus múltiples milagros contribuyeron al éxito de dicha misión. Por la misma época combatió con éxito el surgimiento de una corriente filosófico-teológica liderada por Abelardo, el hombre más elocuente e instruido de la época después de Bernardo, que con la difusión de sus errores perturbaba seriamente la paz de la Iglesia.

Los últimos años de su vida se vieron entristecidos por el fracaso de la Cruzada, cuyo peso recayó en su persona. La falta de disciplina y presunción de las tropas alemanas, las intrigas del príncipe de Antioquía y de la reina Leonor y, finalmente, la avaricia y evidente traición de los nobles cristianos de Siria, impidiendo la toma de Damasco, parecen haber sido las causas del desastre. En aquel entonces, Bernardo empezó a sentir próxima la muerte. El tránsito de

Eugenio III le dolió profundamente, pues se vio apartado de su mejor amigo y consolador. Finalmente murió a los sesenta y tres años, tras pasar cuarenta en el claustro. Fundó ciento sesenta y tres monasterios en diferentes partes de Europa, de modo que a su muerte alcanzaban los trescientos cuarenta y tres. Fue el primer monje cisterciense inscrito en el calendario de los santos y fue canonizado el 18 de enero de 1174 por Alejandro III. El papa Pío VIII le concedió el título de Doctor de la Iglesia.

San Bernardo fue reformador monástico, predicador de cruzadas, acusador intransigente de las herejías de su época, y predicador de corazón ardiente cuya devoción a la humanidad de Cristo habría de llevarle a la formación de una escuela de espiritualidad nueva, conocida como «Devotio moderna» cuyo principal monumento fue la *Imitación de Cristo*. Dios le había dado grandes dones y él los transformó en frutos de santidad. Un rasgo básico del abad de Clairvaux tanto a nivel intelectual como en la inspiración práctica fue la unión armónica de misticismo y teología. Su obra se asienta en un conocimiento erudito de la Biblia y de la Patrística hasta el punto de ser considerado tradicionalmente como uno más de los Santos Padres. Su celo predicador en defensa de la fe, a través de su brillante oratoria le llevó a ser llamado «Doctor Mellifluo» (doctor de la boca de miel): «Así como la miel se oculta en la cera, así la devoción en la letra.(...) La devoción es como un panal de miel: la letra es como la cera y el espíritu que contiene es como la miel en la cera».<sup>1</sup>

Aunque hubiera dedicado gustosamente su vida a la contemplación, estuvo dispuesto dondequiera que le necesitaba la causa de Dios o de la Iglesia con su consejo, su voz y su trabajo, sin escatimar ningún esfuerzo y mostrando así su ardiente amor a la verdad. Ardía, sobretudo, en la caridad para con Dios y con el prójimo, que es el principal precepto y el compendio de todo el Evangelio, de tal modo que no sólo estaba ligado al Padre celestial místicamente, sino que, además, ninguna otra cosa deseaba que el ganar hombres para Cristo, defender los derechos de la Iglesia y guardar fervorosamente la fe católica. Y todo ello unido a una gran piedad a la Virgen María: «Nada quiso el Señor que nos viniera sino por manos de María». «Ésta es su voluntad, que lo tengamos todo por María». Que tanto la vida como la doctrina de san Bernardo sean «como un faro que nos guíe a todos y cada uno hacia el amor, pues fuimos creados para el amor, no para el temor: Dios es amor hoy, ayer y siempre».

1. Merton, Th. (1956). *San Bernardo, el último de los Padres*. Madrid: Patmos (p. 18).



## Pequeñas lecciones de historia

### San Pedro: la debilidad de la piedra fundamental de la Iglesia

GERARDO MANRESA

EN el mundo laboral, cuando el dueño de la empresa busca la persona adecuada para que dirija un negocio, hace un examen psicológico a los aspirantes y elige al que destaca más por sus cualidades intelectuales o por sus relaciones personales o su agresividad o su prudencia u otras virtudes, en función de las necesidades del negocio. Cuando Jesús buscó a la persona idónea para fundar la Iglesia, no lo hizo con miras humanas sino «de otra forma».

Simón Pedro, un pescador iletrado, fue la persona elegida y precisamente él, que de «boquilla» era muy valiente, pues estaba dispuesto a morir por su maestro (Lc 22,33),<sup>1</sup> a las pocas horas de hacer esta afirmación, no pudo ni resistir la presión de una criada (Lc 22,58): «¡No conozco a ese hombre!». El respeto humano le dominó y hasta juró no conocer a Jesús. La piedra fundamental sobre el que se debía basar la Iglesia, era el primero en fallar. Pocos momentos después de esta negación el mismo Jesús le miró con misericordia y Pedro se dio perfecta cuenta del gran error que había cometido negando a su maestro y lloró amargamente.

Hacia el año 33, el Espíritu Santo le había revelado a Pedro en Joppe que todos los alimentos eran puros y que los gentiles debían recibir el Espíritu Santo igual que los judíos. Esto lo explicó el mismo Pedro en el Concilio de Jerusalén y todos los apóstoles y demás discípulos lo aceptaron y confirmaron la doctrina.

Unos quince años más tarde, en el otoño-invierno del año 48, tres meses después del concilio de Jerusalén aproximadamente, Pedro estaba en la ciudad de Antioquía donde también estaban Pablo, Bernabé y muchos gentiles convertidos. Pedro hacía vida con ellos, comía y bebía. Llegaron a la ciudad algunos judeo-cristianos de Jerusalén para ver el comportamiento de estos nuevos cristianos respecto a las leyes del judaísmo y, Pedro, que los conocía, se unió a ellos, pero de tal forma que poco a poco dejó de reunirse con los cristianos gentiles, de visitarlos y de ir a sus celebraciones festivas, es decir, a comer con ellos. Bernabé, que también conocía a las personas que habían venido de Jerusalén, pues había vivido en aquella ciudad, también acompañaba a Pedro en sus visitas a los judíos y cuando Pedro dejó de frecuentar a los cristianos gentiles, Bernabé le siguió. Pedro tomó esta postura por respeto humano, para no hacer enfadar a los judeo-cristianos venidos de Jerusalén. Pero esta vez Pedro no encontró a Jesús con una mirada misericordiosa, sino que la persona que se dio cuenta de ello fue Pablo

y, Pablo, sin ningún miramiento y por el bien de la Iglesia, delante de muchos cristianos de Antioquía y de los judíos venidos de Jerusalén «le pegó una bronca descomunal» a Pedro para evitar el escándalo que ello podía producir en los cristianos gentiles. En la carta a los Gálatas, Pablo explica: «Pero cuando yo vi que no caminaban rectamente según la verdad del Evangelio, dije a Cefas delante de todos: *Si tú, siendo judío, vives como gentil y no como judío, ¿por qué obligas a los gentiles a judaizar?*» (Gal 2,14). Pedro se dio cuenta de su error y corrigió su postura.

Finalmente en Roma al inicio de la persecución de Nerón, en verano del año 64, Pedro, siendo ya obispo de Roma, creyó que ante dicha persecución debía salir de la ciudad para ayudar a todos los cristianos que huían y apenas recorridos unos kilómetros se le apareció Jesús caminando en dirección a Roma. Pedro lo vio y le preguntó: *¿A dónde vas, Señor?* Jesús le contestó: *¡Voy a Roma a ser crucificado por segunda vez!* Pedro se dio cuenta de su error y de la necesidad de estar cerca de su Iglesia sufriente y volvió rápidamente a Roma, donde murió martirizado en junio del año 67.

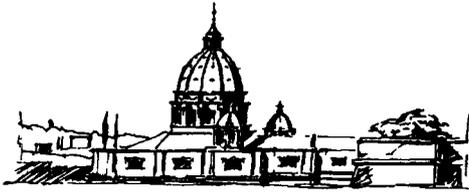
Si a todo ello añadimos que Pedro, en su segunda carta, nos dice que en las epístolas de Pablo hay puntos que son difíciles de entender (2 Pe 3,16),<sup>2</sup> nos podemos preguntar:

¿Cómo puso Jesús como cabeza de su Iglesia a una persona así? Todo esto ya lo sabía el Señor cuando puso a Pedro como cabeza de la Iglesia, pero la razón nos la confirma san Pablo en su segunda carta a los Corintios: *por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades para que repose sobre mí el poder de Cristo*, 2 Cor 12,9.

Cristo venció en la debilidad de san Pedro, piedra fundamental de la Iglesia.

1. Lc 22, 33: «*Simón, Simón, mira, Satanás os reclamó para zarandearos como el trigo, pero yo rogué por ti, que no desfallezca tu fe; y tú un día, vuelto sobre ti, confortarás a tus hermanos. Pero él le dijo: Señor, contigo estoy pronto a ir aun a la cárcel y a la muerte. Él dijo: Te digo, Pedro, no cantará hoy el gallo antes de que tres veces hayas negado conocerme.*»

2. 2 Pe 3, 15-16: Como también nuestro hermano Pablo según la sabiduría que le fue dada, os escribió: como asimismo lo hace en todas las epístolas, hablando de esto: en las cuales hay cosas difíciles de entender, las cuales los indoctos y poco asentados tuercen, lo mismo que las demás Escrituras, para su propia perdición.



# ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

## Miami se consagra al Sagrado Corazón de Jesús y al Inmaculado Corazón de María

SEGÚN explicaba *Religión en Libertad*, la ciudad de Miami vivió un momento histórico el pasado 30 de mayo cuando su obispo, monseñor Wensky, consagró la ciudad al Sagrado Corazón de Jesús y al Inmaculado Corazón de María. La celebración eucarística en la que se enmarcó la consagración reunió a las autoridades civiles, con el alcalde a la cabeza, y religiosas y juntos invocaron la protección de los Corazones de Jesús y María para Miami, ciudad con una gran mezcla de culturas y una importante influencia latinoamericana, muy devotos de la Virgen y el Corazón de Jesús.

Durante la homilía, monseñor Wensky situó la consagración en el contexto de un mundo dominado por un laicismo pujante en el que muchos creen que se puede organizar la sociedad o vivir la vida «como si Dios no tuviera importancia». Contra este laicismo, que crece adoptando formas cada vez más radicales que minan la libertad religiosa y modifican la manera en que la gente entiende la realidad –como vemos con los intentos de redefinir el matrimonio–, la consagración a los Corazones de Jesús y María supone una renovación y profundización en la consagración bautismal como respuesta al amor de Jesús y María.

«Consagrando nuestra ciudad a los Corazones de Jesús y María deseamos reconocer su amor –un amor a través del cual Jesús y María quieren conducirnos a un amor desinteresado hacia Dios y hacia el prójimo; y es por tal amor que podemos convertirnos en buenos ciudadanos tanto de la Ciudad del Hombre como de la Ciudad de Dios– un amor gracias al cual crecemos en la santidad a la que hemos sido llamados como seres humanos creados a imagen y semejanza de Dios que es Amor. (...) La ciudad de Miami es una ciudad joven que ha crecido y prosperado debido a sucesivas oleadas de inmigración. (...) En realidad, podemos decir que las fuerzas de la globalización han conspirado de una manera u otra para reunirnos como vecinos. (...) Sí, la globalización nos ha hecho vecinos, pero no necesariamente hermanos y hermanas. Y esto explica porque debemos venir a esta hermosa catedral un viernes por la tarde a consagrar nuestra ciudad a los Corazones de Jesús y María. Como ya he dicho, al hacerlo, reconocemos su amor por nosotros, un amor

que la Providencia nos ha mostrado de muchas maneras. Sin embargo, en el reconocimiento de su amor por nosotros representado por sus corazones atravesados queremos renovar nuestro corazón para que podamos pensar, hablar, trabajar y amar como lo hacen ellos. ¡Sagrado Corazón de Jesús, ten piedad de nosotros! ¡Inmaculado Corazón de María, ruega por nosotros! Siguiendo el ejemplo de su amor, puede que el destino nos haya puesto juntos en la ciudad como vecinos para aprender a vivir juntos en armonía, en la justicia, en paz, y podamos aprender a vivir juntos como hermanos y hermanas».

## 150 aniversario del nacimiento de la beata María del Divino Corazón

LA provincia de Portugal de la Congregación de las Hermanas del Buen Pastor inició el pasado 15 de septiembre de 2012 las celebraciones por el 150 aniversario del nacimiento de María Droste Zu Vischering, hoy beata María del Divino Corazón, invitándonos a «contemplar y conocer más a fondo a esta mensajera de la consagración del mundo al Sagrado Corazón de Jesús, que creía firmemente que a través de la infinita misericordia del Buen Pastor vamos a ser capaces de responder creativamente a las necesidades del mundo actual».

En una nota de la conferencia episcopal portuguesa publicada con ocasión de dicho aniversario, los obispos lusos han querido presentar algunas pautas de la espiritualidad de esta religiosa del Buen Pastor para contribuir así, en el marco del Año de la Fe, a la difusión del conocimiento de los santos propios, según las recomendaciones de la Congregación para la Doctrina de la Fe. «Festejar los 150 años del nacimiento de la beata María del Divino Corazón –afirman–, en el contexto actual de la vida en Portugal, debe ser para todos una apelación a vivir centrados en el amor de Jesús, orar y sacrificarse por los sacerdotes, cultivar un amor sincero y dedicado a la Iglesia, especialmente al Papa, practicar el servicio a los pobres y marginados, avanzar en el “amor de Cristo, que excede todo conocimiento”, siguiendo la pedagogía de la devoción al Corazón de Jesús, ya que “sólo el Corazón de Cristo, que conoce la profundidad del Amor del Padre, puede revelar el abismo de su misericordia de una manera

tan llena de simplicidad y belleza”, y poner en el centro de nuestra vida la Eucaristía, celebrada, comulgada y adorada. Que la celebración de este aniversario sea un incendio de celo apostólico que avive otros fuegos. (...) Unámonos en oración para que pronto llegue la gracia de su canonización.»

Uno de los actos centrales de este homenaje tuvo lugar el pasado 9 de junio –un día después de su fiesta– con la peregrinación al monumento nacional de Cristo Rey en el santuario del Corazón de Jesús de Almada (Lisboa), en el que se guarda una preciosa reliquia de la beata María Droste.

## Hora Santa mundial

**D**ESDE todos los rincones del mundo, miles de católicos se unieron con el Papa el pasado 2 de junio, festividad del Corpus Christi en una histórica adoración eucarística. Presidida por el Santo Padre desde la basílica de San Pedro del Vaticano, en calidad de cabeza de la Iglesia universal, todas las diócesis del mundo se dieron cita a las cinco de la tarde, hora local de Roma, para adorar a Cristo en la Eucaristía durante una hora, tal y como lo había pedido el Corazón de Jesús a santa Margarita María.

El programa del acto, retransmitido en directo por televisión, contemplaba momentos de adoración silenciosa, cánticos, así como una serie de breves lecturas bíblicas alternadas con oraciones escritas por los últimos papas, desde Pío XII a Benedicto XVI, pasando por Pablo VI, Juan XXIII y Juan Pablo II.

Las intenciones de la oración las propuso el mismo papa Francisco: «Por la Iglesia, extendida en todo el mundo y recogida hoy en señal de unidad en la adoración de la santísima Eucaristía. Que el Señor la haga cada vez más obediente a la escucha de su Palabra para presentarse ante el mundo siempre más hermosa, sin mancha, ni arruga, sino santa e inmaculada. Que a través de su fiel anuncio, la Palabra que salva resuene aún como portadora de misericordia y haga que el amor se redoble para dar un sentido pleno al dolor y al sufrimiento, devolviendo alegría y serenidad». «Por aquellos que en los diversos lugares del mundo viven el sufrimiento de nuevas esclavitudes y son víctimas de la guerra, de la trata de personas, del narcotráfico y del trabajo ‘esclavo’; por los niños y las mujeres que padecen todas las formas de la violencia. ¡Que su grito silencioso de ayuda encuentre a la Iglesia vigilante para que, teniendo la mirada puesta en Cristo crucifica-

do no se olvide de tantos hermanos y hermanas dejados a merced de la violencia! Por todos aquellos que, además, se encuentran en la precariedad económica, sobre todo los desempleados, los ancianos, los inmigrantes, los que carecen de hogar, los presos y cuantos experimentan la marginación. ¡Que la oración de la Iglesia y su cercanía activa les dé consuelo y ayuda en la esperanza y fuerza y audacia en la defensa de la dignidad de la persona!»

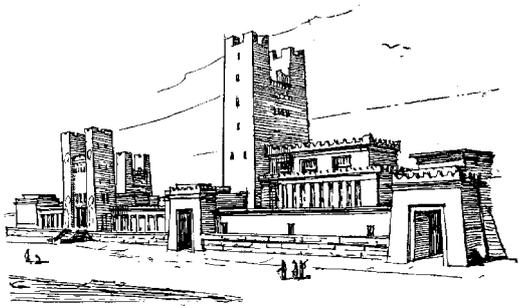
«Hemos tenido una adhesión masiva a esta iniciativa que se ha extendido más allá de las catedrales y ha implicado a conferencias episcopales, parroquias, congregaciones religiosas, especialmente los monasterios de clausura, y las asociaciones», explicó el presidente del Consejo Pontificio para la Nueva Evangelización, Rino Fisichella.

## Se necesitan más exorcistas

**E**L considerable incremento de las solicitudes de ayuda para liberarse de posesiones diabólicas, influencias maléficas o esoterismos varios provenientes tanto de la archidiócesis de Madrid como de otras diócesis españolas (sólo el 26% de las 69 diócesis españolas tienen exorcistas) ha motivado la decisión del cardenal Rouco de nombrar ocho nuevos exorcistas para su diócesis.

Según informaba *Religión en Libertad*, el cardenal Rouco ha elegido a sacerdotes de su presbiterio de recta doctrina y profunda vida espiritual que, en un periodo de formación acelerado coordinado por monseñor César Franco, uno de los tres obispos auxiliares de Madrid, están estudiando a marchas forzadas el *Ritual renovado de exorcismos*, aprobado por Juan Pablo II en 1998, completando su formación con la lectura del antiguo Ritual, el *Rituale romanum* de 1614, el ritual de 1952 y el conocimiento del mundo de las drogas y las sectas, muy ligadas a lo satánico.

En la actualidad el arzobispado de Madrid no dispone oficialmente de sacerdotes formados específicamente para practicar exorcismos y por ello, ante la gran avalancha de víctimas del «mundo oculto», el cardenal Rouco desea que cada una de sus ocho vicarías cuente con un exorcista oficial. Los nuevos exorcistas también contarán con un equipo de psiquiatras que ayudarán, en algunos casos, a discernir, ante la solicitud del sacerdote, si la persona en cuestión sufre alguna alteración psiquiátrica y, por lo tanto, se descarta la influencia maléfica.



## ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

### El islam en convulsión: turno ahora para Turquía y Siria

**T**RAS la oleada de revueltas que recorrió el mundo árabe durante el año pasado y que bajo el nombre de «primavera árabe» ha acabado entregando el poder a grupos islamistas en diversos países (en especial en el Magreb y Egipto), la actualidad del mundo musulmán se centra ahora en dos países: Turquía y Siria.

Lo que está sucediendo en Turquía tiene grandes semejanzas con los rasgos que marcaron la «primavera árabe»: manifestantes airados ocupando una plaza emblemática y enfrentándose a un gobierno cuyo principal valedor son las fuerzas del orden. Sólo que en esta ocasión, quien está en el poder no es un viejo autócrata, sino un partido islamista, el Partido de la Justicia y el Desarrollo, liderado por el premier turco, Tayyip Erdogan. Y, en consecuencia, los manifestantes no son, pues, islamistas, sino que el secularismo al estilo occidental es su ideología común.

Turquía ha sido probablemente el país musulmán que más apostó por la occidentalización, lo que significó numerosas leyes para recluir la religión al ámbito privado y establecer un laicismo oficial «a la europea». Ésta fue la obra del padre de la Turquía moderna, Mustafá Kemal Atatürk, quien no dudó en emplear la violencia a principios del siglo xx para implantar su modelo, preservado desde su muerte por el ejército turco, auténtico cuarto poder.

Esta situación ha sufrido una importante erosión de la mano de los islamistas, que tras numerosos intentos fallidos, con ilegalizaciones y encarcelamientos incluidos, finalmente encontraron la fórmula con Erdogan para tomar el poder en 2003. Erdogan mismo, siendo alcalde de Estambul, acabó en la cárcel por sus manifestaciones islamistas. Su paso por el presidio le hizo cambiar de táctica: antes que islamizar las leyes e instituciones del Estado había que islamizar la sociedad, en una especie de apuesta gramsciana islamista. Con notable éxito, pues al tiempo que mantenía una economía capitalista con notable crecimiento y numerosos acuerdos preferenciales con la Unión Europea y una política

exterior alineada con Washington, Erdogan ha ido islamizando la vida cotidiana, con pequeños pasos, cambios aparentemente inapreciables, pero que, tras tres legislaturas, han transformado el país. Así se entiende el reciente y creciente distanciamiento de Occidente, presentándose cada vez más Turquía como una alternativa de liderazgo dentro del mundo musulmán al Irán chiita y a la Arabia Saudí wahabita. El resultado ha sido una aceleración de la quiebra entre dos Turquías: por un lado la Turquía de las grandes ciudades, occidentalizada y asustada ante la deriva que toma el país, por otro el resto del país, donde el islam es hegemónico y que, si bien no suele aparecer en el radar de la prensa internacional, es el enorme granero de votos donde Erdogan cimenta su mayoría.

En esta situación sociopolítica y con una coyuntura económica que se ha deteriorado notablemente en los últimos meses, ha estallado una protesta de tintes kemalistas que difícilmente podrá derrocar al gobierno, pero que se esté mostrando capaz de desestabilizarlo y de perjudicar seriamente su imagen exterior y frenar cualquier tipo de pretensión de incorporación a la Unión Europea.

Por su parte, en la vecina Siria, la larga guerra civil en que se halla sumido el país parece entrar en una nueva fase marcada por la intervención internacional. Los contendientes son, por una parte, los partidarios del presidente sirio Bashar el Assad y por la otra los rebeldes, en su inmensa mayoría islamistas suníes. Assad es un autócrata, heredero del régimen baasista de su padre, Hafez el Assad, todo lo despótico que se quiera, pero respetuoso de la libertad religiosa de las minorías cristiana y drusa. Por su parte, la oposición rebelde, inicialmente presentada como democratizadora, se muestra cada vez más a las claras como una milicia islamista suní, alimentada por veteranos de guerra de mil batallas que ahora se instalan en Siria con el objetivo de implantar allí un régimen islámico estricto. Inicialmente Assad ha contado con el apoyo chiita de Irán y del Hizbullah libanés (Assad forma parte de la minoría alauita, una secta chiita) mientras que las milicias rebeldes han sido apoyadas precisamente por Turquía, donde tienen sus bases de operaciones. Pero ahora la involucración

ha pasado a otra dimensión con el anuncio abierto de apoyo por parte de los Estados Unidos a los rebeldes, y en contrapartida, la mayor ayuda rusa para al régimen de Bashar el Assad. Aunque el control del espacio aéreo sirio por parte de los Estados Unidos puede ser un factor clave para decantar la guerra del lado islamista, los apoyos de Assad son fuertes y no se vislumbra un final rápido a la guerra civil. En cualquier caso, Occidente vuelve a mostrar su falta de visión en lo que al mundo islámico se refiere. Los mismos islamistas que son combatidos en Mali, son apoyados en Siria (en ocasiones son exactamente las mismas personas, combatientes que viajan de un lado a otro y que ven cómo los mismos que les combatían en un lugar les entregan armas y adiestramiento en otro, en una escena de puro surrealismo). Como ya ocurriera con Bin Laden, Estados Unidos vuelve a creer que puede utilizar en provecho propio a los grupos islamistas, para después, trágicamente, salir de su error... hasta volver a caer en el error pocos meses después. Kissinger nunca hubiera tropezado tantas veces en una misma piedra.

### El declive de los blancos en los Estados Unidos

Los últimos datos demográficos llegados desde Estados Unidos confirman la tendencia: la población blanca no cesa de disminuir. El año pasado, 2012, ha sido el primero en la historia en el que las muertes han superado a los nacimientos entre este grupo. Los 198 millones de blancos estadounidenses se redujeron en 12.400 personas, una cifra aún pequeña pero que marca una tendencia clara hacia el declive del principal grupo de población y el que construyó los actuales Estados Uni-

dos. Además, la población blanca es la más envejecida, con una edad media de 42 años, frente a los 34 de los asiáticos, los 32 de los afroamericanos y los 28 de los hispanos, lo que hace mucho más difícil una reversión de esta tendencia. Como siempre que hablamos de demografía, los resultados, cuando salen a la luz, son la consecuencia de largos procesos que, por ello mismo, no se pueden rectificar en un corto plazo. En este caso, de forma paralela a lo que ha sucedido en Europa, la población blanca estadounidense ha abrazado la cultura de la muerte, el uso generalizado de anticonceptivos y un cierto nihilismo existencial que ha llevado a ese fenómeno de suicidio demográfico que caracteriza a Occidente.

En los otros grupos de población, los nacimientos han superado a las muertes: en 872.840 personas entre los hispanos, 312.926 entre los negros y 131.953 entre los asiáticos, con lo que el país en su conjunto ha visto cómo los nacimientos superaban a los fallecimientos en 1.440.420 personas.

Con ya la mitad de los niños menores de cinco años pertenecientes a minorías raciales, se calcula que en sólo cinco años las minorías (hispanos, afroamericanos, asiáticos) formarán la mayoría de la población estadounidense menor de 18 años. Eso sí, si los blancos tienen cada vez menos hijos, las restantes minorías los tienen cada vez más fuera del matrimonio: más del 40 % de los bebés nacen actualmente fuera del matrimonio. Las consecuencias de estos cambios demográficos son imprevisibles, pero a buen seguro tendrán un importante impacto en los Estados Unidos y, en segunda instancia, en el mundo entero. Por de pronto, el mundo de aquellas viejas películas norteamericanas de sobremesa ha pasado definitivamente a la historia.

### INTENCIONES DEL PAPA ENCOMENDADAS AL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN



#### Julio

*General:* Para que la Jornada Mundial de la Juventud que se desarrolla en Brasil aliente a todos los jóvenes cristianos a hacerse discípulos y misioneros del Evangelio.

*Misionera:* Para que en todo el continente asiático se abran las puertas a los mensajeros del Evangelio.

#### Agosto

*General:* Para que los padres y educadores ayuden a las nuevas generaciones a crecer con una conciencia recta y una vida coherente.

*Misionera:* Para que las Iglesias particulares del continente africano, fieles al anuncio evangélico, promuevan la construcción de la paz y la justicia.



## LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona  
tel. 93 317 80 94 – fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

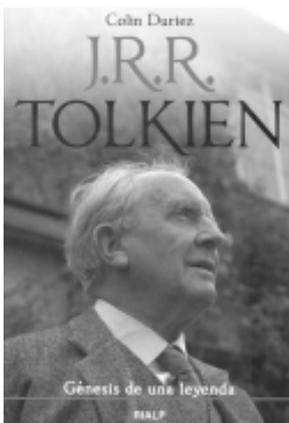
### SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patrística, Magisterio de la Iglesia, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras

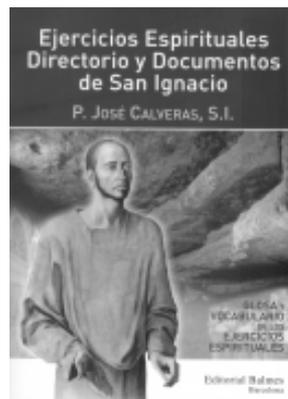
### *Este mes recomendamos:*



#### **J. R. R. Tolkien. Génesis de una leyenda**

Autor: Colin Duriez  
Editorial: Rialp  
240 páginas  
Precio: 18,00 €

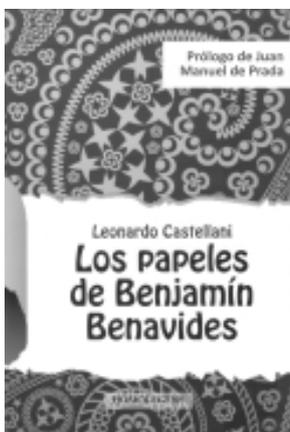
Tras el éxito de *El Señor de los Anillos*, el mundo recreado por Tolkien ha captado la atención de millones de lectores. Pero, ¿quién fue realmente ese hombre, capaz de idear semejante universo? Sus primeros años fueron difíciles: huérfano y pobre, se le prohibió comunicarse con la mujer que amaba, y vivió los horrores de la primera guerra mundial. Dedicó largos años a desarrollar los personajes e historias de su «Tierra Media», su geografía, su lenguaje y su mitología, manifestando un conocimiento formidable de la historia y de la cultura.



#### **Ejercicios espirituales, Directorio y Documentos de S. Ignacio de Loyola**

Autor: José Calveras  
Editorial: Balmes  
333 páginas  
Precio: 16,00 €

Esta obra es un clásico de gran valor sobre san Ignacio y los Ejercicios Espirituales. Se considera de extremo rigor en la aproximación a las fuentes y el valor de la documentación que en esta obra acompaña al texto de los Ejercicios, en el acercamiento a la comprensión del entorno histórico de san Ignacio. Se ha reproducido tal y como la dejó su autor en cuanto a contenido.



#### **Los papeles de Benjamín Benavides**

Autor: Leonardo Castellani  
Editorial: Homo legens  
446 páginas  
Precio: 25,00 €

Concebida como una suerte de novela de tesis, la obra participa del diálogo platónico, la sátira de costumbres y la intriga policial; pero es, por encima de todo, una apasionada vindicación del propio autor, transustanciado en Benjamín Benavides, ese judío sefardí, tozudo y quijotesco, preso en el campo de concentración de Cinecittà durante la primavera de 1947, que se dispone a explicar a un variopinto grupo de amigos las profecías parusiacas del Apocalipsis.



#### **Mitos de la Edad Media. La filosofía en el cristianismo, el judaísmo y el islam medievales**

Autor: Rémi Brague  
Editorial: Nuevo Inicio  
342 páginas  
Precio: 22,00 €

¿Qué ha aportado la Edad Media a la filosofía? Es lo que este libro trata de explicar. Rémi Brague nos muestra que los medievales supieron ir a buscar fuera de su experiencia inmediata, en los antiguos, e incluso fuera de su propia tradición, en el mundo

árabe, algunas referencias culturales que elaboraron, desarrollaron y prolongaron después, sin olvidar nunca que lo que tomaban prestado procedía del exterior. Es la época –decisiva– en que Europa inicia una dialéctica sin fin, encontrando su impulso en la extrañeza de aquello mismo que quiere asimilar y que sigue suscitando su deseo.

# CONTRAPORTADA

## «Munus suavissimum»

«Traer la historia de la cosa que tengo de contemplar; que es aquí...» cómo un dos de julio, en la fiesta de la Visitación, del año del Señor mil seiscientos ochenta y ocho, la Compañía de Jesús recibió la misión de propagar la espiritualidad del Corazón de Jesús como «un don soberanamente agradable», como un «*munus suavissimum*».

En este día de la fiesta de la Virgen, santa Margarita María está en oración la mayor parte del día. Y al atardecer, oye que María se dirige a ella. La Virgen, la que llevó a Isabel la presencia del Señor que «se acuerda de su misericordia», se vuelve hacia ella y las religiosas de la Visitación: se dirige luego hacia los jesuitas, representados por Claudio La Colombière, «fiel servidor de mi divino Hijo». Y la misión que les confía a estos dos grupos religiosos es la de manifestar el amor misericordioso de su Hijo para con los hombres, como se reveló en su Corazón herido. [...]

«Está reservado a los padres de vuestra Compañía hacer ver y conocer su utilidad y su valor... y a medida que le den este gusto, este divino Corazón, fuente fecunda de bendiciones y de gracias, las derramará tan abundantemente sobre las funciones de su ministerio que producirán frutos que irán más allá de sus trabajos y de sus esperanzas, y también para la salvación y la perfección de cada uno de ellos en particular»

Sin querer reservarse el monopolio de esta misión y sin reclamar de una manera exclusiva la «*triumphalis progressio cultus Sacratissimi Cordis Iesu*» la Compañía, hace un siglo, durante la Congregación general XXIII, reconoció y recibió «*a Domino Nostro Iesu Christo munus suavissimum ipsi commissum*», esta misión que, en efecto, ha encontrado entre los jesuitas, y continúa encontrando en ellos un eco particularmente profundo y prolongado. [...]

Hay que añadir, con toda honradez, que, como jesuitas no podemos dejar que se esfumen páginas enteras de la historia de la Compañía, reduciéndolas al estado de sombras inconsistentes o de frutos de un fervor pasajero. Reconozcamos que la indolencia de nuestro corazón nos lleva a evitar la acogida del Corazón de Jesús en nuestra propia existencia: pues sabemos perfectamente que su amor escrutará lo más íntimo de nosotros mismos –nuestro corazón– donde preferimos sentirnos en nosotros más que «estar con Él». Pero apartar la memoria viva de la historia vivida por la Compañía según la voluntad del Señor, siendo así que recibió la misión de anunciar el misterio del amor de Dios revelado en el Corazón del Hijo único, sería traicionar la existencia misma de la Compañía, en razón sobre todo de una real connaturalidad entre la espiritualidad del Corazón de Jesús y la espiritualidad ignaciana. Y es esta connaturalidad, en efecto, la que explica cómo, desde santa Margarita María hasta el padre Arrupe, se mantiene el nexo prometido entre el vigor de la espiritualidad del Corazón de Jesús y la fecundidad apostólica de la Compañía.

«Estoy persuadido de que pocas pruebas de la renovación espiritual de la Compañía podrán llegar a ser tan claras como una devoción vigorosa y general al Corazón de Jesús. Nuestro apostolado encontraría en ella un vigor nuevo y no tardaríamos en ver los efectos, tanto en nuestra vida personal como en nuestras actividades apostólicas.»

Peter-Hans KOLVENBACH, S.J.: conferencia  
en Paray-le-Monial, 2 de julio de 1988